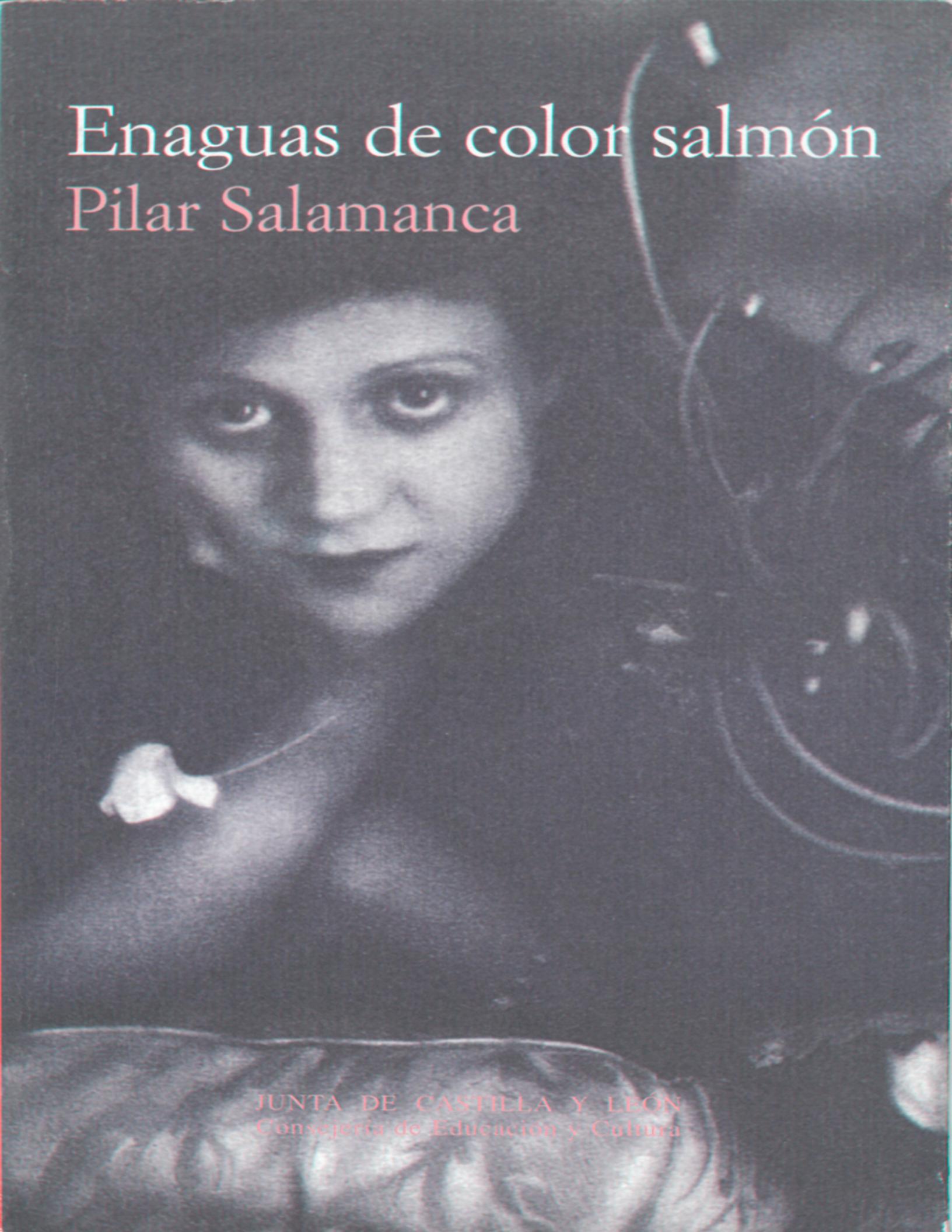
Enaguas de color salmón

Pilar Salamanca



JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Educación y Cultura

PILAR SALAMANCA

ENAGUAS DE COLOR SALMÓN

"Dícese de los salmones adultos que, una vez realizada la reproducción, retornan río abajo al mar, casi siempre débiles y muy flacos por haber comido poquísimo durante su estancia en las aguas dulces"

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ESPASA

INDICE

1. SALMO SALAR
   UNO
2. ARTES DE PESCA
   DOS
   TRES
   CUATRO
3. EN LAS VENAS DEL AGUA
   CINCO
   SEIS
   SIETE
   OCHO
4. AL ALCANCE DEL GANCHO
   NUEVE
5. MOSCAS ARTIFICIALES
   DIEZ
6. EL COTO DE LAS LÁGRIMAS
   ONCE
   DOCE
7. LA HUIDA DE LOS ZANCADOS
   TRECE
   CATORCE
   QUINCE

1. SALMO SALAR

UNO

La verdadera historia de los salmones comienza río arriba. La corriente empeñada en arrastrarlos y ellos empeñados en subir, como si no tuvieran nada mejor que hacer, justo a punto de desovar, o sea, en el peor de los momentos posibles cuando, o al menos eso pensaba Marietta, lo único que necesitarían es un poco de tranquilidad. ¿Cómo se atreven a parir en semejantes condiciones? Pero sobre todo ¿por qué lo hacen sabiendo como saben que al poco y exhaustos por el esfuerzo, tendrán que abandonar las larvas a su suerte y ellos mismos dejarse morir en el intento? Esta inmolación de los peces adultos, aparentemente absurda aunque, de hecho, muy positiva para la especie, fascinaba a Marietta que no podía dejar de pensar en ella cada vez que se encontraba con el rótulo de "salmón ahumado" en el menú.

Se hacía de noche y con el silencio de los pájaros, el ruido del aire acondicionado se iba volviendo más y más insoportable. Marietta dejó los folletos encima de la cama y en voz baja, maldijo estos adelantos de la ciencia. Después se dispuso a abrir las maletas.

La noche anterior había sido incapaz de pegar un ojo y la obligación de socializar a estas horas, le ponía de mal humor ¿no podían dejar las presentaciones para mañana por la mañana? ¿no podían...? No, no podían, de eso se trataba. Querían verlos a todos juntos, cuanto más rato, mejor. Al fin y al cabo, para eso les habían invitado nada menos que al Hilton de la Avda. Ashford 888, el hotel más grande de todo el Condado, con instalaciones y precios a juego: 587 habitaciones, piscinas, pistas de tenis y un yacuzi de agua caliente iluminado y burbujeante entre las palmeras tropicales.

En fin, no estaba mal. Un poco hortera, quizá, pero pasable. Sobre todo para los guiris. Esos, a buen seguro lo encontraban de primera. Oh, Dios ¡qué asco! Quince años sin volver a Puerto Rico y como si nada. No sentía nada. A Marietta le hubiera dado igual estar en Disneylandia. O casi igual. No estaba segura. Es decir, no lo bastante segura. De momento.

Lo que tengo que hacer ahora es distanciarme, vivir como si esto no fuera conmigo. Tengo que pensar, decidir lo que va a ser de mí. Lo demás no tiene importancia. La tenía pero ya no la tiene. Hace mucho. De no haber sido por este dichoso Congreso, no hubiera aparecido por aquí en otros cien

años así que, del trabajo, mejor no hablar, dejemos las cosas como están y no enredemos.

Marietta fue al cuarto de baño y abrió los grifos de la ducha, después volvió al dormitorio y empezó a desnudarse mientras esperaba que saliera el agua caliente. Por supuesto no había nada que esperar, el agua estaba tibia desde antes de empezar a correr, pero ese despilfarro líquido le tranquilizaba aunque la mala conciencia no dejara de reprochárselo. Cosas de la Ecología.

Hoy se metió enseguida debajo del agua. Miró hacia arriba y vio que la alcachofa era desmontable. Una vez más, sonrió complacida. *Parece mentira, si no llega a ser por Demian, me muero sin saber que puede una masturbarse de lo más cómodo con el chorro de la ducha. ¡Y pensar que tuve que esperar a los veintidós para enterarme!* Ahora no tenía tiempo. Ni ganas. Marietta estaba siempre dispuesta a experimentar novedades en el campo del sexo, aunque sería mejor decir sensaciones, pero en los últimos tiempos los manes no parecían propicios y ella, sólo pensarlo, se moría de pereza.

Se frotó concienzudamente con el guante de crin y dejó que el agua le empapara bien el pelo antes de abrir, con los ojos cerrados, el frasquito de champú que los hoteles regalan a los señores clientes, a razón de uno por cabeza.

El vapor envolvía las cortinas y las toallas de baño en una niebla blanca y lechosa y formaba sombras de humedad bajo un techo de escayola que, por la pinta, no tardaría mucho en desmoronarse.

Magníficos espejos, suelo de mármol, una bañera con garras (que no patas) del más puro bronce, felpa de terciopelo, un conjunto de albornoz y zapatillas a la última moda de Hollywood y a ella le daba por mirar las grietas del techo. ¿Cómo tendría que llamarlo? ¿Manía hipercrítica, fobia? daba lo mismo: en su caso, esas palabras no querían decir nada y además, eran inexactas.

Me produce alergia. La perfección me da grima. Una sensación de muerte. Como las superficies nevadas, sin huellas. Un vértigo insoportable.

Había traído un modelo para cada día y, por supuesto, uno también para cada noche. Los trajes de noche eran casi todos negros y, como de costumbre, se encontraban a medio camino entre el ser y el no ser o, para ser más

exactos, entre ser algo y no ser apenas nada, confeccionados a base de gasas transparentes, sutiles sedas y encajes engañadores. Marietta opinaba que lo importante, sobre todo a esas horas, era ir vestida como si estuviera desnuda (que cada uno lo interprete como le dé la gana). Hoy, sin embargo, echaba de menos alguna presencia que le permitiera comprobar, de primera mano, los efectos devastadores de ésta, su filosofía. Lo cierto era que con solo abrir la puerta (los camareros pululaban por los pasillos) encontraría alguna prueba tranquilizadora sobre lo acertado de su conjunto. Marietta pensó que quizá fuera suficiente con eso.

Y sin embargo algo, algo relacionado con el regreso de los salmones río arriba seguía dando vueltas en su cabeza. ¿Se vería a si misma como uno de esos peces aerodinámicos, de color plateado primos lejanos de la trucha? Quizá. El hecho es que nadaba contra corriente y se sentía a la vez confiada e insegura. Confiada, porque sabía que desde el momento que había querido volver a Puerto Rico, había aceptado tambien remontar las aguas del tiempo camino de su pasado y ante esto, ya no había vuelta de hoja. Insegura, porque si bien comprendía que reencontrarse con el propio pasado tenía, a su edad, cierto sentido, desconocía sin embargo hasta qué punto, podía mantener el presente, y sobre todo el futuro, alejado de las posibles consecuencias de este reencuentro.

No por nada se había hecho el viaje cargada con todos aquellos papelorios, cartas, fotos de su vida de antes. De antes de los dieciocho cuando sus padres adoptivos decidieron llevarla a España y casarla con Bernal.

Es cierto que entre las estrategias más corrientes de interpretación del presente, se encuentra la invocación del pasado. Recuerdo, no sólo porque estoy en desacuerdo con lo que ocurrió, con lo que realmente fue ese pasado, sino porque no estoy segura de si ese pasado lo es realmente, si está acabado o si continúa vivo, quizá bajo distintas formas. Este problema, provoca en mí toda clase de divagaciones: acerca de su influencia, acerca de la culpa, acerca de la realidad presente y de mis prioridades futuras. Por eso, supongo, tendré que echar una ojeada a todo esto. Tal vez mañana o ahora mismo ¿por qué no? necesito entender, recordar cómo era yo entonces, cómo era todo. He cambiado tanto...

Entonces Marietta se sentó en el borde de la cama y abrió una carpeta.

ÁLBUM DE FOTOS: PRIMERA PÁGINA

Hay dos instantáneas con la misma niña. Sentada, sonriente. De unos cuatro o cinco años. Vestida de uniforme con una camisa de punto (recuerda que era verde) y un pichi gris tableado y con rayas. En la primera foto, la niña, un poco ladeada, se sienta sola en una mesa cuadrada de madera y mira hacia la derecha de la cámara mientras empuña un lápiz y detiene por unos instantes su trabajo de caligrafía (se pueden distinguir algunas líneas escritas en la hoja del cuaderno). Tiene delante un plumier de madera de esos antiguos de dos pisos y algunas pinturas y detrás un encerado donde alguien ha dibujado una mamá pata con sus patitos, unos peces y un caracol subido a unas piedras redondas que están al pie de unos juncos. También hay escritas unas palabras pero la cabeza de la niña tapa una parte del final y sólo se puede leer "Madre, cuando trabajo, lo hago por....a ti". Es fácil que sea "amor" la palabra que falta aunque a Marietta no le pega mucho y por supuesto tampoco se acuerda de lo que podía decir. En la segunda fotografía, la niña está sentada en medio de la habitación mirando un pañito blanco que tiene entre las manos y haciendo como que cose. Sus manos regordetas no parecen muy hábiles y el gesto de la boca, con los labios un poco fruncidos, denota un gran esfuerzo. Lleva unos zapatones de cordones, probablemente marrones y bastante sucios, con los calcetines enrollados alrededor de los tobillos y apoya los pies, un poco zambos, en el travesaño de la sillita. En el suelo, un suelo de baldosas ajedrezado, han dejado algunos muñecos (seguramente de adorno): un bambi, una muñequita de china vestida a lo borinque, algunas canicas y una tacita de juguete sin plato. También hay un costurero redondo que parece de corcho, con un ovillo dentro cuya hebra se pierde entre las tablas del uniforme de la niña.

A Marietta le gustan los ojos claros de esa niña y el quiqui que le han puesto en la cabeza para que no se le caiga el pelo encima de los ojos. Piensa que si tuviera una hija no le importaría que se pareciese a ella. Es decir, a sí misma. Recuerda lo espabilada que era. Le gustaba ir a clase y durante algunas semanas se las arregló para mantener oculto un grave problema que la hubiera dejado en casa días y días sin nada que hacer. Era la solitaria, ella no lo sabía, pero aquellos trocitos blancos y un poco plastificados que le salían del culete eran los anillos de una tenia gigante que vivía alojada en sus intestinos desde nadie sabía cuando. La niña no se asustaba, simplemente se

arrascaba y al arrascarse ¡zas! un pedacito de algo gelatinoso se le quedaba entre los dedos. Al principio, la pequeña no sabía qué hacer con ellos, después, decidió pegarlo debajo de las patas de las sillas como si fuera chicle. Pasó así un montón de días, hasta que las monjas se enteraron, (no recuerda cómo), y avisaron a su casa para que fueran a buscarla. No la dejaron volver al cole. En casa, la hincharon a medicinas y a mermelada de ciruela que le producía unas arcadas horribles. Le obligaban a hacer caca encima de un cubo lleno de agua caliente para que cuando el bicho saliera, se ahogase. Claro que tenía que salir de cabeza porque si no todos aquellos esfuerzos hubieran resultado inútiles. Marietta no recuerda el tiempo que tuvo que quedarse en cama hasta que la culebra aquella, desapareció por fin. Lo que si recuerda es que nunca le extrañó demasiado tener una serpiente (o como si lo fuera) dentro. Al contrario, se sentía incluso orgullosa de ser tan especial y nunca, pero nunca, pasó miedo.

ÁLBUM DE FOTOS: SEGUNDA PÁGINA

Foto de familia en el porche de Villa Aizpurúa. Delante de la puerta, tía Celeste la hermana mayor de su padre, con un albornoz blanco y un pañuelo atado atrás, como las campesinas. A su lado Carola, hermana de su madre, en bañador estilo teresiano con alitas de piqué en el escote y una falda que le llega casi por las rodillas. Al otro lado, tía Dora, con turbante y a continuación su madre, que lleva una batita corta de mil rayas, (no se ve muy bien pero seguro que son mil rayas, a ella le encantaban las mil rayas); tiene el brazo izquierdo encima del hombro de Marietta que está delante, con la cabeza vuelta y el gesto triste. La abuela Julia se asoma por la ventana y coge su mano mientras mira también a la cámara. Jabisete, su primo, en bañador parece que se ha tragado una escoba de tieso que se le ve. Rosa, su prima, también en traje de baño, sonríe encantada. Los otros dos primos se arrodillan delante de ellas como los jugadores de un equipo de fútbol. También se ve a Víctor, magnífico como siempre, con sus hoyuelos en las mejillas y sus musculosas piernas de corredor.

Lo que no registra la imagen es que, segundos antes de que alguien hiciese la foto, su madre le había pegado un pellizco en el brazo. Marietta hace un esfuerzo pero es incapaz de recordar por qué. A veces su madre hacía cosas raras, dar pellizcos era una de ellas. Marietta la odiaba. En esa foto

tendría siete u ocho años y nadie le había dicho todavía que esa señora no era su madre, es decir, su madre natural, la de verdad. Hasta entonces, y durante muchísimo tiempo después, siempre había creído que su familia era la familia Balta, la de la calle de la Tanca en San Juan de Puerto Rico.

Si hubiera sabido algo, hubiera entendido mejor las cosas. Ese descontento suyo con lo mío: mi cuerpo, mi pelo, lo que me gustaba porque me gustaba y lo que no me gustaba porque no me gustaba ¡era imposible darle gusto!. No recuerdo cuando empezó a llamarme la atención pero estoy segura que, desde siempre, lo intuía, de una forma vaga pero lo intuía.

ÁLBUM DE FOTOS: TERCERA PÁGINA

Como una postal en miniatura tomada desde muy lejos: un grupo de niños jugando en la playa de espaldas al mar. Al fondo la isla de los Conejos y la espuma de una enorme ola levantándose como un abanico entre las rocas. Marietta lleva coletas y está de pie. Los demás andan tirados por la arena a gatas, acuclillados. En primer plano Cara, la hermana de Víctor y Ángel su primo, el más grande de todos y ya entonces de una gordura que no era normal. Atrás del todo alguien, en difícil equilibrio, se inclina para lanzar una pelota. Un pequeño discóbolo de Mirón. Marietta no puede reconocerlo porque con la luz vespertina las caras han salido un poco borrosas. Ni siquiera hubiera podido reconocerse a si misma sino fuera por el recuerdo. Recuerda las coletas y el vestido a cuadritos blancos y azules. Recuerda que en ese momento estaba señalando al fotógrafo (aparece con el brazo extendido hacia la cámara) para pedirle que aguardara un poco, que ella también quería tirarse en la arena como los demás. No era que pretendiese llamar la atención pero le resultaba difícil evitarlo: siempre se las arreglaba para no pasar inadvertida.

Sinceramente, no sé de quién era la culpa. De una forma u otra siempre iba dando la nota: la primera en volver a casa por la noche, la única que se veía obligada a hacer deberes durante las vacaciones, la más mentirosa (decían), la que contaba historias más extravagantes, la única que no tenía permiso para ir de guateque, la más perseguida por sus padres que patrullaban por la Perla en busca de desmanes que, por lo visto, sólo yo cometía. Claro que cuanto más se empeñaban ellos en vigilarme, mayores eran mis esfuerzos por salir rana. Al atardecer en los arenales, entre los

lirios de arena, perfumados como azucenas, nos aficionamos a fumar. Comprábamos los cigarrillos de uno en uno y nos los pasábamos en ronda hasta que se consumían. Después, para limpiar el aliento, nos llenábamos la boca de arena y escupíamos, escupíamos hasta quedarnos sin saliva.

EN LA MISMA PÁGINA, UNA FOTO MUCHO MÁS GRANDE

Dos hombres sentados en sillas de tijera, uno a cada lado de una puerta abierta. Los dos tienen bigote. El joven, fuerte y moreno, viste una camiseta muy apretada y pantalones azules. Tiene un vaso en la mano y mira hacia su derecha con el ceño fruncido. Encima de su cabeza hay un cartel que dice: Palo Viejo. Ron de Puerto Rico. Un árbol enorme con las ramas extendidas (como un pájaro gigante) y después: Nacido en esta tierra. El otro hombre es viejo, lleva una gorra y sonríe. También tiene un vaso en la mano.

A Marietta le gusta mucho el color de esta foto. La fachada de la casa está pintada de rosa fuerte y azul turquesa pero no sabe qué casa es, ni siquiera si es una casa. A lo mejor se trata de un colmado o algo así. Parece verano y puede sentir un maravilloso calor con solo mirarla. No conoce al hombre joven pero sabe que el otro es su abuelo. Tiene otra fotografía suya en la que aparece de pie, en una plaza, dando de comer a las palomas. Una se le ha posado en el sombrero y le da un aire muy gracioso. Marietta siente nostalgia. Nunca llegó a conocerlo pero decían que era un gran hombre. Se ve con solo mirarlo: su sonrisa es bondadosa y, a su alrededor, flota un aire acogedor y templado, como de caricia.

Marietta se da cuenta que a veces inventa cosas pero con el abuelo está segura de no equivocarse. Con él no, fijo.

Además, me importa un bledo si, después de todo, ni siquiera era mi abuelo. Una no escoge a los padres, desde luego, pero los abuelos son algo diferente. Él era el padre de mi madre y me contaron que murió de pena. Por lo visto, un día la abuela tropezó con una maleta en el pasillo de su casa y se cayó. Como era bastante mayor, se rompió una cadera (algo muy serio por aquel entonces). Mi abuelo, que era médico y conocía a su mujer como si la hubiera parido, empezó a pensar que si la abuela no se recuperaba, aquello iba a ser un desastre porque doña Julia era mucha doña Julia y no había quién la aguantase. De la preocupación dejó de comer y entonces fue él quien

se puso enfermo. Lo ingresaron en el mismo hospital de la abuela. Como estaban en habitaciones separadas, de vez en cuando, le metían en una camilla y le llevaban a visitar a su mujer. Estuvieron así algunos meses. Después él murió y la abuela salió del hospital tan fresca. A ella, sí que llegué a conocerla.

AGUA PASADA: MARIETTA A LOS NUEVE

Al volver del colegio se la encuentra arrebujada en su toquilla malva con la boca entreabierta y la cabeza caída sobre el pecho. Cuando duerme, la abuela no se parece a sí misma, tiene el aire de un abrigo arrugado que alguien hubiese dejado olvidado sobre la silla, como si su vida se hubiera ido también a dormir a alguna parte.

Marietta intenta no hacer ruido pero al cabo, en una afán de resucitarla cuanto antes, tira de la cadena del cuarto de baño, abre el grifo de la cocina o cierra de un portazo la fresquera donde la abuela guarda la mantequilla. Poco a poco la abuela va despertando.

Algunas tardes no vuelve sola. Margarita, su más amiga de entonces, suele acompañarla porque le gusta acariciar la cigüeña disecada que el abuelo tiene en su despacho. Dice que huele a niño pequeño pero Marietta piensa que solo huele a naftalina y además es horrorosa. Su amiga Margarita es gorda y redonda y le está enseñando a jugar a los novios: se entrenan en el más absoluto secreto cuidando de dejar bien cerrada la puerta del pasillo que da a las habitaciones. Esa puerta, de cristales biselados, vibra como un cascabel cuando alguien pasa junto a ella. Confían en que ese pequeño truco les servirá de alarma. (No son, después de todo, tan inocentes las niñas de las teresianas y sobre besos y tocamientos más o menos deshonestos, saben a qué atenerse).

Marietta hace de chico y se le da muy bien:

Abrazar al estilo de "chico que tumba chica sobre un brazo y la contempla arrobado".

Besar a tornillo, con lengua incluida.

Mirar por encima del hombro con una ceja levantada.

Coger a la chica cuando se desmaya (que es casi siempre).

Con el tiempo, y a medida que progresan los experimentos, el cosquilleo, localizado al principio a la altura del ombligo, se va haciendo más y más difuso y difícil de controlar: un espasmo de ondas templadas, espesas, tan dulces como el caramelo de los flanes que la abuela prepara para el postre de los domingos.

No tardan en informar a sus otras compañeras de tan estupendos descubrimientos. Como es natural, la mayoría sabe de qué va la cosa porque, quién más quien menos, ha hecho ya averiguaciones por su cuenta. Deciden entonces convocar un concurso por parejas para ver quien besa mejor. Todo va estupendamente hasta que alguien apunta la posibilidad de que aquello pueda ser pecado. Entonces, algunas se rajan: las más piadosas se dan de baja en la pandilla. Las demás, entre las que se encuentra Marietta, deciden seguir haciendo progresos por el camino del mal.

Pasan de los besos al agarrao y adquieren enorme práctica en el difícil arte de desmayarse con elegancia y suficiente languidez como para no abrirse el cráneo contra el suelo. La etapa siguiente es el proceso de evaluación de las respectivas tetas. Una de ellas, Marietta no recuerda quién, ha visto a su hermano y a sus amigos jugar a lo de "a ver quien mea más lejos" y ellas, después de calibrar sus posibilidades, deciden intentarlo con las tetas. Se aburren enseguida: son todas, más o menos, iguales.

Marietta sonríe, recuerda la cara de la abuela el día que las pilla con las peras al aire. Tienen doce años.

Pero ¿a qué viene esto ahora?. Hace siglos que lo había olvidado. O casi. Además, ¿a quién le importa? Ni siquiera estoy segura de que mis recuerdos coincidan con lo que, alguna vez, fue real. Inventar, desde luego, no los invento: ¡me he esforzado tanto en no perderlos! Lo que no entiendo es por qué. No se trata de grandes temas, en el mejor de los casos, apenas unos detalles, pinceladas de un cuadro más bien surrealista. " ¿Pensar? —decía mi madre —no merece la pena, dedícate a vivir, no hay tiempo para otra cosa". Hay días en los que siento enormes ganas de hacerle caso. Esos recuerdos o lo que sean, nunca me han servido de nada. Aparecen a saltos, incompletos, desconectados y en desorden. Te roban el sentido de lo que pudo haber sido tu vida porque, de alguna manera, están ahí, en la mitad del camino que estamos intentando trazar hasta el presente, es decir, para

explicar nuestro presente, como inmensos peñones y te obligan a dar mil rodeos: al final en vez de camino lo que acabamos construyendo es una trocha, una cañada de cabras. Y eso con suerte.

Mis primeros diecisiete años me los pasé creyendo que era hija de quien no era. Cuando me enteré no tenía familia, que yo misma no era la que siempre había creído ser, empecé a preguntarme a quién pertenecían aquellos recuerdos ¿Acaso tampoco eran míos?. Claro que, de no ser así, ¿de dónde habían venido? Y a mí ¿me habían llovido o qué?, ¿de dónde había salido aquella infancia? Era todavía muy pequeña pero ya sabía que les quería, les quería a todos padre, madre, tías, abuelos...después, cuando me enteré de que no eran los míos, se me fue el amor a no se dónde y nunca tuve ocasión de decirles nada al respecto.

¿Pensaron entonces que era un desagradecida? ¿se arrepintieron de haberme adoptado? ¿sentían de verdad algo por mí? Y mi madre, ¿estaba satisfecha de cómo le había salido su hija postiza o, pensaba que mejor le hubiera ido de madre estéril?.

Preguntas, preguntas que se justifican a si mismas porque no necesitan respuesta. Recuerdo que, durante toda mi vida, he reflexionado mucho sobre lo que entonces no sabía, (mi origen, las circunstancias de mi adopción) y apenas nada sobre las pequeñas cosas que me iban sucediendo. Desde hace algún tiempo, sin embargo, esos dos mundos se superponen sin cesar en mi cabeza, se derraman sobre el resto de mis pensamientos impregnando todo con su desconcierto; aquí adentro no hay nada claro, apenas una ligera penumbra, un leve corrimiento de tierras.

2. ARTES DE PESCA

DOS

El tradicional vino de recepción. Marietta se dio cuenta enseguida que allí no encontraría ninguna estrella de la profesión, nadie verdaderamente interesante o cuya presencia justificara, al menos, el esfuerzo que había tenido que hacer para vestirse. Sin embargo, allí estaba, condenada a una semana de sociabilidad obligatoria entre lingüistas de los cuatro continentes, una colección de, aproximadamente, cuarenta hombres y mujeres de diversas edades, sentados o derrumbados en sillas y sillones (también había algunos de pie) que se disponían a familiarizarse los unos con los otros antes del inicio del tradicional maratón de conferencias.

Dos golpecitos. Una mano sobre su hombro. Se preguntó con irritación quien sería el propietario. O la propietaria.

Un hombre. Por supuesto. Naturalmente. En los departamentos universitarios seguían siendo mayoría. Encantada de saludarlo. Cuanto tiempo sin verle. ¿Cómo va todo? O no. No es un hombre. Una vieja dama, seca como un sarmiento, antigua conocida de la familia. ¿No es Vd. la hija del Dr. Balta? ¡Dios mío, cómo ha cambiado!.

Marietta se da la vuelta y sonríe automáticamente. Sabe que al despedirse, cuando acabe todo, habrá sonreído de esta forma un par de miles de veces y le dolerán las mandíbulas. Pero no puede evitarlo. Es como un parpadeo, un movimiento inconsciente.

—¿Síii? (registro melódico).

—¿Señorita Balta?...hum...¿Marietta?.

Un hombre de edad y aspecto polvoriento, como si alguien hubiera derramado sobre su cabeza un cenicero lleno de colillas. Su viejo profesor de Lengua o ¿era de Literatura?

—Si, soy yo ¿con quien...?

—¡Oh! verá...Usted no me recordará señorita Balta...¿o debo decir señora? pero nada más verla la he reconocido inmediatamente, por la foto, claro, me refiero a su trabajo "Poder y Lenguaje" y me preguntaba, en fin, si sería tan amable de dedicarme unos minutos ...hum...cuando a usted le convenga por supuesto...

Marietta se llevó una mano a la cabeza en un gesto de instintivo horror y se alisó un poco el pelo recién lavado que le caía en relucientes ondas sobre los hombros. Sintió un escalofrío y pensó que quizá el escote del vestido resultaba un poco demasiado bajo dadas las circunstancias (¿a qué circunstancias se estaba refiriendo?)

—Mire, lo siento muchísimo pero...

Pero el hombre, sin detenerse siquiera a recobrar el aliento, continuó hablando por su cuenta como si no hubiera oído. Al cabo de un rato, cuando Marietta volvió a prestarle atención, estaba diciendo que se sentía muy solo allí (¿dónde?), lo que resultaba lógico si se pensaba bien, por lo que le dijo a su señora que mejor se volvían a San Juan donde, después de todo, habían dejado su casa. De repente, se interrumpió y frunciendo el ceño, alzó una copa a la altura de los ojos y, pensativo, se quedó mirando el vidrio como si fuera incapaz de creer lo que estaba viendo.

Marietta se preguntó si no le habría ofendido con su despiste. ¿No había sido demasiado brusca? En aquel instante, el tumultuoso conjunto de locuaces profesores pareció aflojarse un poco y se hizo un repentino silencio. Los círculos de invitados se diluyeron un tanto de manera que una especie de avenida pareció abrirse entre Marietta y el umbral de la puerta. Allí, a contraluz, vio aparecer un fantasma. Alto y delgado, con una figura rotundamente masculina y una piel fina y morena. Avanzó unos pasos por la habitación y aceptó una naranjada de la bandeja que le ofrecía una camarera que pasaba por su lado. No bebió enseguida pero acercó el vaso a los labios y por encima del borde miró, ojos como tizones, los de Marietta mientras sonreía levemente a modo de saludo. Marietta entonces no tuvo más remedio que fijarse en sus labios: rojos y gruesos, el inferior, algo caído, un poco dado de si. Después, bebió un trago y ella vio cómo vibraba la nuez y pudo sentir, en su propia garganta, el calor del alcohol al deslizarse bajo la piel .

—¡Madre mía! —suspiró, repentinamente sofocada.

Pero entonces, para fastidiarlo todo, una mujer de mediana edad y buen cuerpo, aunque bastante relamida de aspecto (mucha permanente y mucho brillo), se adelantó rápidamente a saludarlo bloqueando con ello la visión a Marietta.

Se preguntó, sin poder evitarlo, cómo sería no tocarle. No, no quería saber cómo se sentiría si él la abrazaba, por el contrario, su curiosidad estaba provocada por un recuerdo muy vago: atar sus manos y rodearlo de aliento como si estuviera dibujando un aura a dos centímetros de su piel. Acariciar sus caderas con la tibieza de las suyas hasta erizar el vello de sus ingles. Mezclar sus salivas sin rozarse apenas con los labios. Como en un sueño: ondas cargadas de electricidad azul que se disuelven de madrugada. Sí, Marietta se sorprendió a si misma en pleno orgasmo teórico, como si alguien hubiera retirado, suavemente, el seguro de su automática. Definitivamente, se había puesto cachonda.

En aquel momento sonó una especie de gong para anunciar la cena y se produjo un corrimiento del personal hacia la puerta, en el curso del cual Marietta perdió completamente de vista al objeto de su deseo. No pudo, por mucho que lo intentó, localizarlo entre las mesas y cuando terminó la cena, a pesar de buscar en el bar, no le encontró allí, ni en ninguna otra parte aquella noche. Antes de irse a acostar, Marietta se entretuvo un rato leyendo con atención los pies de foto de la exposición que la Liga de Estudiantes de Arte había montado en las paredes del vestíbulo.

Obsesión por nombrar. Yo soy. Estoy aquí. Mármol rojo. Fuego. Cuerpo. Gracias a dios que nadie se da cuenta de lo que pasa por mi cabeza. Curiosidad, a veces no es otra cosa. Estas fotografías por ejemplo; No me interesa en absoluto el Summo, selecto deporte de titanes que viven recluidos en escuelas y sometidos a una rigurosa dieta de engorde. Sin embargo, cuando les veo, me pregunto qué puede haber debajo de ese taparrabos aceitado. Imposible que estos seres tengan rabo. ¿Como lo hacen? es decir ¿les dejan follar o qué? ¿cómo se dice en japonés? ¿a qué suena? No es fácil imaginarlos encima de nadie. Además ¿a qué mujer le gusta un hipopótamo? Chankonade. (B.) Potaje. Tengo entendido que eso es lo que comen. ¿Por qué, por qué lo hacen? No me sirve de nada imaginar, sin nombrarlo es como si no existiera. Como pasear por una ciudad con los letreros en hindi. No poder nombrar. Recuerdo las palabras escritas al pie de aquel cuadro. En Dublín. (Del cuadro ni idea). Decían :"Someday, someone may touch you on the shoulder with affection, a timid indiscretion. And you may feel flustered and frightened by what you want. Be brave, touch and hold for you may need these memories when you are old". Me hicieron llorar. Las palabras. Carpe

Diem. Entonces deseé con todas mis fuerzas que alguien viniera a tocarme en el hombro, para dejarme tocar, para sentir cómo era eso de desear por desear, dulcemente y sin rostro, para poder recordar luego, cuando ya nadie quisiera tocarme y bueno, salí de la exposición sorbiéndome los mocos (se me habían olvidado los kleenex) y no pude olvidar aquellas palabras en todo el día. Ni al día siguiente. Hasta hoy.

Marietta se acostó temprano y se agitó, inquieta sobre su cama dos por dos, escuchando músicas lejanas, voces, chapoteos en los baños vecinos, portazos y los tubos de escape de los coches delante de la puerta del hotel. En una ocasión, llegó a levantarse para echar un par de gritos por la ventana pidiendo silencio, pero cuando consiguió abrirla, los ruidosos huéspedes habían desaparecido y no pudo ver nada excepto las mortecinas luces posteriores de un coche que se alejaba. Antes de volver a la cama, encendió la luz del cuarto de baño y se miró en el espejo. Vio una cara blanca, redonda y un poco pecosa. Una naricilla pequeña sin llegar a chata, unos ojos de color caramelo pálido y una melena negra y ondulada.

—No estas en tu mejor momento, Marietta —murmuró— pero todavía puedes dar mucho juego.

PRIMER SUEÑO DE LA NOCHE

Un hombre a caballo. Nada extraordinario si no fuera por su aspecto. Se trata de un cura con teja y todo. El caballo tira a rucio, estilizado y con una mancha blanca en el hocico. Los arreos son de cuero y las bridas y la collera, de cuerda. En vez de estribos lleva una especie de zuecos, de madera calada, como los moriscos. A sus espaldas, una pared de adobe. Sonríe un poco y Marietta le reconoce. Es el padre Ictinio, agustino. El que casó a Rita y Valentín, sus padres. La mira pero no dice nada.

—Eh, eh padre, estoy aquí ¿me deja dar una vuelta?.

La imagen se borra y aparece de nuevo en una huerta. Ahora Marietta se ve a sí misma vestida con un babi (B) de florecitas rosas y el pelo corto y rizado. Esta tumbada en el suelo al lado de una mujer teñida de rubio. Sabe que el rubio no es natural por las raíces (se nota mucho que son negras, negrísimas). El padre Ictinio aparece tumbado entre las dos y le acaricia las piernas. A la mujer. Se revuelcan en el suelo como jugando. Parece que se

están haciendo cosquillas. Marietta les mira y se ríe. Pero no entiende. Siempre ha sabido que los curas son curas y no van con mujeres. Ellos hacen otras cosas. Sin embargo no se escandaliza, es como si se obligara a pensar que todo es de lo más natural ¿No le han dicho que son amigos? La mujer es también "la hija espiritual" del padre Ictinio y va a casarse con un hombre al que conoció por correspondencia. No se han visto nunca. Lo sabe porque se lo ha oído contar a ella misma hace un rato. Marietta cree que la mujer rubia es un poco mayor, que ya no le pega casarse. También se da cuenta que tiene una pierna un poco más corta que la otra. El suelo está cubierto de cascaritas secas, como titos y en los árboles hay muchas cerezas. Mientras ella va cogiéndolas de entre las ramas bajas, ellos siguen abrazados en el suelo. Ya no se ríen, hablan en voz baja y Marietta no entiende lo que dicen. Siente un picor extraño entre las piernas y se ve a sí misma mirando hacia otra parte.

—Quiero irme —dice.

Ellos le piden que se quede y vuelven a sentarse, a cuchichear, como si nada. Marietta sabe que no tiene que hablar de lo que ha visto. Lo sabe sin que se lo diga nadie. Y, aunque no comprende qué es lo que hacen la mujer rubia y el Padre Ictinio, está segura que nadie le creería si lo contara. Y no lo cuenta. Nunca.

SEGUNDO SUEÑO DE LA NOCHE

De mañana. Marietta va andando por la carretera en dirección al Fuerte. Atraviesa la barbacana y sale a una plazuela desnuda sin árboles ni flores. Hay un banco de cemento adosado al muro y Marietta ve algunos viejos sentados allí, frente a una pantalla de televisión gigante colocada en medio de la plaza. Retransmiten un desfile.

La tierra de Borinquen
donde he nacido yo
es un jardín florido
de mágico primor.

Un cielo siempre nítido
le sirve de dosel
y dan arrullos plácidos
las olas a sus pies.

Cuando a sus playas llegó Colón
exclamó lleno de admiración:
¡Oh!¡Oh!¡Oh! esta es la linda
tierra que busco yo.

Es Borinquen la hija, la hija
del mar y el sol, del mar y el sol,
del mar y el sol, del mar y el sol
del mar y el sol.

Es la Borinqueña. El himno nacional. A Marietta nunca le ha gustado, le parece soso. Sigue andando y se dirige, por una de las dos callejuelas que salen de la plaza, hacia el este, en dirección a la playa. El suelo está sucio y cubierto de papeles. Grandes socavones sirven de letrina a los perros. Las chabolas, a ambos lados de la calle, tienen un aspecto desvencijado con los techos de tablas semiarrancados y unos balcones tambaleantes apoyados en vigas, como mástiles arbolando la calle. Marietta deja atrás algunos chiquillos andrajosos y con cara de hambre. Ahora sabe a dónde va. Va buscando el Colmado de Baltasar, una tienda de todo que hace también las veces de correos y centro social. ¿Quiere comprar algo? No, sólo la necesita para orientarse. Frente al colmado, un callejón de escaleras tuerce hacia la izquierda y la deja de nuevo en otra plaza justo al lado del mar.

Tiene un color borrascoso y está pavimentada con viejos guijarros azulados, antigua herencia española. Marietta se pregunta por qué sabe estas cosas. No ha hablado con nadie y no recuerda haber leído nada parecido en ninguna parte. Pero lo sabe: vieja herencia española. Ahora tiene que encontrar la casa, la casa de la playa. Andando cuidadosamente sobre los guijarros, Marietta atraviesa el lecho seco de un antiguo canal de desagüe que se pierde, a medias cubierto por la arena, en el agua del mar. Basura, latas, periódicos y unas viejas medias desgarradas de color rojo. Hay muchas otras cosas pero a Marietta le da asco mirar. Sigue andando a lo largo de este cauce hasta llegar a un espacio abierto, del tamaño de un coso pequeño rodeado de barracas. Desde donde se encuentra, Marietta puede ver cómo se amontonan, unas encima de las otras, trepando ladera arriba. En menos de doscientos metros distingue hasta diez niveles diferentes, cruzándose y descruzándose, en una geometría enloquecida de ángulos y líneas, esquinas y balcones. Casi todas son de madera, y la mayoría despintadas, con tejados a dos aguas y

ventanas y puertas desencajadas, unas a medio abrir y otras cerradas del todo. Frente a ese montón de casuchas, ya en la playa, una telaraña de cables eléctricos. Cuando oye unas voces a su espalda, Marietta comprende que ha llegado.

Una mujer le saluda desde la puerta de su apartamento. Tiene buen aspecto y agita una bayeta amarilla con la mano. Está limpiando el porche y sonríe. Su pelo es negro y muy ensortijado pero la piel es canela, casi blanca y el cuello corto y musculoso. A esa distancia, Marietta no distingue el color de sus ojos pero sabe, otra vez sin saber por qué lo sabe, que son como los suyos, caramelo claro.

—¿Debo ir, madre?.

—Sí. No digas nada y todo irá bien. Aprende deprisa y sólo lo que tu quieras. Lo demás no sirve. Sobre lo que te gusta puedes negociar, sobre lo que de verdad no te gusta, ¡jamás!. Y no te disculpes, no se lo merecen, son mucho peor que tu y que yo.

Lo raro, piensa Marietta, es que no conozco a esta mujer, no la he visto nunca ¿Por qué la llamo madre? Habla, pero ni ella ni yo movemos los labios y lo que dice me suena de antes. ¿Cuando? ¿Dónde? Otro sueño, quizás. Pero entonces, ¿qué hago ahora soñando lo mismo? La casa tiene dos habitaciones pequeñas y sin ventanas que se comunican a través de un estrecho pasillo. La única fuente de luz y ventilación es la puerta. Marietta siente mucho calor. La mujer vuelve a hablar.

—Naciste en Río Grande, un pequeño pueblo a unos 80 kilómetros de San Juan. Cuando tenías solo unos meses, tu padre nos abandonó y tuve que ponerme a trabajar de criada en San Juan. Vivíamos con tu bisabuelo, el padre de mi madre, pero él murió y tu enfermaste. Tenías un año y medio y no pesabas ni ocho kilos, se te cayó el pelo y la barriguita se te hinchaba, se te hinchaba cada día más. Pensé que ibas a reventar. Fue por eso que te regalé. Al poco, yo también me fui, como tu padre pero más lejos. Me robó la mar ¿sabes?.

La cabeza de Marietta da vueltas y vueltas. No son vueltas por dentro, sino por fuera. La cabeza de Marietta gira alrededor del cuello como la bola del mundo alrededor de su eje solo que más deprisa, mucho más deprisa. Marietta sabe que si no consigue pararla, se soltará como una peonza

llevándose consigo los sueños, los recuerdos, las palabras y los ojos y ella se morirá de pena porque ya no podrá inventar historias, ni imaginar cuentos, ni averiguar secretos y se verá obligada a vivir una sola vida como los demás, como los demás por eso tiene que...tiene que...

Se despertó a las cuatro de la mañana. Valiente nochecita. Los mismos sueños de siempre. Y una voz que le venía de no sabía dónde: No te desanimes Marietta, algún día entenderás. Sí, entenderás.

Ya claro, pero mientras tanto podrían dejarme dormir. Mañana he de levantarme temprano y solo se me verán las ojeras.

Imposible. El calor era sofocante y no conseguirá volver a dormir. Sin embargo, incapaz de resignarse, no estaba dispuesta a abrir los ojos. Adoptó entonces la postura de un cadáver. El tipo de cadáver que aparece en algunas películas: arregladito y sereno con las manos cruzadas encima del pecho. Todo en orden: los brazos relajados, la boca un poco entreabierta, los pies... Lo peor eran los pies. Nunca sabía como había que ponerlos: si con las puntas hacia arriba o hacia abajo. Eso la distraía mucho. Al final optó por separarlos un poco y meterlos hacia dentro, a su caer. Un muerto zambo. Permaneció así, inmóvil un tiempo que le parecieron horas. Después abrió otra vez los ojos y comprobó que no habían pasado ni treinta minutos. Entonces decidió levantarse. Echaría una ojeada a la conferencia de mañana, es decir, a la de dentro de unas horas. Encendió la luz y fue a por los papeles. Tenía subrayados los párrafos más importantes por que, con tiempo o sin tiempo, no quería dejar de leerlos.

Se colocó las gafas:

PÁRRAFOS SUBRAYADOS DE LA CONFERENCIA DE MARIETTA: LA FUNCIÓN RITUAL DEL LENGUAJE

"Es nuestra intención contribuir a la transformación de la Lingüística en una disciplina socialmente responsable. Sabemos que el conocimiento del lenguaje se organiza en nuestras mentes de una determinada manera. Ahora bien, de esa manera depende absolutamente el uso que nosotros podamos o no podamos hacer de este conocimiento. Es, en este sentido, en el que defendemos la necesidad de elaborar una nueva teoría de las formas

lingüísticas. Creemos que el Poder es un elemento condicionante de la vida social. Es por eso que defendemos la necesidad de incorporar esta premisa al estudio de las lenguas".

Y más adelante:

"Solamente lo que tiene nombre puede ser compartido. La percepción individual ha de ser codificada en forma de lenguaje. Y es el lenguaje el que determina qué percepciones son de interés social y cuales no. Pero el lenguaje es un instrumento no solo de comunicación, sino también de control, lo que permite no solo informar sino manipular a nuestros oyentes. Además, todo lenguaje es ideológico en el sentido político del término: implica una distorsión sistemática de la información al servicio de los intereses de clase. Por eso, el análisis lingüístico de las lenguas de los países más desarrollados, revelará probablemente, no una metafísica coherente como defienden algunos investigadores, sino justo lo opuesto: confusiones, contradicciones, incoherencias, huellas en las palabras del universo esquizoide de la sociedad de clases.

Todo iría bien. Hoy todo el mundo escucharía con atención y no se oirían murmullos ni toses forzadas y al acabar, bueno, las preguntas serían inteligentes sin rastro de la mala leche que solía encontrar en otras ocasiones, es decir, siempre que se arriesgaba a tocar el mismo tema.

Se sentó a la ventana para ver amanecer. O no. Había amanecido pero el sol seguía sin aparecer oculto por la calina, gaseosa como un visillo, que rondaba el tronco de las palmeras más altas. Sigue dándole vueltas a la charla. Una vez más se preguntó si sesenta minutos serían suficientes. Y las críticas. ¿Cómo serían las críticas?. "Sensacionalista", "Excesivamente vago" "Poco trabajado" o por el contrario "Original, muy bien documentada". No se atrevía a imaginarlo así que frunció las narices y se encogió de hombros. Después volvió a meterse en la cama para hacer un poco de tiempo hasta la hora del desayuno.

TRES

Volvió a ducharse. Solía hacerlo por la mañana y siempre con agua fría, para sentir que estrenaba piel nueva, para demostrarse a sí misma que podía con todo, que era fuerte y vigorosa y estaba sana. Después se vistió. Normalmente le costaba un poco elegir el modelo (dependía del día y del ánimo con el que se levantaba). Hoy no habría problema: se había comprado un conjunto para la ocasión. Algo sencillo en hilo, color rojo cadmio, con un escote enorme en la espalda y chaqueta a juego. Estaba morena y sabía que el rojo le sentaba a las mil maravillase. Volvió al cuarto de baño para maquillarse. Extendió la crema por toda la cara, incluidos los labios. Después se cepilló las cejas y se pintó los párpados. Con el lapicero de khol subrayó suavemente las pestañas y aplicó, a continuación el rimmel. Nunca salía la calle sin pintarse los ojos. Lo último eran los labios. Solía pintárselos de colores suaves porque si no, le quedaba la cara un poco puta, algo exagerada, vamos.

Metió los papeles en el portafolios y bajó a desayunar. Disfrutaba con el desayuno de los hoteles. Era lo que más le gustaba. Sin control, seguiría en la mesa del desayuno hasta la hora de comer, cuando hubiera terminado con toda la bollería, los zumos y los potitos de mermelada. En ocasiones como estas, se olvidaba de la figura, del régimen y de lo que hubiera que olvidarse. Aunque no del todo. A pesar del esfuerzo, solía detenerse a tiempo. En realidad, no comía gran cosa pero soñaba, soñaba mucho, con atracarse. Algún día.

Al llegar al vestíbulo, Marietta se detuvo un instante para mirarse, como hacía con frecuencia, en un espejo. En todos los espejos. Cuando no tenía uno a mano, se miraba en las lunas de los escaparates, metía la tripa y apretaba el culo como si de las profundidades oblicuas del cristal surgiera todavía la voz de su madre ordenando: "¡Derecha! ¡levanta esa cabeza, por dios!". Aunque no lo pareciera, Marietta tendía, automáticamente, a obedecer sin rechistar. Era al cabo de unos minutos, después de pensarlo, cuando paraba en seco y se negaba. Se negaba a obedecer todas las órdenes sin excepción, incluso aquellas con las que hubiera podido estar de acuerdo. Y es que no soportaba el tono. Oía el sonsonete imperativo y automáticamente salía disparada en otra dirección. Justo la contraria.

El vestíbulo estaba casi vacío, de modo que enseguida localizó el salón comedor y no perdió el tiempo orientándose. Prefería desayunar sola. A esas horas, le molestaba mucho verse obligada a hablar de bobadas. Incluso en casa, con su marido: años para convencerlo de que, por la mañana, era mejor no intentarlo. Simplemente eso, hacer como si no estuviera.

Lo Mejor. Por el amor de Dios ¿qué quería decir eso?. Era igual que no decir nada.

No importa, es una manera de entenderse. Cuando las razones son tan difusas y ni siquiera una misma comprende bien por qué las cosas son como son, lo mejor es dejarlas tal cual, no analizar, no preguntar. Aceptar. Se termina antes. Es más fácil.

Saludó a dos colegas con un leve movimiento de cabeza y sin despegar los labios. Ellos la miraron con desconfianza que era la mirada a la que estaba acostumbrada desde siempre. Por lo visto Marietta resultaba demasiado vistosa para parecer una intelectual o demasiado intelectual para lucir tan vistosa. Los sociólogos creían que invadía su territorio por hablar tan a menudo de los valores sociales del habla y los psicólogos por decir que ciertas formas de pensamiento son imposibles sin lenguaje. A los lingüistas ni mencionarlos. Ellos pensaban que debería centrarse solo en lo suyo (nunca había entendido que querían decir con eso), que no le convenía ser tan dispersa, tan poco convencional.

En conjunto, le importaba un bledo lo que pudieran decir. La Escuela Superior de Filología de León, dependiente de la Universidad de Salamanca, era solo una más de las hijas putativas que, durante los últimos años, le habían salido al Alma Mater. Marietta trabajaba allí como profesora ayudante. En el corazón de la mojama. Los departamentos tenían totalmente bloqueada la posibilidad de formar profesores e investigadores de calidad primero, porque la mayoría no estaban capacitados y segundo, porque aunque lo estuvieran, ni en el presente ni en un futuro razonable existía la menor posibilidad de que pudieran incorporarse al mundo universitario. Crecimiento cero. Sí, Marietta trabajaba allí pero solo hasta que la echasen (que no tardarían mucho). Entre tanto, pensaba seguir haciendo las cosas exactamente como hasta entonces, es decir, a su manera.

Un poco presuntuosa ¿no? La verdad es que todavía me queda todo por aprender. Esta sensación de fugacidad, de estar siempre de paso, empezando. Aún cuando haya pasado media vida reflexionando sobre ciertas cosas es como si no hubiera servido de nada. Así siempre. Y ¿para qué? ¿qué es lo que quiero saber en realidad? Parece una pregunta sin sentido pero no quiero que los demás se den cuenta, yo sigo intentando contestarla.

La sala de conferencias está en la primera planta, apenas un par de puertas más allá de lo que parecía la entrada a un gimnasio. Marietta se sentó en la última fila con el portafolios encima de las rodillas igual que si estuviese en la consulta del ginecólogo solo que más nerviosa. Quedaban algunos minutos antes de que empezase a llegar la gente. No le importaba esperar. Le gustaba llegar pronto a los sitios, le daba tiempo a ambientarse, a pensar. A menudo, nada de lo que recordaba tenía mucho que ver con lo que venía a continuación pero le servía para concentrarse, para dominar la situación.

AGUA PASADA: LA HISTORIA QUE LE CONTÓ MIGLALIA MINUTOS ANTES DEL EXAMEN DE GRADO

Dicen que antes las cosas iban mejor. Me hubiera gustado vivir hace cien años cuando todo estaba más tranquilo. La gente vivía feliz y los críos se portaban como debían; los tíos y las tías cuidaban de los sobrinos y los abuelos de toda la familia. Daba gusto y no lo de ahora. Ahora nadie se preocupa de nadie.

Ni siquiera los pobres se ayudan entre ellos. Antiguamente, si un vecino necesitaba un poco de leche, cualquiera de nosotros podía dársela o un poco de sopa o lo que fuera. Pero vete a ver lo que pasa hoy. Te puedes estar muriendo que nadie te echa una mano. Ni siquiera en el pueblo. Ellos también han cambiado. Antes, ibas a verlos y te regalaban lechugas, frutas o algunos plátanos. (*¿Quién te regalaba Migdalia, quién?)* Ahora ¡Ja!, si quieres algo lo pagas y si no te quedas con las ganas. Egoísmo y nada más que egoísmo por todas partes.

Y no hablemos de la envidia. Si tienes dos vestidos porque tienes dos vestidos y que de dónde los habrás sacado y que si esto y lo otro, se dejarían cortar una mano con tal de que tuvieras uno solo. Te critican a ti delante de tu

marido y a tu marido delante de ti y si pueden se meten con los dos al mismo tiempo y hacen lo posible por enzarzaros.

Pero a mí nunca me ha pasado nada de esto ¿sabes por qué? (¿Por qué, Miglalia, por qué?) pues porque, gracias a Dios, yo nunca he tenido nada que perder. Ni casa, ni granja, ni vestidos ni nada. Lo único, el marido. Pero mira lo que te digo: si alguien quiere a tu marido, que lo coja. Si él te deja porque le da un calentón ¡peor para él! ya se le pasará ¿entiendes? Además, ¿qué importa? Hay muchos hombres esperando. *(Pero cuando le quieres de verdad, ¿qué haces, eh, cómo le dejas marchar entonces?)*.

Algunos nacemos pobres y otros ricos, así son las cosas. Yo siempre he sido pobre pero nunca he tenido envidias, ¡a cada uno lo suyo! Lo malo es que los ricos piensan que porque eres pobre no vales nada y te desprecian. Le pasó a tu madre, a la que te parió quiero decir. Imagina que un día se puso a jugar con el sombrero de paja que la señora se había olvidado en el jardín ¿qué crees que ocurrió? pues que la señora la vio y salió al jardín y la emprendió a collejas y tu madre se fue a ella y la escupió y entonces, la despidieron. (*Oye Miglalia y yo ¿dónde estaba? ¿dónde ...?)*

Yo es que les odio. Cuando era pequeña jamás jugué con los ricos. Trabajaba, era lo único que hacía, para los jodidos americanos. Me exprimieron como un limón. Tenía nueve años y trabajaba desde el mediodía hasta las diez de la noche incluidos los sábados. Me trataban como a una esclava, ayudando en la cocina, lavando, fregando y todo por quince dólares al mes. Me dirás que qué clase de justicia es esta: los ricos quieren ser cada vez más ricos y en lugar de ayudarnos, si pudieran, y la mayoría de las veces pueden, nos hunden cada vez más abajo.

Como el padre de tu madre. Él, sí tenía algo de dinero, una buena casa y un coche y sin embargo, dejó a tu madre en la miseria. No la quería. Nunca la trató como una hija, ni siquiera cuando la vio tirada en la calle con su criatura. Ella siempre decía que nadie la había querido. Nunca. Ni su padre, ni sus abuelos, nadie. Ni siquiera su marido. "Miglalia —decía— el único amor que he tenido, es el que me he dado a mí misma" (*seguro que nosotras no, estoy segura de que nosotros la querríamos ¿verdad Miglalia?)* Al final, el amor de los demás ya no le preocupaba, lo único que quería era dinero. Pero antes, cuando éramos jóvenes, lo había intentado con los hombres, ya sabes, una es

inocente y un poco tonta y entonces van y te dicen cosas y tú les crees. Después, cuando te han follado un par de veces te mandan a la mierda. Te aseguro que siempre es lo mismo.

Recuerdo que no nos costó mucho tiempo aprender: ni a ella ni a mí. (Éramos buenas amigas ¿sabes?) cuando veíamos a uno, sabíamos enseguida lo que podía dar de sí y lo que no. Los respetables eran los peores: profesores, médicos, políticos, los peores de todos. Van por ahí creyendo que no les huele el aliento. Si los señoritos son así, imagina cómo serán los del barrio, esa panda de desocupados. Se tirarían a una gallina con tal de que llevase faldas. Ellos solían decir que no teníamos corazón y entonces tu madre contestaba que para follar no lo necesitaba. Sí, aprendimos muy de prisa (*y luego qué, ¿qué pasó entonces?)* A tu madre no le dio tiempo pero yo descubrí enseguida que los tíos no me hacían falta. ¡Ninguna! Tengo veinticinco años y lo único que quiero es un poco de placer, de vez en cuando. Pero lo quiero deprisa, que no me entretenga. Las mujeres no hemos nacido para ser felices, niña, recuerda lo que te digo.

AGUA PASADA: DE RITA, UN RECUERDO

En la Calle la Tanca del Viejo San Juan, una casa de dos pisos pintada de almagre y en el centro, un patio interior iluminado por una inmensa claraboya de cristales emplomados. En la escalera, una mujer joven. Es alta y no del todo delgada. Va vestida con pantalones azules y un blusón camisero de flores. Marietta la mira desde abajo. Está sentada en el último escalón peinando a su muñeca. La mujer da órdenes a una criada, la tata, mientras agita el plumero sobre el pasamanos. Están limpiando pero Marietta no entiende por qué: no hay nada sucio, ni los espejos, ni los cuadros, ni el suelo de mármol. Todo huele a lejía. Voces. Marietta levanta la vista y ve cómo llora la tata.

—Eh, Asun, Asun eh, no llores, tú ¿por qué lloras?.

Pero la tata sale corriendo sin decir nada. Marietta se levanta y va tras ella.

—¡Marietta! ¡Vuelve aquí inmediatamente!

Pero Marietta no hace caso y sigue andando en dirección a la puerta.

—¡No me has oído! ¡que vengas te digo!

Entonces se da la vuelta y murmura algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada, no he dicho nada, mamá.

La ha llamado mamá, pero le ha salido raro, como si le costara un poco decirlo. Marietta se da cuenta que es la primera vez que lo dice. Mamá. Luego se oye el timbre de la puerta y cuando abren alguien pregunta por el sr. juez. ¿sr. juez? y eso ¿qué es?

Marietta recordaba estas cosas. Casi todas. Lo que no se le alcanzaba era por qué, después de tanto tiempo, se le venían a la cabeza con tanta fuerza. Era como si hubiera retrocedido en el túnel del tiempo y no pudiera volver a salir. Miglalia ¿cómo era posible? La vio solo aquel día (¿un jueves por la tarde?) en La Esmeralda, el barrio de la tata. Entonces, ni siquiera pensó que su verdadera madre tuviera mucho que ver con esa mujer de la que hablaba. Probablemente, le contó muchas más cosas pero como Marietta no entendía muy bien lo que decía, se le fueron olvidando las palabras y ahora ya no le quedan más que estas pocas. ¿Acaso no eran suficientes? No, nunca lo fueron, a todos se les había olvidado pronunciarlas, A Rita, a Valentín (su padre), a Miglalia, a Asun. Marietta se revolvió inquieta en el asiento. La conferencia estaba a punto de empezar y seguía allí, en la última fila, empeñada en tranquilizarse y consiguiendo, justamente, lo contrario.

Ella me pescó en el corral, intentando ahogar al gato. "Devuélveme la mujer, devuélveme la mujer" gritaba yo. Sí, ahora me río, pero entonces... bueno, debí parecerles un monstruo. Creo que estaba un poco desesperada, buscaba a mis dos muñecos. Eran dos figuras, él con su gorro de paja deshilachada y ella con una pollera de colores. Yo los llamaba "El Hombre" y "La Mujer" y bueno, un día desaparecieron y alguien me dijo que se los había comido el gato. Pero yo no quería ahogarlo, solo quería que los devolviera. A "La Mujer", por lo menos.

La puerta se cerró con un pequeño golpe y el secretario del Congreso acompañado de un número absurdo de autoridades académicas (cerca de siete u ocho personas más) se encaminó hacia el estrado. ¡Por dios santísimo, no

¡iba a haber sillas para todos! A Marietta le entraron unas ganas terribles de decirlo en voz alta. Pero en lugar de eso, se levantó y fue tras ellos.

CUATRO

Marietta estaba sentada en la estrecha franja de playa que hay delante del hotel y miraba distraída el océano. Una reducida banda de gaviotas sobrealimentadas tomaba posiciones junto a la orilla. Suspiró. Las gaviotas deberían ser gráciles y blancas. Aquellas parecían pavos cebados para la cena de Navidad. Pájaros transformados en pequeños buques de plumas durante una hora, a la caída del sol.

Si hubiera podido librarse de las pesadísimas disertaciones de sus colegas hubiera intentado darse un baño antes de comer. Pero no hubo manera. Marietta necesita dormir la siesta, en camisón o desnuda según el calor, y tampoco eso había resultado posible. Ahora, casi al atardecer, se encontraba exhausta y de un mal humor espantoso.

Hacía calor, mucho calor a pesar de los vientos alisios que agitan los penachos de las palmeras sobre su cabeza. Marietta sabía que el agua, un puré de algas teñido de turquesa, estaría demasiado tibia para su gusto, pero decidió darse un chapuzón sin alejarse demasiado porque, a esas horas, no quería dejar su bolso sin vigilancia. Se quitó el bañador y se acercó a la orilla. Intentó relajarse pero el aire estaba lleno de ruidos: música salsa desde los altavoces del hotel, el zumbido de los coches a toda velocidad por la avenida Ashford...

Respiró hondo y abriendo los brazos, boca arriba, se dejó mecer por el agua. Cada dos o tres minutos, un Jumbo se elevaba en el aire desde el aeropuerto de Isla Verde y permanecía suspendido, aparentemente inmóvil, sobre la bahía, sobre los rascacielos y las palmeras cimbreantes antes de perderse en el ultramar obscuro del cielo.

Su marido llamaría dentro de una hora. Era el día acordado. A Marietta siempre le había intrigado la gente como su marido. Un hombre veinte años mayor que ella, que se había abierto paso, si no a machetazos, sí a golpe de quieros. ¿Un self—made man? Probablemente, la mayor parte de su vida al menos. Desde Trobajo del Camino a León andando para ir a la escuela. Andando en invierno y en verano, a las seis de la mañana, después de ayudar con las vacas en el establo, sacar las escorias de la lumbre, encender el horno. Demasiado joven para tanta labor. Niños como él, trabajando como bestias de

tiro. O peor aún, encerrados en el seminario. Y sin embargo, tan fácil de comprender durante aquellos años.

Después, la Universidad. Becas y sobresalientes, sobresalientes y becas. Horas y horas en la biblioteca porque no había dinero para los libros que necesitaba. Frío y sabañones y por fin, premio extraordinario en Medicina y Cirugía.

Una vida saludable la suya. Ningún problema con la tuberculosis como otros. Ni con la gonorrea. Fuerte y sano como un roble. ¿Pero, qué había sucedido con su juventud, con sus sueños, con el juego de aprender a vivir y a equivocarse? En su frente, surcada de profundas arrugas desde los veinticinco, se encontraba la respuesta, entre otras respuestas, a esa pregunta: Aquí (solía decir) no hemos venido a divertirnos, sino a trabajar.

Pobre hombre: no había hecho otra cosa. Se alegraría de saber que hasta su mujer había terminado por darse cuenta. Primero la consulta, después la pequeña clínica, luego la boda y vuelta a empezar. Vamos querido, no te preocupes, la señora Morán no parirá hasta la semana que viene, nos da tiempo de ir a Madrid y volver. Fuera, el mundo exterior. Las risas de otras jóvenes como Marietta, sus idas y venidas, los estudios. Dentro, un hombre callado, preocupado, agotado por el trabajo, unas manos torpes en la obscuridad, un hogar silencioso (¿qué pasaba con los hijos?). Dios proveerá. Qué divertido. Una vida ordenada de verdad. Era un milagro que no se hubiese vuelto loca de remate. La señorita del pan pringao con el culo mojao. Un día Marietta dijo basta y se puso a estudiar *A los veintitantos y solo por escapar. ¡Qué sabía yo lo que me hacía!.*

Quedaba el hecho de que, pese a todo, había seguido viviendo con él. No faltaba más. ¿A dónde, si no, hubiera podido ir? En fin, lo importante es que había sobrevivido. Como otras. Y ahora ¿era mejor o peor que antes? No sabría decirlo. Y es que todo aquello se había vuelto casi un misterio a fuerza de no pensar en ello. Sola, sin amigas, (imposible encontrarlas entre las esposas de los compañeros de su marido) pero al menos, había empezado a aclararse. Y se sentía única. Sí, eso era lo mejor. No tenía nada en común con el resto de las mujeres que conocía. Había hecho de su especificidad una verdadera vocación. Muy inteligente por su parte. De todos modos, tambien tuvo algunos despistes: por ejemplo, el del padre Lorenzo, un cura que tenía

un programa de radio y dirigía los ejercicios espirituales de los cursillos de cristiandad para mujeres y que la oía en confesión una vez a la semana: decían que, a las mujeres, les daba la absolución con una mano mientras se masturbaba la otra.

Ave María purísima
Sin pecado concebida, hija mía.
Hace más de dos semanas que no me confieso y me arrepiento, padre, de haber pecado...
¿Cuales son tus pecados, hija?
He sido infiel a mi esposo, padre, de pensamiento y me he tocado...
¿Donde?
Los pechos padre, el coño...
¿Cómo dices...
Sí, el coño y tambien los muslos
Y...bueno...¿Te has...
Sí, padre, me he corrido.
No, no me refería a eso ¿dices que te has tocado?
Sí, padre.
Y ¿cuantas, cuantas veces....?

Etcétera. Un poco de asco acordarse de todo aquello. Antes de llegar a España, Marietta solía hablar francamente del sexo. No conocía metáforas para referirse a él (por lo menos entonces), al contrario, conocía mil maneras diferentes de hablar de la genitalidad, todas ellas inspiradas y muy gráficas. En Puerto Rico, hablar de las funciones físicas relacionadas con el sexo era tan normal que, al cabo de cierto tiempo, hasta los mojigatos de los extranjeros terminaban por acostumbrarse y las descripciones de las funciones corporales, de las escenas más íntimas perdían toda su obscenidad y pasaban a integrarse en el lenguaje de la vida diaria sin ningún problema. Lo peor fue cuando llegó a León, una pequeña ciudad de provincias en la España de los sesenta y tantos.

AGUA PASADA: LO QUE CUENTA MARIETTA DEL PADRE LORENZO

Será por eso que le doy tantas vueltas. ¿Donde diablos estaba? Ah, sí, entonces: Creo que fue al poco de casarnos. Bernal, mi marido, había guardado todos mis papeles (libro de familia, partida de nacimiento, pasaporte) en un cajón de su despacho. Yo necesitaba uno de ellos, no sé para qué cosa y como no tenía la llave de la caja no podía cogerlo. Si no tengo documentos, pensé, no soy nadie, (¿quién me conoce aquí?), si me sucediera algo no podrían siquiera avisar a mi familia, es decir desaparecería sin dejar rastro. ¿Fue una tontería por mi parte preocuparme de tal cosa? Sin duda. Pero aún así...¿en qué hubiera podido entretenerme si no tenía mejor cosa que hacer? En fin, ocurrió que esta contingencia mía me afectó muchísimo y entré en una pequeña depresión agravada por la novedad, y la sequedad, de todo lo que me rodeaba.

A Bernal se le ocurrió entonces buscar ayuda y como no estaban de moda los psiquiatras, optó por presentarme a un consejero espiritual que, mira por dónde, era el padre Lorenzo. Un día, sin avisar, le invitó a tomar café después de comer. Va a venir un amigo, dijo. Otra casualidad hizo que su llegada coincidiera con un reventón en las cañerías del cuarto de baño: teníamos la casa prácticamente inundada cuando llamaron a la puerta. No lo olvidaré nunca. Me tocó hacer los honores mientras mi marido se encargaba del fontanero. Según creo recordar, fue una bonita manera de romper el hielo. Hablamos de muchas cosas pero desde aquel día, no volví a confesarme con él. Luego, una tarde, nos encontramos por la calle y me invitó a merendar en su casa. Vivía con su madre en el Barrio Húmedo. Recuerdo que llevaba unos calcetines grises con unas sandalias franciscanas de cuero marrón (una combinación espantosa) y que, nada más llegar, empezó a desabrochárselas como quien no quiere la cosa. Cuando levantó la cabeza y me miró, supe enseguida lo que iba a pasar pero, en lugar de echar a correr, me quedé parada como una tonta a ver que pasaba. Supongo que me pudo la curiosidad. En fin, lo que fuera. No había cumplido aún los veinte pero, al final, fue decisión mía follar con el cura Lorenzo aunque, quizá, debería haber previsto que, después, nada volvería a ser tan fácil. Entonces una no piensa esas cosas. Al menos, yo no lo hice. Nos acostamos y me fijé en lo pequeña que la tenía. Nunca había visto una así, ni siquiera en los niños. Recuerdo que, aún empalmado, no alcanzaba a metérmela y cuando lo consiguió, se tiró más de media hora resollando y sudando encima de mí.

Cuando acabó, no fui capaz de saber si, por fin, había podido correrse o no. Yo, desde luego, me quedé como estaba.

Marietta vagando por las calles de regreso a casa. Marietta que tropezaba con la gente y se sentía gastada, deseando llegar y darse un baño. Detrás de sus párpados, prácticamente cerrados mientras caminaba, aparecían escenas fulgurantes. Marietta de doce años a caballo en las afueras de Coamo, *Pero ¿por qué, por qué no me quedé allí?* Marietta en el Morro, con el océano de frente, ahogada de azul, sola en los aljibes de la fortaleza *¿y qué querían los piratas, papá?* Niña Marietta. *¿De verdad que nos atacaban?* Marietta en el parque indígena de Utuado donde los primitivos taínos jugaban a mantener la pelota en el aire el mayor tiempo posible, impulsándola solo con la cabeza, los hombros y los tobillos. Las palabras de su padre. El rostro de Marietta vuelto hacia la cara de su padre como una gigantea al sol.

Sin soltar estos recuerdos, Marietta salió del agua, se puso de nuevo el bañador y con la toalla enrollada en la cabeza se dirigió a su habitación para esperar la llamada de su marido. Antes de llegar, sorteó sin tropiezos a los lustrosos camareros del vestíbulo, al grupo de turistas japoneses que se preparaban para tomar al asalto el comedor y, ya en su planta, al carrito sobrecargado de las limpiadoras. Su habitación estaba en el ala posterior del edificio, la que daba de refilón al mar. Marietta había insistido en que le dieran, al menos, una habitación como esa porque le hacía ilusión contemplar el reflejo de las luces en el agua, destellos quebrados que rompían la susurrante superficie de laca, las olas. En fin, todo eso.

Un timbrazo. Luego otro. Marietta se acercó a la mesilla y descolgó el teléfono.

3. EN LAS VENAS DEL AGUA

CINCO

Marietta seguía al hombre, a los ojos del hombre, que vio la noche pasada, por la calle Fortaleza. A distancia, regateando a los otros peatones y a veces tropezándose con ellos. Como un cochecillo de choque rodando por las aceras atiborradas de vulgaridades, tiendas de recuerdos y hoteles de segunda clase que ocupaban las tres primeras manzanas de la calle. Ninguna necesidad, desde luego, pero tenía la sensación de que si apartaba los ojos de él, no más fuera un instante, el hombre desaparecería. Y de eso nada. No sabría decir por qué, pero perderle de vista era lo último que quería. Vestido de negro de pies a cabeza, se movía a cámara lenta con zancadas de dinosaurio. Si ella quisiera, sería muy fácil matarlo: no tendría más que apuntar a lo alto, unos dos metros aproximadamente, por encima de las cabezas de los transeúntes. Y sin embargo. Le vio detenerse a la entrada del Callejón de la Capilla buscando algo en el escaparate del colmado. Luego, cambió de opinión y se dirigió a la cuesta donde empieza la calle de S. Francisco y se sentó allí, en una mesa libre de la terraza del Loro, un cafetín sin pretensiones. De cuando en cuando, se acariciaba la nariz rota, probablemente en algún combate juvenil de boxeo (era demasiado fuerte para imaginarlo haciendo otra cosa). Marietta pensó que no le importaría ser mano, la suya, por un rato.

Debió notar la intensa mirada que Marietta le clavaba entre las cejas porque, en un momento dado, levantó la vista. Marietta se volvió de espaldas, automáticamente, para evitar que la reconociera. Dio la vuelta tan deprisa que se llevó a una vieja por delante y tuvo que ayudarla a recuperar el equilibrio después de pedirla mil perdones. Cuando consiguió librarse de ella y se atrevió a mirar de nuevo, el hombre se había puesto a leer el periódico.

Marietta zigzagueó entre los peatones para acercarse un poco y a medida que se iba aproximando se fue sintiendo más y más ridícula. Como si desde afuera, aleteando por encima de su cabeza, su sombra, la otra Marietta, se entretuviese observando sus movimientos al tiempo que, con la viperina lengua que la caracterizaba, dejara escapar comentarios de lo más humillantes. *No puedo creerlo, a tus años, persiguiendo a un hombre ¿puedo saber por qué? ¿acaso te miró con ojos encendidos o es que, simplemente, te recuerda a alguien? ¿te has vuelto idiota? ¿has pensado lo que vas a hacer si*

se da cuenta? Resultas patética, muchacha. Imagina lo que puede pensar. Una perra en celo, eso es lo que eres. De todos modos, Marietta sospechaba que su sombra, la otra Marietta, le tenía un poco de envidia. Siempre había sido así. Cada vez que se le ocurría sacar los pies del tiesto y dejarse ir en cualquier dirección, podía oír con toda claridad sus reproches avinagrados.

Cuando se desnuda delante de la ventana abierta porque el sol aparece justo en ese instante.

Cuando se quita los zapatos en medio de la calle, porque le hacen daño.

Cuando se encierra en el cuarto de baño y acaba, de una sentada, con la tableta de chocolate.

Cuando a las dos de la mañana enciende el tocadiscos para oír el Unicornio Azul a todo volumen.

Cuando bebe una copa de más y sale al portal a cantar porque le gusta oír cómo retumba su voz.

Cuando se niega a cerrar los ojos mientras hace el amor. En fin, Marietta no tenía la culpa de que su sombra tuviera tan poca imaginación. Con cuidado se abrió paso hacia un puesto de frituras, justo al lado de un mendigo que, arrodillado y con la cabeza apoyada en el suelo, se ganaba el jornal diario con el sudor, y nunca mejor dicho, de su frente. El mendigo le pidió por favor que se alejase un poco, pero ella no podía oírle; estaba demasiado absorta en aquel hombre de negro que con tanta parsimonia, con gestos tan suaves, pasaba una a una las páginas del periódico. Justo entonces él levantó la cara hacia Marietta y ella, con la absoluta seguridad de quién, desde siempre, está acostumbrada a abrir un grifo y ver salir el agua, se dio cuenta que él se había dado cuenta que le había estado siguiendo.

Para Marietta siempre es un desafío enfrentarse a las consecuencias de lo que hace, sobre todo cuando sabe de antemano que eso que hace no es del todo normal o no está del todo bien. No la gustaba justificarse y detestaba las disculpas. A veces, tampoco le importaba reconocer que hacía mal, esa clase de mal que no hace daño a nadie sino a una misma, perfectamente a posta.

Ahí estaba pues, ese hombre, con tejanos y cazadora de cuero negro, la cabeza de cabellos castaños y las gafas de sol ligeramente caídas. A Marietta le entraron ganas de darle un mordisco. *¿Por qué será que cada vez que me*

gusta algo lo primero que se me ocurre es llevármelo a la boca?. Paladear, gustar, digerir, tragarse los olores, los colores, los sabores y también la carne, las caricias, el sexo, sentirlo deslizarse y apresarlo en la propia sangre, los humores, los fluidos. Una posesión, en fin, mucho más activa que el simple hecho de tocar o dejarse penetrar por algo.

—Oiga señora, ¿quiere quitarse o no? —oyó decir al mendigo.

—¿Qué? —preguntó sobresaltada.

—Que se vaya de una vez, coño, que me esta espantando la clientela.

Si no hubiera sido un mendigo, le hubiera mandado a tomar vientos. Pero ella es incapaz de maltratar a los pobres. Ni a los pobres, ni a los tarados. Puede que algunos se lo merezcan pero a Marietta le puede la mala conciencia.

AGUA PASADA: HISTORIA DEL VIEJO MENDIGO QUE VENDÍA MUÑECOS DE CARTÓN

Subiendo por la calle del Cristo, los domingos por la mañana, Marietta disfruta de una cierta intimidad: después de la juerga de los sábados, la ciudad parece abandonada y se huele un olor distinto al olor de todos los días, un olor diferente, incluso, al del mediodía cuando la gente sale de misa de la catedral, un olor más vacío, más limpio, mucho menos amarillo. Algunas de sus amigas van a misa con sus padres, pero Marietta hace tiempo que decidió ir sola: cada vez soporta menos aparecer con ellos en plan niña mona. Tal vez no se den cuenta, pero tiene ya diez años y necesita un poco de independencia. Además, tiene también sus propios planes. Cuando acabe el servicio religioso y salga de la iglesia, se llegará a la plazuela de las Monjas a charlar con Manuel, el viejo de los muñecos. El lugar no queda lejos, solo hay que cruzar una calle y allí está, entre dos callejones de adoquines fabricados con la escoria de los galeones españoles (al menos, eso decían). Todos los domingos, según se va acercando a la enorme puerta de la Metropolitana, Marietta intenta imaginar aquellos antiguos barcos. Una imagina muchas cosas pero ¿eran así realmente? ¿tan inestables, tan imponentes como en los libros de historia? Bajeles de velas desplegadas, velas de cruz a tres palos, maderas decoradas con celosías orientales. A Marietta le hubiera gustado, sobre todo, tocarlos. Pasar la mano por los cordeles y las jarcias y oír, bajo sus

pies, el renqueante crujido del puente. Siempre lamentará no haber nacido hombre, no haber sido pirata. O por lo menos, marinero como el viejo Manuel.

—Ite misa est —dice el cura.

Ya en la calle, Marietta corre a buscar a su amigo.

En un banco de madera, debajo de un tabonuco. Manuel se sienta, siempre en el mismo sitio, con la mercancía en una cesta, a sus pies.

—Hola Manuel ¿qué tal estas?

—Hola, Marietta. Ya ves, un poco cansado.

El viejo solo sale a vender los domingos. El resto de la semana se dedica a fabricar muñequitos de cartón pintados con pinturas al agua. Son graciosos pero muy feos. Con los brazos estirados hacia arriba cuelgan de un junquillo sostenido por un bramante a unas barillas de madera casi paralelas y separadas en la parte de abajo, por una tablita pequeña. Cuando aprietas el extremo de las barillas, el muñeco se eleva y da volteretas en lo alto como un gimnasta en la barra. Todos sus muñecos, van vestidos, como los arlequines, cada uno de un color diferente y los labios pintados a juego. Unos labios muy gordos, de trazo grueso que Manuel rellena de rojo, de amarillo o de verde según sea el gorrito. A Marietta le encanta la combinación. Hoy sin embargo, todos parecen un poco mustios. Se diría que, ni siquiera Manuel, se ha lavado la cara porque debajo de su bigotito blanco, asoman las boqueras y un hilillo de saliva muy blanca le resbala por la barbilla.

—Hey, Marietta, hazme el favor de ir a avisar al padre Vicente para que me eche una mano, creo que me estoy muriendo...

El padre Vicente hablaba mucho y Marietta no creía casi nada de lo que decía (sobre la casa de Dios y otras cosas) pero la cara del viejo se estaba poniendo verde y ya ni siquiera le quedaban fuerzas para levantarse la pava y secarse el sudor de la frente.

—Sí, claro ¿pero de verdad quiere que vaya?

Con la sonrisa un poco torcida, el viejo hace un gesto de resignación. Es pequeño y arrugado y, con el sombrero de paja de alas anchas y deshilachadas, parece la momia de un jíbaro: se le notan los huesos de la cara

debajo de la piel. Al acercarse, Marietta percibe una ráfaga del olor acre que despide y, por un instante, siente la tentación de alejarse y salir corriendo. Luego reflexiona.

—Será mejor que venga conmigo. No quiero dejarle solo. Yo le ayudo ¿okey? Cruzamos la calle y enseguida estamos allí. Acaba de terminar la misa y es fácil que todavía podamos pillarle en la sacristía.

Marietta no tiene muchas oportunidades de tomar decisiones pero, por unos instantes, se siente importante de verdad. Con cuidado, le ayuda a levantarse y después de pasarse uno de sus brazos por encima de los hombros, le sujeta por la cintura y así agarrados, se dirigen hacia la catedral. El olor de aquel cuerpo vencido se va haciendo más y más penetrante. Marietta cree que no va a poder soportarlo pero se sobrepone y continúan andando. Irritada con su asquerosa hipersensibilidad y, al mismo tiempo, envuelta por completo en ella, contiene la respiración a cada paso.

Tenderos, pueblerinos, la mayoría de los cuales ha cambiado su ropa de trabajo por el traje bueno de los domingos, hombres de negocios bajitos, con panza y cinturón a la cadera en equilibrio más que precario sobre las ingles, salen ahora de los chiringuitos y se apoyan en los muros esperando la hora de comer con un vaso de coquito en la mano. Sus mujeres, las más de las veces solas y otras formando grupos entre ellas, repeinadas, llenas de perifollos y maquilladas como para una fiesta de disfraces, se ríen excitadas mientras tiran de sus pequeños cogidos de las manos. Niños de rizos brillantes gritan y comen cucuruchos de helados al mismo tiempo y se quejan o saltan con un pie arriba y otro abajo en el bordillo de la cera. Viejas que se balancean oh! (B)por la cera encorvadas y con cuellos de encaje blanco, raído. Sí. Parejas del brazo, formales como sarcófagos. Ruidos, bocinas, el claxon (B) de algunos coches salidos del papel couché. Olor a polvo, a fritangas, a las chinas perfumadas de los puestos más que criollos. Aroma oscuro del café. Almizcle oh (B) de algunos cuerpos.

Se cruzan con el padre Vicente en la acera, justo delante de la iglesia, con la sotana brillante de puro desgaste.

—Vaya, vaya, ¡cuanto tiempo! pero ¿qué te ocurre, Manuel... ?

El viejo no dice nada. Un gesto con la cabeza, ahogado.

—Necesita ayuda, padre, dice que no se encuentra nada bien.

Manuel entonces oh, (B) por favor NO.

Pero sí, Manuel se derrumba despacio, hacia el suelo. Un gesto de dolor entre sus labios parduscos. Y luego nada. Marietta ayuda a meterlo en la sacristía y sale corriendo sin despedirse, sacudiéndose la ropa a manotazos. Demasiado cerca de la muerte, de lo viejo. Marietta teme contagiarse. Solo cuando llega a casa se acuerda de los muñecos: con tanto jaleo, se han dejado olvidada la cesta en la plaza.

Mientras Marietta flotaba ensimismada, el hombre se incorporó a medias, alzó un brazo y lo agitó invitándola a reunirse con él. Marietta vacilaba ¿qué podía hacer ahora? ¿Disimular como si se hubiera visto sorprendida por sus gestos? ¿Hacerse la distraída y pasar de largo? Sentía el impulso, como casi siempre, de salir corriendo, pero eso no era posible, en primer lugar, porque no le daba la gana, y en segundo, porque ya era demasiado tarde

Marietta esperó a que pasaran los coches antes de cruzar la calzada. Sonreía. Pero en fondo se sentía perpleja y un poco asustada. ¿Qué se suponía que debe decir? "Disculpe, ¿es a mí?" cuando la cosa era tan evidente. O, tal vez "¡qué agradable sorpresa! ¿nos han presentado antes?" *¡Dios mío!, es ridículo, yo no voy por ahí ligándome a los tíos de esta manera!* Escucha —dice entonces la voz subterránea— tampoco es para tanto, mujer. Pero no era solo la lengua, que tan a menudo se movía de forma casi automática, la que se negaba ahora a funcionar era, sobre todo, la cabeza. En ese instante, y a cada paso peor, lo único que funcionaba en Marietta era la adrenalina, esa hormona de la glándula suprarrenal que cuando se altera, desarbola el ritmo cardíaco, sube la presión arterial y transforma los pulmones en dos gasas escurridas, sin gota de oxígeno. Como resultado, ahora le dolía la espalda y el plexo y un charco tibio y pardusco, una gotera de espasmódico sudor, se le estaba formando a la altura del ombligo. No era imposible que, todavía, siguiera andando con su garbo característico, puede, incluso, que este hombre, desapercibido, encontrase atractivo el balanceo de sus caderas, pero su cuerpo, el cuerpo que ella conocía, estaba totalmente, fuera de control.

Cuando llegó a su lado, se quedó de pie, contemplando encantada la hermosa sonrisa que se dibujaba en sus labios. Centelleaba la luz, ya no

blanca sino profundamente obscura, sobre los cristales negros de sus gafas y fue precisamente ahí donde a Marietta se le fueron las dudas ¡por donde se van siempre! llevándose lejos indecisión y miedo. A partir de ese instante no volverá a echarlos de menos.

SEIS

El hombre era alto y masivo como un monte. Marietta recorrió la curva de sus hombros con una mirada ágil, acostumbrada a sopesar volúmenes a través de la ropa. Masivo y sosegado como un monte, repitió para sus adentros. Sus pectorales. No tenía ninguna necesidad de imaginarlos, y de pronto, sintió un deseo ineludible de repasar con la yema de sus dedos el perfil de estos músculos en alto relieve que, con una línea de obscuridad debajo, se envolvían en los pliegues de la camiseta como si estuvieran esculpidos. Tenía la piel suave con el brillo y el color del aceite de oliva y todo su aura refulgía acharolada.

—¿Por qué no te quitas las gafas? Resulta difícil hablar con alguien si no sabes hacia dónde mira.

¿Lo había dicho en voz alta? no estaba segura, pero el hombre, en respuesta, se bajó un poco las gafas de sol y Marietta pudo ver, otra vez, los mismos tizones sonrientes, y un poco burlones, de la otra noche.

—¿Marietta Balta?

Ella asintió y le miró con mayor atención ¿cómo sabía su nombre?.

—Alex Salcedo —se apresuró a añadir. Y lo era.

Marietta se sentó a su lado, de espaldas al sol.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó mirando su vaso— todas estas bebidas resultan un poco exóticas.

Y él, halagado por este recurso a su experiencia, pidió para ella un daiquiri helado con zumo de lima. Marietta le observaba sin saber qué decir. No le gustaba hacer preguntas, no le gustaba entrometerse en la interioridad de los demás pero este hombre parecía tan relajado, tan a gusto contemplándola en silencio que no parecía probable que, de otro modo, empezara a hablar. Marietta se inclinó por un tema inofensivo.

—¿Portorriqueño?

—¿Se nota? Y tú, ¿también eres portorriqueña?

—Pues... no estoy segura...

—Una respuesta un poco ambigua ¿no crees?

—Supongo que sí. Sí.

—¿Entonces...

Marietta reflexionó unos instantes. No le apetecía entrar en detalles. Luego sonrió.

—¿Cambiaría algo si no lo fuera? Portorriqueña quiero decir.

Él advirtió su expresión: mezcla de inquietud y desconcierto.

—No, en realidad no. Era solo una forma de romper el hielo.

A Marietta lo del hielo le pareció una expresión poco afortunada. Demasiado calor, si lo hubiera, se habría derretido siglos ha.

—Creo que nací aquí pero en realidad no conozco a mi verdadera familia, soy una hija adoptada....

A poco que se descuide, terminará dándole el número del pasaporte.

—Me adoptó una familia portorriqueña y a los dieciocho años... bueno, me fui de Puerto Rico muy joven.

—Entiendo —dice él observándola desde detrás de las gafas como si lo hiciera desde una distancia enorme .

Marietta creía que no había nada que entender pero se calló. Esperó en silencio. Entonces él volvió a preguntar.

—¿Y... esa familia que te adoptó?.

—Fueron mis verdaderos padres. Murieron hace años.

—Vaya —su voz parecía sincera— lo siento. No tienes hermanos ni... —a Marietta le pareció que, por alguna razón, él necesitaba saber, necesitaba enterarse, si vivía sola o tenía pareja y no quería, o no podía, preguntárselo directamente.

—No, nadie. No tuvieron hijos. En realidad...siempre he vivido sola.

Alex la miró entonces como si la tocara. Directa, levemente. Marietta se sintió invadida e incapaz de reaccionar. Se daba cuenta que había terminado diciendo lo que él esperaba que dijera y ahora no podía volverse atrás. Sola ¿a qué se refería?. Verdad o mentira a él no parecía importarle. De momento.

Lo que sintió entonces, la pilló de sorpresa ¿ternura?, una oleada de tibieza se desprendía de ella a capas como se desprendía la piel quemada del cuerpo después de tomar el sol. Miró la cara del hombre convertida en una fina telaraña de arrugas bajo la luz del mediodía. Anticipación. Nota de un acorde que no es propia del mismo sino del anterior. En aquel rostro, si miraba aquel rostro, no como simple espectadora sino con los ojos de la mujer que era, Marietta podía verse como en un espejo: desdibujada, proteica, una mezcla impalpable de curiosidad y latidos sobresaltados. Era casi cierto que lo único que deseaban los dos era dejar pasar el tiempo sin hacer nada. Nada inevitable. Y sin embargo, ahí estaban, mirándose a los ojos, corriendo el riesgo de hacerlo. Marietta pensó, una vez más, que la vida era absurda.

—Supongo que no querrás hablarme de ti.

—No, bueno, quizá más adelante —Marietta sonrió un poco.

—Ya veo, cada cosa a su tiempo ¿no?

Tenía dos voces, una como de locutor radiofónico que utilizaba en los comentarios sin doble fondo y otra de bajo, profunda y pausada. Como en aquel momento.

—Pero quizá podamos hablar de otra cosa —continuó él— por ejemplo ¿tu trabajo? Su tono se volvió casual, incluso ligero, pero a Marietta le pareció que ocultaba una verdadera curiosidad de manera que, una vez más, fue ella la que se dejó tirar de la lengua y habló y habló hasta que terminó de contar lo que había venido a hacer a Puerto Rico y cómo y por qué y hasta cuando. Después, cuando hubo terminado y antes de que él pudiera preguntar nada, se levantó y dijo:

—Creo que debería marcharme, la próxima conferencia es a las cuatro ¿vienes?

No, él no pensaba ir pero quedaron en encontrarse en el vestíbulo del hotel, a las ocho, para ir a cenar juntos.

En el camino de vuelta, Marietta tardó casi media hora en darse cuenta que lo único que había averiguado de él, era su nombre.

AGUA PASADA: LA PRIMERA CITA

Marietta tiene quince años y está muy desarrollada para su edad. No es muy alta pero sus pechos apuntan orgullosos debajo de la blusa. Ella lo sabe pero no tiene vergüenza. No es como otras que se encogen para ocultarlos. Marietta levanta la cabeza y no le importa que la miren. Ni siquiera se ruboriza cuando le dicen cosas por la calle. Al contrario, trata de recordarlas y cuando llega a casa las apunta en un cuaderno. Ha reunido algunas frases graciosas y otras que no lo son tanto pero a Marietta, todas le parecen una especie de homenaje. Gracias a ellas va enterándose, poco a poco, de lo que piensan los chicos sobre su persona. Sobre las mujeres en general. A Marietta eso le parece importante. Y muy útil.

Pero la pobre Marietta es una ingenua. Espera siempre que la quieran. Le parece imposible que alguien desee hacer daño. O peor, que alguien oculte su deseo de hacer daño. Ella, no distingue muy bien la maldad porque no la entiende. Cree que ser malo, es hacer la puñeta sin motivos, por puro placer. Porque hacer mal, para defenderse, es otra cosa. Como golpear a los chicos que intentan robarle la ropa en la playa o mentir en su casa para que le dejen llegar un poco más tarde.

Y es que esa manía que tiene de su madre de olisquear sus bragas o fisgar entre sus papeles, le pone enferma. Para doña Rita, todo lo que hace Marietta es motivo de sospecha. Es más, ni siquiera necesita hacerlo. De hecho, y hasta ahora, no ha tenido ocasión. Sencillamente, no se ha presentado. Pero ahora algo ha cambiado. Alito, hijo de unos amigos de sus padres, se va a estudiar a Estados Unidos. Es mayor, le lleva casi cuatro años, pero hace tiempo que se gustan. Y Marietta ha decidido ir a despedirle. Al atardecer, en la playa de La Perla. En casa dice que va al cine con sus amigas. A partir de ese día, Marietta tendrá ya un recuerdo y un secreto. Cuesta imaginar nada mejor como secreto: el primer beso. De pie y con los labios muy apretados se abrazan y se besan largo rato. Él ni siquiera intenta acariciarla. Ni siquiera mete la lengua en su boca pero cuando se separan, Marietta tiene las bragas mojadas.

EL BAILE DE DISFRACES: SIRENAS Y TRITONES

Marietta avanza lentamente del brazo de Salvador. La expectación es enorme. Noche de San Juan en las instalaciones del Club Uchupi. Padres con

sus hijos pequeños en brazos, invitados de la familia, socios recién llegados, amigos y abuelos desconocidos y sin nombre. Los hay a cientos. Vienen a ver el concurso de disfraces y después al baile. Marietta y su pandilla van de sirenas y los chicos de tritones. Son la corte de la reina Maeve. Marietta está fastidiada porque no hace de reina. Han escogido a otra chica más alta y con el pelo más largo. La reina es la única que lleva un traje de escamas doradas. Los otros, el de Marietta también, son de escamas plateadas. Tiras de papel de plata, recortadas en ondas y cosidas, una a una, en la tarlatana del traje. Aunque sería más apropiado decir funda. El traje es tan estrecho como una funda de almohada. Marietta apenas cabe ahí dentro. No puede ni respirar y, además, tiene que andar con mucho cuidado: tiesa y arrastrando despacio las dos pequeñas aletas en forma de cola que lleva prendidas, por detrás, al borde de la falda. Ocho chicas, sin contar la reina, vestidas igual. Y ocho chicos. Ellos con esquijamas verdes y un peto de escamas. Y una cresta en la cabeza, como la de los gallos pero más grande. En las pantorrillas y en los antebrazos han colocado, también, escamas de plata y, en conjunto, lucen bastante airosos aunque todos se sienten un poco avergonzados y se tapan el paquete (que se les marca mucho) a la hora de las fotos. Todos menos Neptuno, es decir Mario, que es la pareja de la reina y lleva corona, túnica blanca, tridente y barba de algodón. Marietta detesta a la reina también por esto. Y es que Marietta está enamorada de Mario. Lleva enamorada de él dos veranos. Desde que Alito se fue a Estados Unidos.

Unos pasos más y luego los vestuarios. Quizá tenga oportunidad de hablar con él después del desfile ¿Por qué ese interés si, en realidad, el muchacho, tampoco es tan gran cosa? Gran cosa ¡Vaya idea! ¿Qué puede ser un chico con diecisiete años?. A Marietta no le importan los detalles. Conquistarle se ha convertido en una cuestión de orgullo. Necesita demostrarse que si quiere, puede. En todo. Por ejemplo, este año ha conseguido aprobar el último curso por libre y sin ir al colegio. Su padre pensó que no iba a necesitar ese título para nada y la sacó del colegio y le puso a estudiar mecanografía en una academia. Pero Marietta quiere ir a la Universidad. Es decir, quiere escapar de su casa como sea y esta idea le parece tan buena como otra cualquiera. Quiere ser independiente y le gusta leer. De momento es todo lo que sabe. Por eso en marzo dejó la maldita taquigrafía, pidió prestados los libros y se encerró en su cuarto a estudiar. Quince horas al día. Mierda. Lo consiguió. Vaya que si lo

consiguió. Y ahí está. Exactamente en las mismas condiciones que las demás. Mejor aún, porque ella lo ha conseguido sola. Ahora su padre no puede negarse a que estudie. Periodismo. Quiere hacer Periodismo.

Marietta se cruza de brazos y espera a que termine el desfile. Ninguno de los otros grupos es tan espectacular como el suyo. Ganarán el primer premio, seguro. Da media vuelta y se encuentra con Mario.

—Hola Marietta.

Es evidente que también él la ha estado buscando. Lleva la corona ladeada y su túnica, un poco demasiado levantada, deja ver debajo un traje de baño rojo. Con la barba postiza, parece mayor de lo que es.

—Mario ¿Dónde has dejado a tu reina?

—Anda por ahí, con su corte.

Marietta no ha cruzado palabra con él durante toda la noche y ahora está encantada de poder charlar un rato.

—Claro, algo normal ¿no?, le pasa a todas las reinas.

Sonríen los dos al tiempo.

Los vestuarios empiezan a llenarse de brujas y vampiros.

—Vamos —dice Mario bruscamente— Vámonos.

Todavía falta un rato para que el jurado dé a conocer los premios. Marietta piensa que nadie les echará de menos hasta entonces. Lo mira. Los dos están pensando lo mismo...ella duda un instante. Después ya no.

—Bueno, vamos.

Se dirigen hacia la parte de atrás del jardín. Desde allí, cogen unas escaleras que bajan al pinar. Los escalones son maderos atravesados en la arena que descienden en suave pendiente hasta los árboles. A los lados crecen una especie de lirones blancos, azucenas les llaman, que por las noches despiden un aroma increíble. Marietta anda con cuidado para no desgarrarse el vestido. Se ha quitado las aletas de la cola para que no se enganchen en la tamuja y también, aunque nadie lo sabe, las bragas para que no abulten. Avanzan los dos casi a tientas y él la coge del brazo para que no resbale.

—Dicen que han comprado el pinar y van a talar los pinos para construir casas —dice Marietta por decir algo.

—Cada poco hablan de eso, así que no me extrañaría que terminasen haciéndolo ¡los muy salvajes!.

A Mario le importan un bledo los árboles, pero el pinar ha sido siempre el mejor escondite para los encuentros furtivos. Probablemente está pensando en eso. Después, los dos, se quedan en silencio.

El Club Uchupi es, en realidad, una enorme casona construida por una antigua familia arruinada al Este de San Juan. Desde la 187, la autopista que comunica la ciudad con el aeropuerto, al cruzar un puente, se entra en un camino mal pavimentado y apenas transitable entre pequeños bosquecillos de pinos, rebaños de huesudas vacas y un racimo de desvencijados cobertizos que se cuelgan del litoral. Es Boca de Cangrejos. Desparramadas, entre el pinar y la playa se ven las cabañas o chiringuitos de comidas, algunos de los cuales, permanecen cerrados la mayor parte del año. También hay un casetón más pequeño donde los socios del club guardan las tumbonas. Mario se dirige allí.

—Aquí podremos charlar tranquilamente —dice.

Dentro hace un calor bochornoso porque las tablas de las paredes se han ido recalentando a lo largo del día y la única ventilación posible es la de la puerta que dejan entreabierta para que, de paso, entre un poco de luz. Las tumbonas, unas encima de las otras, se encuentran apiladas a lo largo de las paredes, formando ordenadas torretas de colores.

—Ayúdame a bajar una —dice Mario.

A estas alturas, Marietta ya sabe a qué atenerse.

—Anda, ven no te quedes ahí parada como una estatua, siéntate un rato.

Entonces Marietta se sienta a su lado y él se arrima un poco. Le hace cosquillas con la barba. Al principio se besan lentamente, como con miedo, se frotan los labios y la punta de la nariz como los esquimales, después abren los labios. Con su lengua, Mario explora delicadamente la boca de Marietta al tiempo que acaricia sus pechos. Marietta se da cuenta que va a tener que hacer algo con su traje porque apenas puede moverse.

—Oye, quítate la barba y ayúdame a desabrochar esto, no quiero que se rompa —susurra.

Él vacila un instante, solo un instante. Después obedece.

Desnuda, lleva ahora la iniciativa. Se tumba a su lado y se aprieta contra él. A través de la tela del traje de baño siente su verga hinchada y palpitante como un corazón enorme. Marietta quiere acariciarla y él, sin decir una palabra, se quita el bañador con maña, como si estuviera acostumbrado de toda la vida. Delicadamente la introduce entre sus piernas y poco a poco va deslizándose hacia arriba. Marietta siente su cuerpo, su piel, sus largas piernas recorriéndola toda y desea mirarle.

De rodillas, encima de ella, puede verle balancearse hacia atrás y hacia adelante con inesperada dulzura. Sus hombros se recortan a contraluz en la penumbra. Y su garganta y su mandíbula apretada. Marietta levanta las piernas y rodea con ellas su cintura. Después, se deja ir.

—¡Oh Marietta, no puedo...

Silencio. Los latidos han cesado después de recorrer su cuerpo desde los muslos hasta los párpados en oleadas de un placer indescriptible. Él la besa los ojos, las mejillas. Entonces se sonríen. Como pequeños cómplices que acabaran de hacer una trastada.

—Será mejor que nos demos prisa, no quisiera que nos echaran de menos.

Es cierto, Marietta se da cuenta que llevan fuera casi una hora. Se pregunta si sus padres la habrán echado en falta. Se levanta. Mario la ayuda con su vestido y ella a él con su túnica blanca y su barba. Marietta sonríe feliz pero no dice nada. Sabe que han de darse prisa y que es probable que, aún así, se la organicen, pero no deja de sorprenderla que, al menos en esos momentos, todo eso no le importe demasiado. Para ser del todo sincera, no la importa absolutamente nada. Ni siquiera se molesta en buscar una disculpa.

Entonces recuerda.

—Oye Mario, ¿tú no estabas por Maeve?.

Él se encoge de hombros y suelta una risilla despectiva.

—Eso es lo que va diciendo ella por ahí, pero no es cierto. A mí no me van los compromisos.

Ahora todo ha cambiado. Marietta vuelve a sentirse asustada. ¿Y qué si me quedo embarazada? Seguramente por una vez no va a pasar nada pero ¿y si pasa? ¿qué hago? Mira a Mario y ve que, en ese caso, no es probable que pueda contar con él. Siente un ligero rencor pero no se la ocurre decir nada. Él le pasa un brazo por la cintura y se dirigen hacia las escaleras sin prisa. La luna brilla como una pupila dilatada.

Una vez arriba, vuelven a colarse en los vestuarios. Los altavoces dejan oír el fallo del jurado. Primer premio: Sirenas y Tritones. Todos se abrazan. Ellos también. Les gustaría hacerlo otra vez pero no pueden, la reina los está mirando.

—Nos vemos ¿eh? —dice Mario.

Luego se va.

SIETE

En realidad la última conferencia no gustó a muchos y varios amodorrados miembros de la audiencia se marcharon sin esperar a que terminase. Marietta, sin embargo no se perdió ni una palabra. El conferenciante, un profesor de la Universidad de Oxford, pronunció su discurso en inglés caminando de un lado a otro del estrado, con sus notas en una mano y el cigarrillo encendido en la otra.

Marietta seguía sus movimientos, al compás de los puntos y las comas, como si estuviese hipnotizada: no recordaba cuando había sido la última vez que alguien había logrado captar su atención de aquel modo.

ALGUNAS DE LAS IDEAS QUE MARIETTA RECOGIÓ, TRADUCIDAS, EN SU PROPIO CUADERNO

El comentario exhaustivo de una obra literaria no es posible a causa de la naturaleza del propio lenguaje, en el cual el significado está siendo constantemente transferido de un significante a otro y nunca puede ser absolutamente poseído.

El lenguaje es un código. Para comprender un mensaje es necesario descodificarlo. Pero cada descodificación es otra codificación. Lo que digo ahora, ustedes lo repetirán con sus propias palabras más tarde. Eso quiere decir dos cosas: primero, que me han entendido. Segundo, que yo no he dicho eso. Al emplear sus propias palabras el significado de mi mensaje ha sido transformado. Pero es que, aunque las repitieran textualmente, tampoco existe garantía alguna de que ese mensaje fuera el mío por la sencilla razón de que ustedes no conocen, ya que no pueden conocerla, la experiencia no verbal que yo aporto a esas palabras, lo que cada una de ellas significa exactamente para mí. Por otra parte, en el momento de que ustedes repitieran esas palabras, ni ustedes ni yo seríamos ya los mismos. El tiempo avanza, la corriente de la sangre se transforma. Lo que uno quiere decir se convierte siempre en lo que ha dicho, irremediablemente. Y si aplicamos esto a la crítica literaria, vemos que el problema se agrava. Cuando uno habla, el interlocutor puede, al menos, pedir aclaraciones lo cual facilitará la comprensión del mensaje. Pero el lector ¿a quién podría dirigirse?. Si lee algo como "Ella estaba cansada" no

puede preguntarle al texto qué quiere decir con eso. Solo puede especular acerca del significado de ese cansancio...¿cansada de vivir, de trabajar, cansada ¿por qué, de qué? El texto juega con el lector tal y como el buen lector juega con el texto. Al final el texto significa lo que significa uno mismo. En el fondo del texto solo estamos nosotros, nada más. El texto se desvela ante nosotros pero nunca se deja poseer. En vez de pugnar por poseerlo, deberíamos complacernos en su provocación.

Marietta pensó que, si no otra cosa, la provocación, al menos, resultaba estimulante y se mostró inmediatamente de acuerdo con lo que estaba oyendo. Le parecía, en verdad, de lo más agudo. Claro que las consecuencias derivadas de semejantes teorías eran un poco desconcertantes: de acuerdo con ellas, el significado único no existía, la posibilidad de buscarlo tampoco y lo que era aún peor, habría que aceptar el triste ¿triste? hecho de que la esperanza de llegar a la verdad, mediante el dialogo o de cualquier otra forma, era solo una utopía. *Bien. De alguna manera, es algo que venía sospechando hace tiempo. No es que esas ideas sean nuevas pero ahora las veo de otra forma, es decir como si no tuviesen que ver solamente con el estructuralismo o con el lenguaje sino con la vida, con la experiencia general de vivir que, en realidad, tampoco permite conocer nada verdaderamente importante fuera de una misma.*

Cuando el conferenciante dio por terminada la charla, Marietta aplaudió con fervor. Después, con la sensación del deber cumplido, se dirigió al bar a tomar una copa. Encontró a los demás alrededor de una mesa haciendo cola para comprar lo que a primera vista parecían unas entradas.

—Son para mañana, se estrena el "Monólogo de Molly" en el Tapia y Rivera —oyó decir.

Entonces Marietta decidió esperar y cuando le tocó el turno compró dos entradas. Alex llegaría dentro de un par de horas. Le preguntaría si le apetecía acompañarla. ¿Cómo? Marietta es demasiado orgullosa para aceptar por las buenas que alguien, alguien como él, le diga que tiene otros planes. Pero no, no es que sea orgullosa, lo que ocurre es que no tiene ni idea de cómo ofrecerle la invitación sin parecer descarada. Ella sabe que algunos hombres detestan la iniciativa. La de los demás, por supuesto, no la suya. Y más concretamente, la iniciativa de la mujer que tienen al lado. Lo disimulan,

sobre todo los que quieren dárselas de modernos, pero tarde o temprano se descubren hablando con sus colegas y emitiendo juicios más o menos despectivos sobre las mujeres que intentan, por ejemplo, ligar. Lo suyo, claro, sería, ES, distinto. Que se vayan a la mierda. A sus años no tenía por qué preocuparse de estas cosas. Se trataba solo de un amigo. Más concretamente, de un plan. Un plan para charlar, y también, (¿por qué no?) para echarse un polvo y comprobar, (hacía tanto tiempo...) que seguía estando viva. ¡Necesitaba que la necesitasen! Parecía, ahora se daba cuenta, que a lo largo de su vida, nadie la había deseado lo suficiente. *¿Y cuánto es suficiente? ¿de cuántas maneras tendrían que decírmelo? ¿cuántos hombres hacen falta para apagar esta curiosidad, para dejar de necesitarlos?* No tenía ni idea. Durante algún tiempo albergó la esperanza de que, con los años, esta extraña sed se fuese extinguiendo poco a poco, pero el tiempo pasaba y en lugar de apagarse, iba a peor. Sobre todo después de aquella maldita muerte. Aquel recuerdo, siempre latente, era devastador. No, no quería decir eso exactamente. Las palabras se negaban a salir de sus labios. ¿Cómo podía ser tan tópica? ¡devastador!. Además, no se trataba solo de sexo aunque ésta era también cuestión muy principal. Había algo más. Necesitaba también la sensación provocada por el súbito enamoramiento, la excitación creativa del deseo. Marietta sospechaba que todo eso andaba por ahí, por la vida, agazapado y oculto y que si no buscabas, la vida se lo ahorraba contigo para dárselo a otro. De ninguna manera estaba dispuesta a consentirlo.

AGUA PASADA: LA CONVERSACIÓN QUE PUDO ESCUCHAR MARIETTA ESCONDIDA DETRÁS DE UNA PUERTA

Ella: y no me vengas con que ya me lo habías advertido. Esto es algo que solo se puede saber cuando llega, nadie tiene la culpa, supongo que es cosa de los genes... a veces me pregunto en qué estaríamos pensando entonces, ya sabes ¿no te sucede lo mismo?

Él: a qué te refieres

Ella: bueno, no teníamos ninguna obligación, me refiero si, de adoptarla...podríamos haber buscado otra solución, sobre todo conociendo los antecedentes, sinceramente, no hubiera imaginado...cualquier día se mete en

un lío, *ya sabes,* serían de oír los cotilleos sobre la familia...no quiero ni imaginarlos, no sé si me entiendes...

Él: ya, sí, oh, sí claro ¡cómo no voy a entenderte! pero creo que tampoco...tampoco debemos exagerar, en fin, tal vez no ha sido nada, tal vez se trataba solamente de un paseo a la luz de la luna, cosa de chicos... puede...

Ella: estoy segura de que no fue *solo* un simple paseo, pero aunque así fuera, una señorita de dieciséis años no se deja ¿eh? sobar de esa manera...tenía el traje ¿eh? prácticamente destrozado y el señorito Mario Nosecuantos (B) no es, que yo sepa, alguien que pueda ¿no? permitirse esos escarceos, solo con diecisiete... apenas ha dejado el chupete, si no me equivoco...

Él: sigo pensando que no hay que dar importancia, bien importancia no es la palabra exacta sería, en todo caso, exagerar bien, pues... creo que no debemos exagerar, insisto ¡hay que mantener la calma!, no decir...vamos como si no supiéramos y al mismo tiempo, continuar... por cierto, he recibido carta del padre Anselmo...

Ella: la familia, la familia de él ¿qué tal?, dice algo...

Detrás de la puerta, Marietta palidece, aprieta los dientes y decide no llorar. Decide también no hacer nada hasta ver que pasa. Para tranquilizarse, recita bajito:

Aguadilla, Arecibo, Bayamón, Guayama, Humacao, Mayagüez, Ponce, San Juan, Aguadilla, Arecibo, Bayamón , Guayama, Huamacao, Mayagüez, Ponce, Aguadilla, Arecibo, Bayamón...le gusta el sonido de estos nombres, palabras que traen consigo las historias legendarias de los arahuacos, de Borinquen, la isla del Señor Audaz, de Yocahú, el señor de los dioses y de Juracán el dios de los vientos. Maravillosas imágenes surgidas de los cuentos de la tata, hace años, cuando aún vivía con ellos y Marietta podía ir a refugiarse en su regazo.

La tata cuenta historias y consuela. Entonces, aparece su madre y grita que vuelva a su cuarto enseguida. Allí le recuerda que no conviene tratar con tanta familiaridad a los criados, que ellos son diferentes (guajiros les llama) y no entienden y luego se toman libertades que no corresponden. Marietta

asiente pero no escucha. Tampoco contesta y guarda sus propias palabras bien adentro. No quiere imaginar qué sucedería si abriese la boca. Seguro que empeorarían las cosas. ¿Empeorar? En el fondo no lo cree posible. Hace tiempo que se siente desplazada y desde una distancia irremediable contempla el obscuro, cansado gesto de los hombros de su padre que parece siempre ausente y sin ganas de volver. Un hombre retraído, su padre. Estricto y con la mente cuadrada. Religioso e inseguro. Agresivo. Cuando grita, ni siquiera su mujer se atreve a contradecirle. Espera a que se haya ido y entonces se desahoga con su hija, con los criados, con quien tenga a mano. Marietta sabe que el chaparrón termina siempre amainando y se va a la cama. Al día siguiente, se levantará vacilante, preguntándose cual será el humor de doña Rita. Pero el humor de las gentes es algo impredecible. Sobre todo el de su madre. Es brusco y cambia sin avisar como el viento en alta mar.

—Vaya Marietta ¿qué tal has dormido?. Hace un día espléndido ¿no crees? si te das prisa aún podemos ir a la playa. Espero que no tengas planes.

Marietta levanta la cabeza y se encuentra con la sonriente cara de su madre. El peligro ha pasado. La ve moverse veloz de un lado para otro recogiendo cosas, buscando algo. Marietta tiene ganas de pegarle un empujón para que se esté quieta y poder decirle que sí, que tiene planes y no le apetece ir a la playa con ella. Como de costumbre no dice nada pero la mira fijamente. Ella no lo advierte. O, si lo hace, no se le nota.

AGUA PASADA: LA CUEVA DEL PÁJARO

Han pasado dos meses y sigue sin tener la regla. Marietta decide ir a visitar a la vieja. Flora, su mejor amiga, quiere acompañarla pero Marietta no acepta. Es hora que empiece a aprender cómo se resuelven estas cosas. Ella sola.

Sabe perfectamente donde está. Todo el mundo lo sabe pero hace como si no lo supiera. Un poco más allá de San Cristóbal, en los arrabales de la Perla, la misma playa donde solía bañarse de niña. Es una casa con el tejado de chapa y obscura como pocas. Marietta nunca ha estado allí y tampoco quiere volver nunca más.

El lugar parece un almacén de desguaces con restos de chatarra, neumáticos gastados, piezas de electrodomésticos y cosas así. Marietta se

acerca con lentitud, mirando alrededor por alguien la sigue. Bien. No ve a nadie. Pica el sol y nota que le suda el cuello por detrás, a la altura de la nuca. En este lugar hundido, Marietta tiembla de un calor desconocido. En realidad no está segura de que sea sólo por el calor. Marietta tiene miedo y se pregunta si no hubiera sido mejor dejarlo para otro día. Pero ya es tarde. Una puerta se abre a su reclamo y en el dintel aparece una sombra. Da unos pasos y la puerta se cierra tras ella. Cuando vuelve a abrirse, Marietta ya sabe que está preñada.

—¿Eh, qué pasa, tu?

—Nada...bueno sí...

—Pues habla, venga.

—He ido a ver a la vieja.

—¿Qué vieja?

—La del barrio, ¡cual va a ser!

—Has ido a por lo de las tetas ¿no?

Mario dice tetas como si fuera una palabra graciosa. No puede contener la risa. Parece un niño pequeño. Todos los tíos de su edad parecen pequeños en comparación con las chicas. ¿Por qué? Entonces Marietta se da cuenta de lo que Mario acaba de decir y se enfurece de veras.

—¡No tiene nada que ver con las tetas! (Marietta está muy preocupada porque se le están poniendo redondas y pesadas como duraznos). ¡Es por lo de la regla!.

—Es casi lo mismo ¿no? ¿Qué diferencia hay?

—Mucha. Hay mucha diferencia.

Mario vuelve a reírse. Esta vez la risa le sale un poco ronca, casi forzada.

—Bueno, bueno, pero entonces ¿qué pasa?

—Pues... —A Marietta le da un poco de miedo hablar y no sabe cómo empezar pero no puede acudir a nadie y necesita ayuda enseguida —La vieja me ha dicho que estoy embarazada.

El muchacho, la mira boquiabierto. Le tiemblan las rodillas y la voz le sale en un hilo cuando pregunta:

—¿Quieres decir que estas esperando un hijo?

—Sí, eso mismo. Un hijo tuyo.

No puede dejar de mirarla. Después, sin decir palabra, da un brinco y se alza sobre el barandal para sentarse. Balancea las largas piernas, ensimismado y tarda mucho rato en volver a hablar.

—¿Y qué vamos a hacer?

Marietta ha estado saliendo con él, desde la noche del baile pero no han vuelto a acostarse juntos desde entonces: se dio cuenta enseguida que este joven dios Neptuno no le convenía porque no tenía nada de dios, ni de Neptuno, ni de nada. En el fondo, Marietta siempre le ha encontrado un poco simple.

—La vieja quiere el dinero por adelantado.

—¿Estás diciendo que no quieres tener el niño?

Este chico la pone enferma ¡parece tonto! Marietta tiene que hacer un esfuerzo para contenerse.

—Pero ¿es que no lo entiendes? Tengo solo dieciséis años y tú diecisiete: ni tú ni yo podemos hacer frente a esa responsabilidad, eso sin contar con lo que dirían en casa. En la tuya y en la mía. ¡Son capaces de matarme! Y además, no, no quiero tener ningún niño.

Mario se estremece. No, por favor. Un escándalo, no. Para disimular se hace el duro y con una mueca que quiere parecer una sonrisa, dice:

—Asustada ¿eh, Marietta?.

Marietta se irrita con Mario. ¡Ojalá no le hubiera conocido! ¡tiene ganas de abofetearle. Pero no lo hace.

—El dinero, vete pensando dónde podemos conseguir el dinero. Quiere trescientos dólares.

—¡Trescientos dólares! ¡está loca!

Casi se cae de espaldas. Está muy nervioso. Marietta se sienta a su lado y le tranquiliza con suaves palabras. Al cabo de un rato ya saben dónde pueden

encontrar los dólares: se lo dirán a su abuelo. Le dirán que Mario necesita dinero para arreglar un chocazo que ha dejado el coche de su padre hecho un acordeón. Mario es su nieto preferido. Además, piensan, se los devolverán enseguida.

Ha dicho que pasará el día en Luquillo, con unas amigas. Por la carretera 3, al este de San Juan, se llega enseguida. Volverá a última hora de la tarde. En casa no hacen preguntas. Marietta coge la bolsa de la playa y junto a las toallas y el bañador mete también una muda y algunas compresas. Después se reúne con Mario en la parada del *público* y a pie, por las calles sombrías del Viejo San Juan, se dirigen al barrio.

Caminan en silencio porque no hay nada que decir. Saben a lo que van pero no tienen ni idea de cómo se hacen esas cosas, ni el peligro que entrañan. Marietta, ni siquiera está nerviosa. A cada paso, se mira las manos como si recién le hubieran nacido. A cada paso, se pregunta por qué no siente, siquiera, un poco de miedo. Pero no sabe qué contestar. Simplemente, sigue andando con Mario a su lado, como una sombra.

—Tengo hambre

—¿Quieres decir que tienes hambre *ahora*?

—Exacto, ¿qué pasa, también está prohibido tener hambre?

Mario no entiende. Si por él fuera se darían la vuelta allí mismo. Pero no se atreve a decirlo. Hace días que viene fijándose en el cambio de Marietta. Parece llena de furia. Una fuerza interior sale espesa por su boca y tiñe, cada palabra, de un fuego que escuece. Mario decide que será mejor no llevarle la contraria y le invita a tomar un emparedado en el Cuayito. Marietta mira la tele mientras come. Después pide un zumo de ananás y cuando acaba, da media vuelta y sale dejando atrás a Mario, que se encarga de pagar la consumición sin rechistar.

La casa de la vieja es pequeña y muy obscura. No es una cueva, pero casi. Probablemente, para unos ojos imparciales, su tamaño y su iluminación sean normales. Pero no es el caso. Cuando por fin los hacen pasar, Marietta aprieta muy fuerte las mandíbulas y al hablar no susurra, no tartamudea ni tropieza.

Explica quienes son y qué hacen allí. La mujer, una mujer mayor pero no vieja, tiene un rostro abotargado, de un color oliva ceroso. Parece rendida y les mira sin pestañear con ojillos de rata bajo unos párpados hinchados y oblicuos. Marietta explica que han traído el dinero y que les interesaría acabar cuanto antes.

—Bien, será mejor que te prepares.

Mario hace intención de salir pero la mujer insiste en que se quede. Después, conduce a Marietta al baño para que haga de vientre, si puede. Marietta no puede pero tira de la cadena por si acaso. ¿Qué puede pasar? ¿Será peligroso dejarse la mierda dentro? No, peligroso no ¿por qué iba a serlo? Pero, pero, pero. Sería más cómodo. Para ella. Si no, la vieja no habría dicho nada. Por no mencionar la higiene. Pero naturalmente, no es ella quien tiene que preocuparse de esas cosas. Seguro que está todo previsto.

Sale del servicio y vuelve a la habitación. Repara ahora en algo que no había visto antes. Una mesa larga cubierta con una sábana blanca. En la cabecera, un aparador de madera brillante con tiradores dorados y un espejo. Encima del espejo, un reloj de manecillas metálicas con un segundero que hace tic—tic—tic al moverse. Están en el comedor. La mujer ordena a Marietta que se tumbe sobre la mesa. Alguien, un hombre, acaba de entrar en la habitación y Marietta siente cómo, él por un lado y Mario por otro, doblan y separan sus piernas y le sujetan bien fuerte los tobillos para que no pueda moverse. A continuación, con una brocha de afeitar, la mujer enjabona el campo de operaciones y le afeita arriba abajo, arriba abajo, todo el vello de por ahí. Casi inmediatamente vuelve a sentir, esta vez en el mismo centro del cuerpo, un dolor larguísimo y metálico que le recorre la médula hasta la nuca. A martillazos, están introduciendo algo en su vagina. A martillazos. Nadie le explica nada.

—No te muevas. Si duele, muerde este pañuelo, enseguida acabamos.

Marietta oye el tic tic del segundero mezclado con el cloc cloc de los martillazos y cree que no podrá resistirlo. Tumbada como está, alcanza a ver la esfera del reloj. La una y diez y oh, el dolor de agujas chatas introducidas de... a través, o no, no eran, puede que no fueran agujas. Marietta no ha tenido ocasión de ver el *instrumental* bromea consigo misma, sí, ah y las otras, las del reloj que burlan al tiempo y siguen paradas en el mismo exacto, ah, el

punto exacto donde estaban hace un rato y oh, oh, murmuran y se quejan como ella cloc cloc chapotean, asustadísimas ante los gritos ahogados por la servilleta que alguien ha metido en su boca y que no la deja respirar, las gotas de sudor resbalan sobre sus párpados cerrados suaves como alas de un pájaro de cueva y empieza, entonces, el otro ruido, el de las ruedas de tren justo, cuando el dolor se hace más y más irresistible y siente frío y calor al mismo tiempo sobre los raíles de sus huesos chaca chaca chaca, impulsado por las contracciones, ah, no, no, de su vientre y un olor pringoso, a perfume de Mademoiselle de Ricci ¿por qué precisamente éste? sin que pueda recordar de dónde lo ha sacado aunque antes quizá, sí, un poco antes de todo, se ha puesto unas gotas detrás de las orejas y ahora con el sudor, el tren el tren el tren, persigue el movimiento de las agujas lentísimas que se desplazan hacia abajo, humilladas, cada vez más abajo, reducidas a flechas verticales y Marietta sabe, de pronto sabe que no durará, que tampoco es eterno, el dolor, sabe, ahora entre gemidos, que termina, todo consiste en aguantar, consiste en el aroma almizclado del sudor, las alas del pájaro, el perfume, la sangre, todo reducido a un solo, terrible dolor en la madre.

Las trece horas cuarenta y cinco minutos.

Entre los dos, el hombre y la vieja, ayudan a Marietta a levantarse y a bajar de la mesa. Preguntan cómo se encuentra y si se marea. Mario la acompaña de nuevo al baño y la coge del brazo para que pueda apoyarse mientras se pone las bragas y se ajusta la compresa. Cuando abandonan la casa, Mario lleva unas pastillas en la mano. Unas pastillas amarillas que Marietta deberá tomar tres veces al día, durante los próximos diez días.

OCHO

Se sentó ante la barra reluciente del bar y pidió un café y un sandwich vegetal. Estaba muerta de hambre y no quería que le sonaran las tripas. Era de mal efecto. Sin cebolla, un sandwich vegetal sin cebolla. Por lo del aliento. Y sin mayonesa. No, mayonesa no, que engorda. ¿Entonces? Lechuga y huevo, nada más.

Aunque habían quedado para cenar, no le apetecía comer demasiado delante de Alex. Nunca le ha gustado salir a comer con hambre y menos con alguien ¿un hombre por ejemplo? bueno, digamos un hombre, que puede mirarte en el ridículo empeño de chupar un espárrago o limpiar unas gambas. Y no digamos si se trata de una ensalada. La imposible tarea de meterte en la boca una hoja de lechuga de tamaño regular sin salpicarte toda. Era como si, como si... lo había intentado infinitas veces pero no conseguía explicarse los motivos ni el origen de semejante fobia. Ni siquiera hoy. Por eso le gusta tomar algo antes de salir. Por eso y porque le daba la real gana y no tenía intención de llevarse la contraria.

Marietta andaba siempre a vueltas con la comida. En eso era un poco ciclotímica. No recordaba haber pasado un solo día de su vida sin preocuparse del tema. A todas horas con hambre y, cuando no, con mala conciencia por no tenerlo. Casi siempre con las dos cosas a la vez. Era una especialista en toda clase de regímenes. Dietas de hidratos de carbono (prohibidos), dieta de pomelos, de melocotón en almíbar, dietas diuréticas. Las probaba todas, incluidas las de fibras y yogurts varios. A veces, aguantaba el hambre a pelo. Otras, conseguía perder varios kilos pero enseguida los recuperaba. Tu cuerpo, le explicaron, tiene su propio criterio. Como los perros, almacena reservas para los casos de urgencia. Cuando te pones a dieta, perro—cuerpo cree que va a morirse de hambre y empieza a almacenar más y más deprisa con lo que, en vez de adelgazar, engordas. Marietta sabía todas las historias. Conocía todas las teorías. Pero no hacía caso de ninguna. A menudo pensaba que lo que de verdad le gustaba, era pelearse con su propio cuerpo. Como si fuera un ente aparte, digno de premio (las ensaimadas) o merecedor de castigo (un mes sin pan).

Apuró el café y apagó el cigarrillo que había encendido hacía un instante (no solía fumar pero le gustaba llevar una pitillera en el bolso); se bajó de la banqueta y cruzó el hall hacia la entrada. Por el camino no pudo resistir la tentación de echarse una ojeada en las cristaleras. De nuevo un traje de chaqueta, esta vez negro y tremendo de ajustado, con un solo botón casi a la altura del ombligo. Por debajo nada. Es decir, tan solo la blonda transparente de la ropa interior.

Paseaba distraídamente contemplando los cuadros de las paredes. Eran reproducciones, algunas enmarcadas de forma aparatosa, de cuadros de Chagall. A ratos, miraba nerviosa el reloj. No lo llevaba en la muñeca sino colgado de una leontina de tumbaga que se perdía sinuosa en un pequeño bolsillo. Justo a la altura del corazón... no, corrijamos esto: en el lateral izquierdo de la chaqueta. Acercándose un poco (iba sin gafas) leyó el título *El tiempo es un río sin orillas*. Era un cuadro extraño que parecía colgado boca abajo. Chagall utiliza motivos puramente irracionales (quizá instintivos) llegando al borde del surrealismo. Un arenque viscoso cruza el aire (¿o es un salmón?) llevado por sus alas llameantes. Sobre el río, se balancea un enorme reloj de madera. Todo el cuadro se encuentra bañado en un frío azul que tiñe la atmósfera de magia. No era fácil de entender. No era nada fácil. Tal vez en eso residía su encanto: su ininteligibilidad de símbolo. Cuando los símbolos se explican, racionalizan su contenido y pasan a ser universalmente comprendidos, pierden su atractivo. De símbolos. En tanto permanecen incomprensibles, pueden ejercer un poder asombroso.

No me gustaría repetírtelo, Alex, pero quiero que sepas que no me hace ninguna gracia esperar ¿dónde diablos te has metido? ¿por qué no vienes? Estoy segura de que no me he equivocado: quedamos aquí a las ocho para ir a cenar ¿o no? ¿Debería haberte llamado? Imposible, no me has dado tu número y ni siquiera se dónde vives ¿Exagero? Apenas unos minutos de retraso y ya estoy nerviosa. Pero aun así...

Marietta seguía contemplando los cuadros que tapizaban dos de las grandes paredes del hall. *Doble retrato al vaso de vino:* Chagall a caballo sobre los hombros de su esposa quien a su vez gravita sobre el Dwina, sin tocarlo. Por encima de la pareja aletea una niña (¿su hija?) y Marietta pensó que daban ganas de sonreír con solo mirarlo. A sus espaldas unos jóvenes chapurreaban en clave de sol:

Oye `mano ¿qué pasa?

¿Cómo estamos, broki?

Na' más se m'estalló el carro

¡Qué chavienda!

No me digas. Oye, mi pana, ¿tienes Marlboro?

El otro le enciende el cigarro y el del accidente continua:

Estuve gafeando y ¡fuá! se me fue el carro contra el arcén.

Los dos, observando como aparca un tercero delante del hotel.

¡Qué chivo! por poco se comió el cable

Ese tipo yo lo conozco. Es bien buena gente.

Vale. Ay, pero mira esa jeba. Vamos a rapiar.

Oye, guapa, ven acá un momento.

Y la jeba que se da la vuelta y dice:

No seas cafre o te rompo el coco.

Me quedé pasmao

Pues mira, m'hijo. No soy chica plástica ni ná.

¿De dónde tú eres'

De Guaynabo ¿Y a ti qué te importa?

A ver si quieres pon pa' San Juan que se me rayó el carro.

Bueno, vale.

Cógelo suave, Raymond.

Chao, Papo.

Estaba a punto de subir a la habitación a buscar un diccionario cuando aquellos dos tipos se separan. Puede que el español sea el único idioma oficial de la isla, pero a estos no hay quien les entienda aunque, bueno...hum, no, supongo que antes ocurría lo mismo pero no recuerdo, antes no hablábamos... estoy segura así, no...

Unos golpecitos en el hombro (que no había advertido hasta ese momento) y las palabras sonando un poco a risa pero no demasiado. Entonces supo Marietta que Alex había llegado y:

—¿Hablando sola?

¿Cómo había llegado al apartamento de Alex? Tenía que haber sido a pie, pero no recordaba haber salido del restaurante (¿L'Escargot?), haber doblado la servilleta antes de salir, haber caminado por la avenida dejando atrás el Burger y el Citybank; con toda seguridad su alma había transmigrado del otro cuerpo a éste, el que ahora se sostenía en tan precario equilibrio sobre aquellas sandalias de tacón alto, altísimo, que daban un poco de vértigo. O el vértigo se debía a otra cosa ¿al ron quizá? No podría decirlo. Lo cierto es que su cabeza bailaba. Por lo que era capaz de recordar, nunca antes había bebido tantos daiquiris.

—Perdón ¿cómo has dicho?

—Tres o cuatro, tan solo tres o cuatro ¿verdad?

Alex no contestó y desapareció de su vista diciendo que iba a la cocina a preparar un café. Marietta, a pesar de su estado de ingravidez total, se sentía muy tranquila y sobre todo, alerta. Admirada de su sangre fría, contemplaba aquella habitación como un crítico de teatro la decoración de un escenario. De pronto, y en plena boca del estómago, sintió un arrebato de nostalgia. Aquello era una casa. Marietta tenía nostalgia de algo parecido a eso. Del cerrado equilibrio de aquella puerta. De la seguridad un poco fósil de la cama. Cuando Alex volvió de la cocina, se la encontró, hecha un ovillo, encima del sofá.

—La señora disculpe.

Sin captar la ironía, Marietta contestó con desgana que no tenía importancia (no estaba dormida) pero cualquiera se hubiera dado cuenta que le costaba un esfuerzo enorme levantar la cabeza y ponerse a la altura de las circunstancias. Poco a poco, mientras bebía y charlaba, su mente se fue despejando. Era como si, tras haber cruzado el umbral de la borrachera hubiera recuperado, de pronto, la lucidez. Una lucidez en cierto modo, más aguda que cualquier otra cosa, incluido el deseo físico. O el sueño. Ahora se daba cuenta que lo único que de verdad quería era acabar con aquello. Cuanto

antes. Ninguna curiosidad. Ni siquiera ternura. Sólo deseo. Marietta empezó a temblar de pies a cabeza por el esfuerzo que tenía que hacer para contenerse y no dar un salto y colgarse de su cinturón con las dos manos como quién se cuelga de un paracaídas en su descenso al abismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex— estás temblando.

—Tú también tiemblas un poco —pensó Marietta y luego en voz alta:

—Será el cansancio, soy de reacciones raras.

Se miraban. Él se levantó y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Ella se levantó y rodeó su cuello con los brazos. Entonces dejó de temblar como por arte de magia. Con la barbilla apoyada en su hombro susurraba palabras borrosas que ni ella misma sabía que sabía. Muy lentamente. Todo sucedía sin la menor violencia. Marietta podía verse reflejada en el cristal ahumado de las ventanas. En todo momento. Bajo una extraña luz purpúrea, las manos de él deslizándose hacia la parte inferior de su espalda, replegando la falda en pequeñas lorzas. Se veía a sí misma como se ven las películas o el reflejo de la luz en una bola de cristal. Desde fuera. Vio también cuando él conseguía, por fin, desgarrar sus pantis dejando al descubierto las nalgas. Se vio arqueando la espalda, apretujándose contra él y a él, le vio tambalearse un poco mientras se volvía para besarla. A Marietta le parecía recordar que fue entonces cuando cerró los ojos. Después, metió su lengua en la boca de él. Directa como una tibia anguila.

Ya juntos, en la cama, tiró de Alex hacia si, sorprendida por lo intenso de su necesidad de que él la penetrase. Con sus piernas le rodeó la cintura y se dejó ir. Él tuvo que ponerle una mano en la boca para impedir que gritara aquel nombre, aquel nombre desconocido que no era el suyo. Después, casi al instante, se quedó dormida.

Al despertar, Marietta sintió el cuerpo pesado y como sin huesos. En la posición en que estaba, de costado y pegada a un bulto que respiraba, no veía la luz ni podía adivinar la hora. ¿Cómo había podido quedarse dormida? ¿qué hora sería? Recordó que no tenía prisa. No la esperaba nadie ¿o sí? De cualquier forma ¿qué importaba eso? Se dejó rodar hacia el otro extremo de la cama y pensó en levantarse y desaparecer sin que él se diera cuenta. Ya lo había hecho otras veces y resultaba cómodo: cuando ellos iban a ducharse, ella se vestía y escapaba sin decir adiós. Sí, era muy cómodo. Pero ahora no:

esperaría un poco. Hasta que él despertase o quizá un poco más. Dependía. ¿De qué? ¿Dependía de qué? Marietta era incapaz de saber. O sea, sí lo sabía, pero no muy bien *quiero decir...en fin, que no hay nada seguro. No quisiera...no quisiera que él pensara ahora, después de esto, que hay algo, algo serio y por otra parte, me molestaría mucho que me creyera una...bueno, lo que no soy*. Marietta quisiera dejar muy claro que ella es una mujer de su tiempo y sabe muy bien lo que no quiere. Por ejemplo, no quería compromisos. Tampoco le gustaba dar explicaciones.

Entonces Alex se incorporó, sonriente, y encendió la luz.

—De modo que te has despertado...

Era un intento ladino de decir que no entendía, vamos, que no comprendía cómo había sido capaz de dormirse tan pronto. Marietta captó enseguida la idea.

—Alex... lo siento (ya empezamos, idiota, pero ¿en qué habíamos quedado?)

—Oh, no te preocupes —dijo entonces él— no imaginaba que estuvieras tan cansada. Te noté, eso sí, un poco... ¿confundida?

Marietta se sintió incapaz de contestar. Un rato antes, antes de que él empezara a hablar, estaba todo tan claro...

—En realidad supongo que fue el ron, no estoy acostumbrada.

Él se quedó mirándola durante lo que fácilmente hubiera podido tomarse por una eternidad (para Marietta lo fue) y después contestó:

—Marietta, escucha. No tiene ninguna importancia. Sinceramente, no fue lo que esperaba pero tampoco puedo estar seguro. Estas cosas no se preparan ¿verdad?. No te preocupes, no ha pasado nada.

Marietta estaba sorprendida de tanta sensatez.

—Estupendo, me quitas un peso de encima, la verdad, nunca me había sentido tan ridícula.

(Otra vez. Vuelta con las disculpas bla, bla, bla. Parece que no puedo vivir sin ellas. Bla). Entonces Marietta sonrió como quien da por explicado lo que no se explica y se levantó para ir a la ducha. El Congreso había terminado pero quería salir de allí cuanto antes así que se inventó una cita de trabajo a

primera hora. Después, desde el cuarto de baño, a voces, como la cosa más natural del mundo, le dijo que tenía dos entradas para el teatro y que la sesión empezaba a las ocho ¿le apetecía ir?. Alex contestó que sí, que le parecía buena idea y que pasaría a buscarla al hotel. Entonces Marietta, debajo del agua, suspiró aliviada porque seguían siendo amigos y cuando acabó de arreglarse, antes de salir de la casa, se acercó a su cama y se despidió de él con un beso en la mejilla.

4. AL ALCANCE DEL GANCHO

NUEVE

Alex sentado en el bar del hotel con una botella de cerveza.

—Hola —dijo— ¿que tal te fue esta mañana?

—Bien. Acabamos enseguida.

—¿Quieres tomar algo? tenemos algo de tiempo todavía.

Ella pidió un bitter y se sentó a su lado. Un momento. Solo un momento, porque no quería llegar tarde. A Marietta le molestaba mucho tener que rozarse con las rodillas de los otros espectadores para alcanzar su butaca. De un trago acabó el vaso. ¿No era un color perfecto? Adoraba el rojo. Desde siempre.

—Bueno, ya estoy ¿vamos?

Dirección oeste por la avenida Ashford. Acristalados volúmenes de los hoteles, de los rascacielos de imitación. La deslumbrante franja de terreno entre la Laguna y el océano Atlántico. Puente de San Jerónimo hacia la Puerta de Tierra. El impacto invisible de la sangre de Condado. También de imitación. Algo así como un atajo disfrazado de avenida y combinado con el fragor de la autopista y el estrépito de un patio trasero. Una mezcla de marketing y desorden verdaderamente auténtica. La autenticidad que genera la planificación de una mente despierta y dispuesta a sacar provecho de una buena idea. De una buena parcela. Enseguida dejaron atrás los casinos y los hoteles y se adentraron en el Viejo San Juan. A Marietta le resultaba curioso pensar que, durante un tiempo vivió ahí: cuando era joven e ingenua y rebosaba curiosidad y entusiasmo. Ojos de plato, atentos a las palabras de los demás. Boca de plato que dejaba escapar un oh de admiración a cada rato. Lengua de plato gorda y lamigosa (B) sobre cualquier mejilla disponible. Como un perra. Una perra pachón y agradecida a no se sabía qué. Pero ya no.

Antes de llegar a la avenida Ponce de León, decidieron aparcar el coche, casi de canto, porque se hacía tarde y no había sitio. Después, por Ponce y Rivera, bajaron hasta la plaza Colón, un rectángulo umbrío y tirando a insípido que albergaba la estatua del navegante. Un prodigio de originalidad. ¿Y tú qué hubieras hecho? se preguntó Marietta. A saber. Quizás emparrados

o bancos de madera, grandes tabonucos o colorados musgosos. Algo le decía que pusieran lo que pusieran quedaría como un corralito. En los lugares turísticos pasaba con todo: hasta los árboles parecían artificiales. Cuando Marietta visitó por primera vez el Yunque pensó: "Vaya, ahora solo falta que aparezcan los arahuacos con máscaras de ceremonia".

Quizá eran esas sus raíces. Las reservas de indios. El atrezzo ceremonial.

El teatro Tapia y Rivera es un edificio de color ocre, con aspecto de hacienda, construido en 1826. A Marietta le recordaba un poco las casonas de *Lo que el viento se llevó* y, subiendo la gran escalinata de la entrada, no podía dejar de sentirse un poco Escarlata. Era algo instintivo ¿Tendría alma de cómica? Seguro. ¡Hubiera dado cualquier cosa por tener la oportunidad de comprobarlo!. Esa noche no, otra. Las luces se estaban apagando cuando ellos entraban en la sala. En medio del escenario, una cama con las sábanas blancas revueltas y una mujer, de pelo rojo, en camisón.

DELIRIOS: EL MONÓLOGO DE MOLLY INTERPRETADO POR MARIETTA

Sí, porque anteriormente él jamás había hecho algo parecido a pedir su desayuno en la cama al principio con tanto respeto cuando se bajaba de la cera para dejar sitio a mis padres en fin ellos ya sabes no daban crédito y los dos meses antes de volver a Puerto Rico arreglando los papeles de la boda me hablaba por persona interpuesta casi siempre mi madre que no nos quitaba ojo él con su pelo rizado y sus grandes entradas parecía más viejo era cómo decirte agradable y la casa maravillosa toda con jardín en pleno centro la única y el Banco de España más enorme claro y luego mi vida por aquí cariño por allá su muñequita era aunque a mí me daba un poco lo mismo y también la alergia o lo que fuese de la noche de bodas con cien pañuelos debajo de la almohada oh dios sus estornudos hacían estremecer las patas de la cama *porque son tan débiles y lloriqueadores cuando están enfermos que necesitan una mujer para curarse si le sangra la nariz* tuve que ir a dormir al sofá y es que aquel espectáculo me espantaba desde luego *todos se ponen un poquito así a su edad especialmente cuando se acercan a los cuarenta* y sí los había cumplido hacía tiempo se pasó la noche diciendo que lo sentía cuanto lo sentía con una voz que si no fuera porque a dónde hubiera salido corriendo

pero en vez de me incliné y le di un beso en la frente así como en el aire igual que un soplo despedía su piel vapor una cosa me le quedé mirando y él con una mano me acarició las tetas claro si era lo que estaba deseando pero se dio la media vuelta y es que *a veces se quisiera hacerlo ardientemente cuando se siente esa sensación tan linda por todo el cuerpo no se lo puede remediar yo quisiera que algún hombre u otro me tomara alguna vez ... y me besara en sus brazos no hay nada como un beso largo y ardiente que llega hasta el alma así la paraliza a una* pero en vez de eso tuve que volver a marcharme sí recuerdo que de joven estos sueños me perseguían desde lo de Mario con hombres un poco mantecosos colgando desnudos en el aire balanceando sus pies descalzos y a ratos yo veía que se les ponía tiesa porque alguien por detrás se la ya sabes parecían disfrutar de lo lindo y También me hacían señas para que bueno se la chupara y eso que yo no podía moverme solo sentía su voz y un asco horrible frente aquella cosa de pelos blancos alrededor tan grande y torcida hacia un lado y a la mañana siguiente temprano bajó muy despacio a mi cama que ni siquiera bueno me despertaron sus pies helados y él tumbado como un lagarto sobre mi piedra al sol acariciándome los muslos era tan feliz en sueños oía lejano el zumbido de las abejas que construían sus panales entre las conchas en forma de gubia apiladas en montículos al fondo del valle los saltamontes grandes como langostas el silencioso vuelo de las gaviotas las manchas en las alas de las mariposas aquellas geometrías extraordinarias de las rocas cuarteadas como tréboles blancos de piedra pómez o de un rojo amoratado soñaba también que buscaba palabras dónde no sé un libro grande para expresar la sensación de eternidad no solo de lo que permanece sino de lo que mientras permanece debería seguir siendo idéntico a sí mismo en su mejor momento indescriptiblemente breve me pareció aquel sueño y entonces yo le dije espera dije y me encerré en el baño y me lavé la boca me lavé toda pero nunca supe si él se había dado cuenta porque tenía todo el tiempo los párpados cerrados y apretaba los dientes y el hueco de los ojos se le achinaba mientras yo le pedía no te corras por favor no te corras pero sí y bueno aquella primera vez no me atreví a decir nada por lo que a veces pienso que son momentos en los que una se vuelve líquida o también de gelatina y adopta la forma del vaso se adapta a los recovecos traga con todo luego una termina por no saber quién es de verdad él sí lo único que más quería después de follar era un hijo *no están satisfechos hasta que no consiguen hincharnos como elefantes* con la luz apagada ya te digo más de

una vez tuve que arreglármelas no creas por eso lo de Démian me vino bien porque no podía más en lo del jardín de San Francisco solía también me contaba sus aventuras con una abogada medio ninfómana casada con otro cirujano tipo horchata como el mío y madre de un hijo que no sabía que era su hijo pero que le llamaba tío Démian cuando le veía y él se lo hacía atada a los barrotes de la escalera te imaginas la escalera con vecinos la tarde que la dejó desnuda gritaba tanto que tuvo que volver y montar el número en plan sádico me contaba relamiéndose de tan excitado todo el rato con la mano metida en el bolso de los pantalones acariciándose la picha como quien se muerde las uñas sin dejarlo y yo le pregunté que cuanto tiempo y él me dijo que tres años que no nada así que todas las noches se la meneaba incapaz de quedarse dormido hablando siempre de guarrerías sí pensaba a ver si voy a liarme con un subnormal solo por curiosidad por las caricias sobre la alfombrilla de aquella pensión tan cutre mi bella caribe decía paladeando las palabras decía soy tan feliz cuando nos besábamos y yo le llevaba despacio despacio porque no me fiaba un pelo sí como el otro y zas un poco demasiado tarde aquella vez me corrí yo sola tan deprisa que luego salió sobrando el resto contra la pared decidí que nunca más me tenía cuenta volver empolvándome la nariz para que no dijera Bernal alegre como un panda aunque no sé si los pandas me ponía enferma esa bondad suya sin contar con la temporada de los Caballeros de la Adoración Nocturna le dio por pasarse las noches de vigilia cuando no se duchaba a las tantas con agua fría y cuando pregunté por qué me contestó algo de la carne y volví a preguntar y lo mismo así hasta que deduje que tenía que ser la carne suya para quitarse las ganas de mí supongo lo más ridículo no te parece todavía ando preguntándome quien tendría la culpa seguro que alguien por que ni yo misma soy capaz de explicar estas cosas siempre una sensación de verse amenazada por esa parte de alma que no controlas ni admites la expulsas de tu vida y sin avisar vuelve de tanto en tanto hi Jack take a walk on the wild side imposible librarte de ella todas las noches me veía flotando en una poza de agua dulce la cabeza sumergida a veces otras fuera para tomar aliento inmóvil entre las aguas algosas muriendo despacio despacio lejos a través de la niebla húmeda incapaz de alzarme seguía intentando subir río arriba sabiendo que jamás podría tan cansada desovar entonces él cuando sentía los temblores me arropaba pero no era no el frío sino el oxígeno que me faltaba sentía a menudo la tentación de irme al fondo tan rota *siempre depender de ellos por el dinero...por el pedacito que*

una se mete en el gaznate todavía tenemos que estarles agradecidas por una sarnosa taza de té como si eso fuera una gran galantería y no un peso enorme ni idea tienen de esa pérdida que nos duele a nosotras con el paso del tiempo esa angustia de estar despidiéndose siempre sin poder acostumbrarte a este maldito juego que un día acabará contigo puedo decirte que al menos Démian sí en aquel rincón del parque me hizo feliz una vez cuando el frío y los tordos grises se bañaban en los charcos aquel día sí yo subía y bajaba sobre sus rodillas sí fue como una explosión casi me desmayo a ti también te hubiera gustado *hacerlo por ahí alguna noche oscura donde nadie te conociera y te arreglarías con algún marinero desembarcado que anduviera caliente para hacerlo y que no le importara un pito saber a quien perteneces solo por el gusto de hacerlo en cualquier sitio al lado de la verja* aunque marinero no era y sí me importaba cómo me viera porque es difícil olvidarte de todo no hubiera dado cualquier cosa por tener un espejo para arreglarme el pelo la nariz un poco roja o con los años las arrugas que ni te imaginas por lo más sagrado jurarías que esa no eres tú, tú que te conoces vamos no vas a conocerte y sí es algo terrible en efecto porque *todo es muy lindo para ellos pero cuando una es una mujer en cuanto se pone vieja ya podrían tirarla al tacho de la basura* vamos ahora pienso que hubiera sido mejor hablar a tumba abierta en vez de esta noche no y esta otra me duele la cabeza decir simplemente que se acabó cariño solo que apenas nos veíamos de tan ocupado sentí que no era el mismo *todos cambian no tienen ni la mitad del carácter de una mujer* y tampoco sabía qué hacer conmigo cuando le dije que quería empezar a estudiar su boca un tajazo en mitad de la cara sonreía en cambio yo sí yo sabía que a él de mí no le gustaba casi nada los libros hubiera muerto sin ellos pero con esa disculpa era como si tuviera bula y luego cuando me veía con él que me hacía reír todo el rato y me enseñó lo que no está escrito porque para eso era periodista sabía y yo estaba empeñada en volver a nacer con la piel de un hombre y los cojones de un hombre que tampoco querida mía te hacen falta aseguraba sí él me tenía mucha confianza y un día me regaló volvoreta (B) una palabra con un millón de alas en cada sílaba me la regaló y después se fue todavía la tengo metida en una caja de cerillas hasta que a los dos años volví a ver su foto en el periódico con el Ché no me importaría nada contemplar la cara que puse entonces rígida por un agujero el rictus maldiciendo la hora qué decidí quedarme cuando podía haber salido zumbando detrás de él ya ves ahora no emplearía ni medio segundo y

luego cuando me enteré de su muerte la primera borrachera de mi vida toda la noche balando y la güija enloquecida sobre el cristal de la mesa cuando me quieres preguntaba yo y el vaso resbalaba de la I a la S is, is me quería es decir me había querido sí hasta que de madrugada desapareció del todo no se movía el vaso oí decir que parecía un pez moribundo golpeando tap tap tap con la cola en el suelo tap tap tap cada vez más despacio cuando lo sacan del agua y lo tiran al muelle tap hasta que por fin se detiene muerto y También dijeron que después de algunos meses seguía tan perdida yo no recuerdo tan perdida que cuando me miraba al espejo no me reconocía y echaba de menos a otra mujer que había dejado atrás sin saberlo atrás o debajo de los diez kilos que me sobraban horas desnuda delante de los cristales obscurecidos de las ventanas y metía el estómago y me pellizcaba el pliegue michelín y luego volvía a la nevera y así hasta que mi marido me llevó a un psiquiatra y entonces me detuve en seco *sí porque cualquier cosa que haga una mujer sabe detenerse a tiempo* sí a tiempo meses hasta recuperarme pero cuando lo conseguí ya no éramos nada Bernal y yo apenas uno y una viviendo como si viviéramos juntos pero no mientras él con algo que podría llamarse compasión me ayudaba a buscar un trabajo de no se sabía muy bien qué por ir viviendo al principio de profesora a vueltas con la lengua y con un temor grande a las otras colegas del departamento siempre me he llevado mejor con los tíos claro una vez han demostrado ser capaces de superar los embarazosos preliminares o si se abstienen de llamarte pequeña o admirar tu fina intuición tan femenina es decir tan obvia al fin y al cabo tenía mi expediente fui tan suave sabía sí lo sabía que si no hubiera sido de felpa nunca lo habría conseguido nunca con uno ochenta les hubiera parecido demasiado peligrosa no se fían con sus miradas ladeadas te dicen siempre bonita lo que necesites pero que se lo crean nunca he necesitado nada o sí cuando la primera vez y aún esa me tocó pagarla a precio de mercado libre que dicen el roce de las medias al cruzar las piernas al descruzarlas delante del director y dice usted cuando me interrogaba sobre y las múltiples cenas homenajes a compañeros jubilados o de los otros recién llegados no podía evitar contemplarlos bajo una luz siniestra como espías que explorasen el terreno antes de una invasión en masa y procuraba apartarme cuanto me era posible un año hasta que conseguí firmar un contrato y entonces ya no tuve que reírme de sus chistes de repertorio más o menos *sí me dijo que yo era un flor de la montaña sí entonces somos flores todo el cuerpo de una mujer sí esa fue la única verdad*

que me dijo en su vida no recuerdo bien así que a lo mejor fue otra cosa lo que me dijo flor de montaña no quizá un descubrimiento sí eso fue eres todo un mundo inexplorado a punto de jubilarse aquel hombre qué se creería bueno dije sí bueno para desviar la conversación estaba tan interesado decía con la americana de cuadros su camisa también de cuadros y la corbata a rayas rojas azules chirriaban y las palabras o no sé también los colores con un ruido ensordecedor le miraba al fin y al cabo si yo estaba allí era por lo de la plaza de profesora ayudante de clases prácticas algo minúsculo vamos digo y él empeñado en seguir hablando de la isla, de la gente muy partida de lo que entonces tenía y cómo echando rumbo a la suerte se habían asociado a USA y antes mucho antes cuando el primer taíno llegó remando desde Venezuela desafiando decía al colérico Juracán de ahí el nombre los nombres huracán Patty y los otros y tambien la historia de los españoles y el oro como si dialogara con su corazón comido por las hormigas porque los arahuacos no tenían oro y les llevaron a las playas a ver las pepitas afloradas del fondo del océano y Agueybana el cacique jefe de muchas lanzas y los repartimentos y los muertos y sí el resto de la historia a saltos para demostrar que lo sabía todo y sobre mí la última indígena de Puerto Rico y los piratas y el jengibre y no sé cómo también Francis Drakke sí y John Jawkins y cuando terminó de rescatar imágenes fechas y las palabras de tiempos pasados me había convertido sí en la nueva profesora ayudante de su departamento.

Marietta sintió un escalofrío. Habrían encendido el aire acondicionado. Apartó la vista del escenario y miró a su alrededor. Julio estaba allí, sentado a su lado, en la luz de la inmensa lámpara central, en los aplausos entusiastas del público puesto en pie. No era alguien que se parecía a él: Era *él* en persona. Sin saber muy bien cómo Marietta se dio cuenta de que estaba sufriendo una alucinación. Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos fuerte fuerte, después volvió a abrirlos de repente. Entonces le vio sonreír tristemente como si comprendiera. Entonces notó que el corazón se le hundía a plomo: la alucinación había desaparecido y era Alex otra vez.

—¿Qué te pasa, Marietta? y le apretó un poco el brazo.

—Nada, no, nada creo que me he mareado un poco. No te preocupes.

—Vaya. Será el calor. Inclina hacia atrás la cabeza. Así, así mejor.

Marietta mareada. Nadie adivinaría su febril inquietud al verla recostada en el asiento con los ojos semicerrados. Solo cuando ella se ponía de pie descubrían la desconcertante energía que escondían sus buenas maneras.

Un acomodador se acercó preocupado. Quería saber si necesitaban ayuda. A Marietta el gremio de los acomodadores le caía bien, les encontraba serviciales y discretos, en general tenían buen carácter. No le ocurría lo mismo con los kiosqueros. No sabía por qué pero siempre le tocaban en suerte unos seres ceñudos y antipáticos que no se dejaban conquistar por sus amistosas sonrisas.

—Gracias, no es nada. Ya me encuentro mejor.

Hablaba en un susurro, como si estuviera ronca. ¿Por qué? Ya no quedaba nadie en el patio de butacas. Además, a su voz no le pasaba nada. Marietta pensó que debería levantarse de una buena vez y dejar de hacer teatro. Demasiado concentrada. Eso era. Había pasado las dos últimas horas demasiado concentrada, casi sin respirar y ahora que la inmersión había terminado empezaba la descompresión. Tenía que volver a la superficie.

Se fue incorporando poco a poco. Sentía un hambre horrorosa pero no se atrevía a decirlo. No todavía. Las señoras mareadas no comen. Y las tontas como ella que no lo estaban pero lo parecían, tampoco. Marietta imaginó estar preñada del hijo de Alex. La típica familia feliz. En una novela ese tipo de familias suelen durar poco, cuando aparecen es porque algo pavoroso está a punto de suceder. Si no, no venden. ¿A quién interesaría un cuento moderno con final feliz?. Pero no estaba embarazada. No volvería a estarlo.

—Creo que un poco de aire fresco...

—Estaba pensando lo mismo. ¿Puedes andar?

—Si, claro.

—Entonces vamos.

Alex la sostuvo suavemente por el codo y juntos se dirigieron a la salida. Hacia un rato que los últimos espectadores habían desaparecido. Tuvieron que abrirles la puerta.—¿Te apetece tomar algo?

Marietta dio un salto de alegría. Un salto interior. En toda su vida no había conocido a nadie que se pareciera ni remotamente a ella: nunca perdía

el apetito. Ni en los malos momentos. Y la verdad es que éste —pensó— tampoco era de los peores.

—Creo que sí. Una ensalada o un poco de pescado no estaría mal.

—Estupendo. Entonces vamos allá.

Y allá se fueron. No tardaron ni quince minutos. Restaurante Casa San Jacobo. Un antiguo palacio del siglo XVII reconvertido en casa de huéspedes pero con precios a lo Hilton. Para cuando apareció la camarera a tomar nota, Marietta parecía haberse recuperado del todo. Alex pidió un sandwich mixto de jamón y queso extragrueso preparado con pan integral de hierbas y semillas de ajonjolí y Marietta la ensalada loca de cangrejo, lechuga, maíz, piña y salsa rosa.

—Por cierto —dijo Marietta— ¿qué te ha parecido la obra? Ese hablar y hablar interior sin interrupción, a tortas con el pensamiento, tan incoherente a veces, para que luego venga un Joyce cualquiera y te lo adivine todo ¿no resulta un poco ....(Marietta iba a decir obsceno pero Alex le interrumpió).

—No creo que Joyce fuera un adivino.

—¿Ah no, entonces qué? No irás a decirme que es todo talento. Para escribir así se necesita algo más que técnica.

—Puede. Pero no olvides que Joyce estaba casado con una mujer muy poco convencional.

—¿Nora Barnacle?

—La misma. Pudo haberle servido de modelo.

—Es posible, yo...en fin no se me había ocurrido ...pero entonces ¿crees que Molly es Nora?

—Lo que es seguro es que fuera quien fuera el modelo de este personaje, Molly nunca hubiera podido hablar así: una señorita mitad española mitad británica, nacida en Gibraltar de una familia respetable que llega a Irlanda después de casarse y, al poco tiempo, se pone a desbarrar como una verdulera de Dublín...

—No quería decir....a mí me parece que lo importante no es... bueno yo creo que es maravilloso cómo Joyce dice lo que dice. ¿A quién puede importar quién lo dice?

Marietta empezaba a darse cuenta que sus argumentos resultaban un tanto contradictorios. Bastante ingenuos también. Comprobaba con asombro que Alex era razonable, paciente y además, solía tener razón.

—Sí, pero es que precisamente eso es importante. Y más si hablamos de un escritor como Joyce. Tenemos derecho a exigirle cierta coherencia.

—¿Coherencia? no veo por qué tendríamos que esperar semejante cosa de un escritor. Pienso que relatar un historia y hacer que el lector diga sí, así es o, al menos, así me siento yo, sería suficiente. A veces, pienso, que ni siquiera el escritor alcanza a comprender del todo a sus personajes. De algunos solo puede comunicar al lector sus palabras y sus actos. Son seres virtualmente incompletos. Y también incoherentes, contradictorios.

En realidad a Marietta le hubiera gustado hablar solo de palabras, de literatura y no de seres humanos que se parecían tanto a ella misma. Ella siempre, a través de todo lo demás. ¿Cuantas veces había ocurrido esto, o era la primera? No, no era la primera. Nunca lo había pensado de esta forma. Ahora, sí.

Alex se llevó el vaso a los labios, después dijo:

—Puede que tengas razón, no sé. A veces creo que por deformación profesional soy incapaz de entender, como tu entiendes, los sentimientos. Lo mío son estructuras, estilos, influencias... la actitud de los críticos suele ser un poco estereotipada.

—Eso no es del todo cierto —apuntó Marietta enseguida— ¿Imaginas hasta dónde sería capaz de llegar el ego de los escritores si no fuera por los críticos?.

¿Cómo había podido creer que estaba tan seguro de sí mismo? Nadie lo está, desde luego, pero con Alex una no se daba cuenta hasta después de algún tiempo. Cuando conseguías hacerle bajar la guardia. Como esta noche.

—No, no lo sé. El ego de los escritores o el ego de los críticos ¡no hay mucha diferencia! ¿no crees?

Después siguió hablando y dijo, entre otras cosas, que su problema era que nunca perdía el control. Que no recordaba cuando había sido la última vez que había hecho una locura; que aún en sueños solía sentirse tenso e inquieto y que se despertaba súbitamente al menor ruido, lo que no resultaba

muy agradable. Dijo que sería agradable olvidar la tensión y que creía haber heredado todo eso de su padre pues le recordaba siempre crispado, que a veces llenaba la casa con sus gritos, de forma inesperada, a pesar de ser un hombre silencioso y que seguramente lo hacía para desahogarse porque no tenía mucha gente con quién hablar. Que se preguntaba a menudo cosas sobre él porque a pesar de que siempre había creído que los libros eran una pérdida de tiempo, nunca protestó, al contrario, decía que todo lo que ambicionaba para él, era que aprendiese a ser él mismo. Que pensaba que esto se debía al hecho de haber abandonado su padre lo que pensaba debería haber sido su verdadero destino o sea la mar ya que, en realidad, lo que a él le hubiera gustado era ser marino y no pudo, porque la vida le torpedeó los sueños y para hacer realidad los propios sueños, lo mismo que para ser puro, se necesitaba una clase de egoísmo y una arrogancia que su padre era incapaz de asumir. Que seguía creyendo que, en el fondo, podía tratarse de una pequeña venganza contra el destino porque se la pasó haciendo siempre lo que otros querían y que, fuera como fuese, su padre había sido el único que le había apoyado, siempre.

Cuando dejó de hablar, Marietta se le quedó mirando pensativa. No sabía nada de él, es decir, nada real y pensó que le gustaría averiguarlo. No soy como tú crees, le dijo en silencio mirándole a los ojos, y tú tampoco eres como yo pensaba. Sencillamente, no sabía cómo eras pero te prefiero así. Hace unas horas no, pero ahora es diferente. Y se dispuso a seguir investigando.

Aquella noche, se despidieron pronto.

5. MOSCAS ARTIFICIALES

DIEZ

Aquella mañana Marietta miró por la ventana y se dio cuenta de que no había pájaros. Ni siquiera les oía cantar. Todo lo que podía ver eran las desmadejadas quimas de las palmeras agitándose al viento. Las mismas palmeras que los árabes prestaron a los españoles y estos exportaron al Nuevo Mundo. Cualquiera diría que son autóctonas pensó Marietta. Continuó mirando. Había también bananeros, hibiscos, jazmines y mimosas. En los caminos de grava blanca que separaban unas especies de otras, una cuadrilla de camareros, limpiadoras, jardineros y vigilantes se afanaban preparando la amanecida de los señores clientes. ¿Cuanto ganarían? Por un trabajo de horas sin fin desde las cinco de la mañana a las nueve de la noche (Marietta había visto a los mismos camareros del desayuno sirviendo las cenas). ¿Dónde vivirían? Lejos, seguramente. A kilómetros de las exclusivas pocilgas destinadas a los turistas. En el interior de la isla o en los alrededores de San Juan. En la franja de tierra que va del Morro a la Perla o por ahí.

Me estoy poniendo reivindicativa. Bueno ¿y qué? Tengo motivos. Debe ser la memoria de la tribu. Al fin y al cabo tengo mucho más que ver con ellos que con los otros. No demasiado con ninguno, sin embargo.

De cualquier forma, pensó, las mañanas no son un buen momento para hacerse preguntas. Las mañanas son para moverse deprisa tachando mentalmente una supuesta lista de cosas ineludibles que no podían esperar hasta el día siguiente. Marietta estaba segura que esa mañana su lista era interminable y se esforzaba en recordarla como si en ello le fuera la vida. Inútil. Lo único que venía a su cabeza era lo de la carta. Tenía que escribir a su marido para decírselo. *Prefiero escribir a llamar por teléfono. Por teléfono no hay manera de entenderse. No sabría cómo explicarlo si me interrumpen.* Se alejó de la ventana y encendió la radio. Sonido ambiental lo llamaban. Marietta se tumbó de nuevo en la cama y cerró los ojos. Era su manera de concentrarse cuando quería pensar en serio. A veces, cuando estaba pensando así, se quedaba dormida, pero eso ocurría sólo por las noches y si estaba muy cansada. Ahora, más que pensar, lo que de verdad necesitaba era ordenar sus pensamientos. ¿Qué diría en primer lugar? Sin ninguna duda, lo más importante. ¿Y qué era, en esos momentos, lo más importante? Querido, diría, lo siento pero no tengo intención de volver a casa. Bien. ¿Y después? Tendría

que explicar por qué, sobre todo por qué, y cuando lo había decidido y qué es lo que pensaba hacer a partir de entonces y... Cuando llegaba a este punto Marietta volvía a empezar. Vamos a ver, se decía, no nos liemos, hay que ser clara, no hay que dar vueltas a las cosas, se dicen de una vez y ya está. Sí, era perfectamente razonable: debía empezar con lo de que no iba a volver para pasar después a explicar por qué. Sin embargo, la explicación se había escondido en lo más profundo de su mente y cuando cerraba los ojos, como ahora, y buscaba en su interior, en los recónditos vericuetos de sus circunvoluciones cerebrales, la encontraba invernando. Ni siquiera podía despertarla. Había también una mancha oscura, una sombra, algo que no terminaba de ver claro. Y es que cuando pensaba en las razones de su casi huida, no pensaba en palabras. Pensaba en latidos desordenados, con una lógica extraña que se entendía a si misma pero que no encontraba la forma de traducirse al mundo exterior. Estaba llena de dudas y sabía por experiencia que, decidiera lo que decidiera, encontraría siempre motivos para arrepentirse. Ya había empezado.

AGUA PASADA: TARDE DE LOIZA

Su madre dice que tienen que ir a Loiza, al convento de San Patricio, a ver al hermano Celso. Que vaya a vestirse. Que no se ponga pantalones y que coja un velo. Su padre calla y asiente. Marietta no pregunta y obedece.

Burrum, burrum, burruuum. El viejo taxi acelera camino de Río Grande. ¿Cruzarán el río? Lo cruzan. Cogen la chalana en el último minuto. Desde su asiento, observa atentamente cómo remolcan la barcaza: tiran de ella a mano ahora que las aguas no van crecidas. Marietta se siente un poco mareada. Hace casi un año de aquello y todavía mancha de vez en cuando. Teme que la pesadilla no haya terminado todavía. Que tenga que ir a un hospital. Tiene miedo a la muerte. Cuando está inquieta o un poco nerviosa, lo primero que le duele es el vientre. A la altura de los ovarios. No duele el corazón, no. En realidad el corazón no se hace sentir en estos casos. A menos, claro, que esté agitada lo cual no es muy probable si no corre o salta o hace algún esfuerzo de ese tipo. ¿Cuanto tiempo? ¿Cuanto tiempo hace que se mueve como un pez contra corriente deslizándose, silenciosa, aguas arriba? Silenciosa y suavemente como si no costara ningún esfuerzo. Pero ¿seguro que no le cuesta? ¿no es cierto que, a veces, se encuentra a punto de reventar? ¿No

siente cómo la sangre le bulle bajo las corneas y le hincha, le hincha los ojos como si fuesen a saltar de sus órbitas? En su momento no había pensado en ello, pero ahora lo hace. Miedo. Miedo. ¿Y qué si se muere?.

El castigo del secreto. El castigo que el secreto le ha infligido. El que Marietta se ha infligido a sí misma. Y la infancia, a un millón de años de distancia. Cuando la libertad estaba tan lejos y no tenía necesidad de elegir. Y su primera elección y lo terrible que ha resultado.

La chalana avanza. A través del agua. Marietta divisa, a lo lejos, el pantano de mangles que se extiende a lo largo de las orillas inundadas y fangosas del río. El enorme y misterioso bosque de Torrecilla Baja que protegía a los negros huidos de las plantaciones. A los negros del asentamiento de Loiza, un recogedero de esclavos fundado por los españoles para explotar las vetas de oro. Tras la abolición de la esclavitud, muchos se quedaron. La gente que no ha vivido nunca en la región cree que los negros aprendieron español y se hicieron católicos por puro gusto. No saben. No conocen a los antiguos yorubas, la fuerza de sus viejos demonios.

Podía haber preguntado qué iban a hacer en Loiza. Pero no lo hizo.

En el trasbordador hay un solo coche. El suyo. Marietta mira disimuladamente a su madre. ¿Qué harán cuando lleguen al convento de San Patricio?.

La chalana se acerca a la orilla y, unos tres o cuatro kilómetros más adelante, despiden al taxi.

Van andando hasta Loiza Aldea por la hierba amarillenta del mes de Julio. A lo lejos, muy a lo lejos, se oye graznar a las gaviotas y los saltos del agua entre las piedras. El viento sopla sobre la superficie del río hacia el sur pero las corrientes le obligan a seguir dirección norte. Marietta mira el fluir de las ondas y se pregunta por qué todo tiene que ser tan difícil.

Hace calor y su madre decide coger un atajo en lugar de seguir la carretera. La carretera, dice, no tiene suficientes árboles y además, como su nombre indica, el atajo es un camino mucho más corto. Por el amor de dios, si no tiene ganas de andar, ¿por qué se han bajado del taxi?. No llevan recorrido ni medio kilómetro cuando su madre se detiene.

—Creo que voy a hacer un pis —dice— vigila tú por si viene alguien.

Y se va a un lado del camino detrás de una mata de gayombas. Marietta se encoge de hombros y se pregunta a qué viene tanta familiaridad. Su madre y las necesidades fisiológicas han estado siempre reñidas. Las considera incongruentes y parece que nunca se toma la molestia de satisfacerlas. Ni el tiempo. Marietta se queda paseando de arriba a abajo descabezando cardos con una vara mientras rebusca en la cuneta por si encuentra algo que otros hayan perdido. Una manía suya de toda la vida. ¿De dónde la habrá sacado? Por el camino, ve acercarse una bicicleta y corre a avisar a su madre. Ella, al oírla, sale de detrás de los arbustos sujetándose la falda con una mano y tratando de subirse, con la otra, bragas y faja que lleva caídas a la altura de las rodillas. El río que, todavía, gotea entre sus piernas, caracolea pardusco sobre el polvo a medida que se aleja de ella y se va secando al sol.

—¿Dónde, dónde? pregunta.

Y Marietta:

—Ahí, ahí, en bicicleta creo que...

Acaba de darse cuenta que el hombre de la bici lleva sotana. Demasiado tarde. La bicicleta, después de tomar la curva como una bala, va a incrustar su rueda delantera entre las piernas abiertas de la pobre señora. Ciclista y mujer caen al suelo en un revoltijo de ropones y hierros y quedan atrapados, el uno encima de la otra, por el manillar de la bici.

—¡Bestia más que bestia, este hombre me ha matado!

Y el cura.

—Hija mía, ¡sin exagerar! que no ha sido para tanto.

—¡Que no ha sido para tanto! ¡será indino!

El cura no contesta, está muy ocupado intentando librarse de los manotazos de la señora y del manillar de la bici que, con el golpe, ha quedado casi por completo destartalada.

—Pero es que no se puede andar con esas prisas, padre —insiste doña Rita— es peligroso. Por cierto ¿es que pierde usted el barco o qué?

—La verdad señora, no creo que sea asunto suyo pero ya que lo pregunta... —Y después de hacer una pausa, que emplea en sacudir

violentamente la carcasa de la bici para ver si consigue ponerla derecha, continua— me esperan para oficiar un funeral.

—¡Un funeral! ¡ni que los muertos tuvieran tanta prisa!, lo dicho padre, la próxima vez será mejor que mire por dónde pisa!

—Y usted por dónde mea.

Y sin más comentarios, el cura se aleja pedaleando. Unos pasos más allá, Marietta hace terribles esfuerzos para contener la risa.

—¡El muy animal! —vuelve a exclamar su madre cuando le pierden de vista— ¿ pues no dice que va a un funeral...?

No acaba de pronunciar estas palabras, cuando estalla en enormes carcajadas. Cacareos estereofónicos, histéricos. Se mira las manos, las rodillas escariadas y las bragas rotas y sigue riéndose y riéndose. ¡A un funeral! repite como si esto fuese lo más gracioso del mundo. Marietta, también se ríe. Ve a su madre, doblada hacia adelante como si fuera a partirse por la mitad. La ve darse palmadas en los muslos como una guajira cualquiera. Y no puede creer lo que ven sus ojos. Las dos se ríen, llevan una eternidad riéndose y cuando se detienen, cuando Marietta cree que ya no pueden más se miran y vuelven a ver aquel encontronazo, con su madre tumbada en el suelo y el cura encima y estallan otra vez en un cloqueo espasmódico y contagioso.

Siguen sentadas en el suelo un buen rato y cuando, por fin, logran calmarse continúan andando sin decir palabra. A Marietta le parece que su madre está un poco avergonzada pero no consigue entender por qué.

El caso es que nunca volverán a mencionar el incidente. Ni siquiera delante de su padre.

AGUA PASADA: LOS ORÍGENES DE MARIETTA SEGÚN EL HERMANO CELSO

Los negros de Loiza celebran a lo africano las fiestas de Santiago Apóstol. Empiezan el 24 de Julio y no paran hasta que se termina el mes. Los vecinos se echan a la calle con los trajes ceremoniales de la tribu yoruba: demonios, viejos despeinados y veigantes (B) estrafalarios cuyo objetivo es asustar a los apóstatas que se pasaron a la fe cristiana y abandonaron los mitos

de sus mayores. Dioses impasibles y antiguos se pasean por las calles de la ciudad con sus máscaras de muecas esculpidas en cocos y calabazas. A veces, para hacerlas más feroces, simulan dientes con láminas de aluminio. Al cruzar entre ellos, Marietta y su madre procuran no mirar. Marietta siente una especie de penumbra, una amenaza difusa dentro del pecho. Camino del convento, observa los colores de los disfraces. Relampaguean delante de sus ojos, emplumados y ardientes como si quemaran y tiene que apartar la vista.

El convento de San Patricio se alza en un vecindario de viviendas unifamiliares, cuadradas y bajas con las fachadas pintadas de amarillo y ocre y rosas deslavados. La iglesia, sin embargo, es blanca y una amplia escalinata de ladrillo y argamasa se despliega ante ella. Sus puertas de ausubo (B), una madera preciosa hoy desaparecida, son más grandes que las paredes de muchos apartamentos modernos. Pero Marietta no se encuentra de humor para apreciarlas. Hace rato que se siente tan inquieta como los caballos en un día de tormenta. Pero sigue sin preguntar nada. Espera y espera tensa, a punto de echar a correr. Doña Rita llama a la puerta y cuando por fin abren y les hacen pasar al locutorio, Marietta se deja caer en un sillón de madera y cierra los ojos. Los abre justo a tiempo: el hermano Celso, un hombre bajo y robusto vestido con los hábitos de la orden franciscana acaba de hacer su entrada. A Marietta le llama la atención el desgastado cinturón que apenas alcanza a rodear su enorme panza y dibuja obsceno una elipse desde sus riñones a la ingle. De pie, al lado de su madre, la mira con una sonrisa nauseabunda.

Hermano C.: Vaya, vaya así que ésta es nuestra Marietta. Has cambiado mucho, niña. ¿Te acuerdas de mí?

Marietta: No, lo siento...

Hermano C.: (Sin hacer caso): Yo diría que la última vez que nos vimos fue, quizá, hace unos diez o doce años.

Marietta: No, yo...

Hermano C.: Entonces (interrumpe) eras muy pequeña y tenías peor aspecto, estabas muy delgada. Claro que has tenido mucha suerte, de hija única en una familia como la tuya, tantas y tantas ventajas ¿no es verdad?

Marietta.: (sin estar muy segura de lo que hay que contestar) Sí, desde luego....

Hermano C.: Me alegro de que lo reconozcas. En esta vida tenemos que aprender a ser agradecidos, es algo muy importante... cada vez más (mirando a su madre) ¿te han dicho para qué has venido hoy, aquí?.

Marietta: No, no me han dicho nada.

Hermano C.: Bien, bien, da lo mismo, en fin, el caso esque....tenemos que hablar un poco los tres: tu madre, tu y yo ¿no te importa verdad?.

*Marietta: (*cada vez más nerviosa y desconcertada): No... yo... ¿por qué iba...no sé, pero no sé de qué tenemos que hablar...

Y así es como una tarde de Julio Marietta llega a enterarse de que, en realidad, es hija del antiguo cachicán de la hacienda del abuelo.....y de una mujer que se contrató de criada en casa de sus actuales padres cuando quedó embarazada y aquel hombre la abandonó. Que su madre, su madre de verdad, después de disimular su preñez y el parto (dio a luz ella sola en los arenales de Río Grande) decidió conservarla y se la llevó consigo. Durante el día, cuando iba a trabajar, la dejaba al cuidado de su bisabuelo, un viejo (casi impedido) que vivía en los arrabales del Fuerte, en el antiguo San Juan. Cuando él murió, aproximadamente al año de su nacimiento, su madre no pudo seguir ocupándose de ella y la entregó a una vecina para que la criara con sus propios hijos. La tal vecina, muy ocupada con otros cuatro o cinco chicos, se olvidaba con frecuencia de ella a la hora de darle de comer por lo que, al cabo de algunas semanas, enfermó de gravedad y, casi a punto de morir, su madre decidió entregársela en adopción a la señora de la casa donde había trabajado, es decir, su madre actual, la cual, a pesar de haberla despedido algunos meses antes, no tuvo inconveniente en aceptar a la niña con la condición de que la madre desapareciera definitivamente de sus vidas es decir, se mudara de barrio y, a ser posible de ciudad, y nunca, pero nunca (énfasis del hermano Celso) volviera a dejarse ver por allí. Al parecer, aquella mujer cumplió lo acordado al pie de la letra: una semana después, encontraban su cuerpo flotando al pie del murallón del Morro.

Afuera, el maravilloso sol resplandece, los pájaros cantan y Marietta se siente morir. Bien, no exactamente morir. Un poco menos, a decir verdad: lo que siente es cierta opresión a la altura del plexo solar y también en las sienes. Aunque no tan fuerte, la opresión, como para gritar. Son peor las pesadillas,

cuando sueña los sueños de lo que acaba sucediendo, como ahora. Entonces sí que se despierta sudando, toda mojada y jadeante, sin poder respirar. Es cierto que se recupera enseguida pero tiene que hacer un esfuerzo para volver a la realidad. Ahora no es necesario: ya está en la realidad, pero no tiene ni remota idea de lo que eso supone.

O sí, la tiene, pero es una idea equivocada. De hecho, apenas si es una idea, se parece más a un signo de admiración, esos que pintan en las burbujas de los tebeos cuando alguien suelta una interjección intraducible. Presiente que alguien está esperando que haga algo pero no qué, ni para qué. Se dice que lo que una haga o deje de hacer no tiene demasiada importancia, sobre todo para los demás. En cuanto a ella, mientras no le obliguen a decir lo que piensa, mientras pueda salir del asunto sin descubrirse demasiado, podrá hacer como que no sabe, que nunca ha sabido, podrá superarlo. Algunas pueden. Marietta está segura que es preferible no reaccionar, no decir nada. Así, al menos, tendrá una posibilidad de seguir adelante como si, de verdad, todo hubiese sido otra pesadilla.

Es un hermoso día de Julio, no obstante. Eso, por lo menos, es absolutamente cierto.

AGUA PASADA: ADIÓS SAN JUAN

Marietta despierta con las primeras luces. Lo hace con frecuencia sobre todo, después del viaje a Loiza. Despierta, se incorpora cautelosamente y mira el reloj. Es una de las contadas ocasiones a lo largo del día en que se siente tranquila y dueña del tiempo. Hoy, ese tiempo enemigo, espera agazapado al otro lado de la mesa del desayuno para saltar sobre ella en cuanto beba el café. Sus padres la llevan de viaje. La ducha, vestirse, las despedidas. Se supone que tienen que llegar al aeropuerto una hora antes de la salida, pero todavía es temprano. Bajar las maletas, llamar a un taxi. Tal vez hubiera debido rechazar la invitación. La invitación a este viaje a Europa que, hasta ahora, no ha causado más que problemas. Pero tuvo que aceptar ¿qué otra cosa podía hacer?. Era eso o nada. O eso y nada que venía a ser lo mismo por lo que a ella le importa. Sus padres, en fin, lo que sean, han decidido sacarla de Puerto Rico, llevarla a conocer mundo. Dicen que es un regalo por su puesta de largo. No dicen, pero ella sabe, que esperan encontrarle un

marido entre sus lejanos parientes de España. Cualquier cosa con tal de quitársela de encima. De ahí las prisas de aquellos días, las visitas a la modista, el papeleo de los pasaportes, las despedidas de los amigos. "La ceremonia del adiós" leyó Marietta que llamaban a esto en alguna revista. Uno de esos artículos de recetas psicológicas con un menú para cada ocasión.

Vuelve a dormirse y sueña con su verdadera madre de pie en un acantilado sobre el mar. Sobre un mar sin olas o un río enorme y sin orillas en donde flotan innumerables almohadas; oye sonar el despertador, lo oye sonar de nuevo. Se despierta al fin. Deja su cama, la cama de toda su vida con el cabecero de madera de cerezo color caramelo y apliques de bronce y se levanta. Descalza, se acerca a la ventana y desde allí, se da la vuelta para despedirse, una vez más, de su habitación y de los cuadros de flores, una colección de grabados con nombre y apellido que le han acompañado desde niña: la Clematis Viticella, el Chrysanthemum Carinatum, la Campanule Clochette y la Camelia Japonica. ¡Le encantan estas plantas tan estilizadas! Se despide también del espejo y de la cómoda y de las palomas del patio. Después baja a desayunar en pijama.

Muy por encima del rizado océano Atlántico, a bordo del vuelo 072 de S. Juan a Madrid, el tiempo salta de pronto de las 3.45 a las 4.45, al deslizarse el Boeing 707 a través de la invisible frontera entre dos zonas horarias. La mayoría de los pasajeros a bordo no advierten el cambio: están dormidos. Marietta también lo intenta pero no lo consigue. Es la primera vez que sube a un avión y no ha tenido tiempo de acostumbrarse por lo que se siente todavía un poco insegura. Se han servido ya las cenas y han pasado una película. El sobrecargo y las azafatas han recorrido con su carrito de chismes todas y cada una de las filas de asientos de la nave: Licores, cigarrillos, relojes ¿quién da más? La dotación de cabina, cansada de tantos paseos, se repliega ahora en la cocina, charlando a media voz, para no despertar a los pasajeros.

Después de la película, las luces amortiguadas han vuelto a espabilarse pero Rita y Valentín, atiborrados, siguen durmiendo inquietos y se mueven y remueven en sus asientos tratando de encontrar una postura menos incómoda. Con las cabezas semicaídas y la boca entreabierta cualquiera pensaría que hubieran recibido garrote. Marietta se pregunta quienes son (en realidad, ahora se da cuenta, nunca lo ha sabido del todo) y qué demonios hace allí con

ellos. No siente nada, apenas nada. Toda su vida creyendo que eran sus verdaderos padres y ahora esto. La indiferencia más absoluta, un vacío grande. Marietta decide dejar de pensar en el pasado y se concentra en el futuro ¡Su primer viaje a Europa! Tiene que reconocer que no era así como lo había imaginado. En la fila de atrás, alguien cuenta a alguien lo que otro alguien dijo en una ocasión sobre los desagradecidos...*que son de tres clases: los que callan los favores que les hacen, los que los cobran y los que los vengan*. A Marietta le gustaría saber en qué categoría debe incluirse. Algo le dice que sí, que pertenece a una de las tres. Desagradecida. Pero no acaba de estar segura. A lo mejor es que no tiene nada que agradecer. O que no sabe. O que no puede. En fin, tampoco importa.

En León son casi las seis de la mañana: el ayer titubea un poco antes de convertirse en hoy. Sopla un viento frío desde la montaña que arrastra las nubes hacia el sur de Tierra de Campos y congela a las palomas que se apriscan alrededor de la fuente en la Plaza de San Marcelo. En el interior del Hostal Los Arces, la temperatura es más benigna y los cristales de las ventanas, tras los visillos, aparecen ligeramente empañados.

Marietta, que ha despertado tan temprano como siempre, se esfuerza, también como siempre, en abarcar de alguna manera el mundo que le rodea. Es casi una obsesión. Allá donde va, trata de ordenar el espacio, de encontrar enseguida el camino de vuelta a casa (¿a qué casa?) por si las moscas. Y es que para ella, llegar a los sitios nunca fue un problema: suele ir a su encuentro llena de entusiasmo y de curiosidad. Es volver lo que más le preocupa. Cada vez que visita un lugar nuevo intenta, antes de nada, orientarse, saber de dónde viene y como pulgarcito va desmigando miradas a cada paso con la esperanza de reencontrar sus huellas a la hora del regreso. Lo intenta, pero no siempre lo consigue. Por eso, hay veces que se pierde. Y Marietta tiene un miedo horrible a perderse.

Desde su llegada a León, hace ya una semana, sus padres y ella no han hecho más que recorrer la ciudad en compañía de un médico que sus padres han conocido a través del D. Santiago, un pariente lejano de su madre que ahora les sirve de anfitrión. Marietta aún no lo sabe, pero acaba de conocer a su futuro marido. No lo sabe pero debería saberlo. Hubiera sido fácil a poco que hubiera prestado alguna atención a las sonrisas y múltiples detalles de su

(un poco) relamido pretendiente. Al interés de su madre por dejarlos solos. El problema es que Marietta siempre está mirando hacia otra parte cuando él la mira y sigue sin entender qué hacen allí tantos días seguidos, con ese frío horrible. Tampoco se le alcanza cómo podría ella interesarse por un hombre que casi le dobla en edad, tan formal, tan de otra época. Axial que, en realidad, es como si no le viera.

AGUA PASADA: ESCENA DE PASEO

Bernal y Marietta pasean por el Barrio Húmedo, el uno a lado del otro, solos y en silencio. Momentáneamente en silencio, apenas el necesario para que él pueda retomar aliento antes de continuar con sus explicaciones. Marietta, se detiene y le anima, con la mirada. Bernal sonríe, carraspea un poco y sigue contando:

El monumento más antiguo de León son sus murallas. La planta cuadrada que le dieron los legionarios de la Séptima Gemina (*¿qué es eso?*) del latín geminus, duplicado, repetido (*no, me refiero a lo de séptima*) ah, **La Legio Gemina Septima** es el nombre que los romanos dieron a la ciudad. De estos muros, se conservan todavía tres lados: el del norte, el oriental y la mayor parte del de poniente. Tan solo el muro que da al sur queda metido dentro de las casas, las humildes casuchas incrustadas en los entrepaños al pie de la muralla (*¿por dónde se entraba?*) sí, las puertas viejas desaparecieron cuando se construyó la nueva cerca, la que llegaba a la plaza de San. Marcelo (dónde tú vives ahora). Las otras, la de Santo Domingo y de las Ánimas, la de San Franciso al sudoeste, la de la Moneda al sur y las del Sol y del Peso, son muy poco interesantes pero al menos están ahí, para indicarnos por donde se entraba (*y se salía, supongo, ¿las cerraban?)* desde luego, esas puertas estaban vigiladas y las cerraban siempre por la noche y en caso de peligro.

Bueno, si no sabe hablar de otra cosa, vale, que haga de cicerone pero ¿hasta cuándo debo seguirle la corriente? Parece tímido. Ayer, creí sorprender una mirada extraña en esos ojos un poco miopes ¿querría decirme algo? Lo cierto es que no colaboro demasiado, claro que tampoco veo por qué debería hacerlo.

Calles tortuosas, venerables fachadas de sillería, enormes caserones con arcos ojivos o portadas renacentistas. Fuentes. A las dos, han quedado a

comer con sus padres en la Plaza Mayor. Cuadrada, simétrica, ceñida de pórticos. Su madre llega con retraso.

AGUA PASADA: LA BODA

Bernal y su padre. Mediodía. Los dos de pie, el uno frente al otro: su padre de cara a la puerta, Bernal mirando a la ventana. Doña Rita en el sillón, intentando sonreír. Marietta fuera de la habitación, haciendo tiempo.

—¿Dices que te ha aceptado, que quiere casarse contigo?

—Sí, eso ha dicho —responde Bernal lacónico.

—Por todos los santos —exclama su padre— y no ha preguntado nada, no ha dicho, siquiera, que necesita un poco de tiempo... para pensar?

—Al contrario, insiste que la boda sea cuanto antes. Dice que le gusta mi casa, la ciudad ... en fin, que se encuentra a gusto conmigo y que no ve ninguna necesidad de retrasarlo.

Detrás de la puerta Marietta se esfuerza en oír cada palabra. Quiere estar segura que las cosas se hacen tal y como ella ha planeado. ¿O no ha sido ella? Bien, de todas formas ya no importa. A partir de ahora, será diferente. No tiene intención de seguir obedeciendo a nadie. De momento, silencio y hacer como que acepta, humildemente, el destino que le tienen preparado.

Toc, toc, toc. Golpecitos en la puerta. Marietta espera. La puerta se abre. Su madre, de pie, se dirige hacia ella con los brazos abiertos. Marietta la mira. Bien conservada todavía, con la melena castaña, su pelo se ha ido aclarando un poco con los sucesivos tintes y ahora lo lleva recogido en un moño alto. Un traje de corte elegante cuya chaqueta, bastante larga, disimula sólo en parte sus generosas caderas. Las facciones de la cara, más desdibujadas, más borrosas que la última vez que se fijó en ella (¿cuándo fue eso? ¿hace unas horas? ¿unos meses?).

—¡Hija! ¡hija mía!

Se deja abrazar y sonríe mirando a su futuro marido. Él hace un gesto con los labios, como si le enviara un beso. Marietta lo encuentra tan gracioso que casi se echa a reír.

—¡Por el amor de Dios, Rita, no es para tanto!.

Su madre solloza emocionada (al menos eso parece) y su padre le da palmaditas en el hombro.

—Vamos, vamos mujer, tranquilízate.

Cuando consigue deshacerse de tan efusivos brazos, Marietta corre a sentarse al lado de Bernal, en un sofá de armazón metálico. Se quita los zapatos de tacón y recoge los pies bajo el cuerpo. Él la mira con detenimiento, como si acabara de conocerla (exactamente eso es lo que ocurre) asombrado, contento, titubeante, a la espera de sus palabras. Marietta, se cree en la obligación de no defraudarle.

—Bueno ¿y ahora qué? Tenemos que empezar enseguida a preparar las cosas...imagino...

Se refiere, claro, a los papeles, la iglesia, el traje, los invitados (¿qué invitados?) y a la fiesta. Se refiere al tiempo que va llevar todo y a la prisa que tiene (quiere que todos lo sepan) por acabar de una maldita vez.

—Supongo —dice Bernal— que no habrá problema con el acta de emancipación, todavía no has cumplido los dieciocho...

Su madre se vuelve hacia él, sorprendida. Después se echa a reír y con inesperado énfasis exclama.

—Por supuesto que no, ¡vaya idea! ¿Verdad que no, querido?

Entonces Valentín Balta, asiente. Y Marietta adivina en esa pequeña inclinación de cabeza un algo de tristeza. Las ilusiones que alguna vez atesoró, desenmascaradas como sueños vanos y, pese a todo, abandonadas con dolor.

—Menos mal —exclama Marietta .

Bernal le dedica una mirada penetrante.

—Si, menos mal —repite en voz baja. Luego, con renovada viveza y como si ya se hubiesen puesto de acuerdo, dice:

—De hoy en quince días nos casamos.

Y sonríe feliz.

El día de la boda. Un día diferente: fantástico a ratos. Arriba en el Santuario y en los jardines delante del Hostal de San Marcos. Marietta está preciosa, Bernal muy elegante con su chaqueta de frac y el pantalón gris a rayas. A su alrededor, los invitados parecen desconcertados, como si no se sintieran del todo seguros, como si no cupieran bien dentro de sus chaquetas. No tienen mal aspecto, sin embargo. Por parte de Marietta sus padres y D. Santiago Aláiz el primo lejano de Doña Rita y su señora. Por parte de Bernal (es huérfano) su hermana Sira, Felipe, su marido y sus cuatro hijos. Hay también algunos amigos, vecinos de Trabajo y antiguos compañeros de estudios que han venido de Madrid solos o con sus mujeres. Uno de ellos canta Blanca y Radiante Va la Novia. Su padre sonríe, también sonríe su madre, mirándole, pero Marietta se da cuenta de que le tiemblan los labios. El día es soleado, brillante. En lo alto del cerro donde se levanta el Santuario, frente a las estribaciones de los montes de Galicia, el aire es transparente y los colores reverberan. Como las apagadas pamelas, los sombreros de los señores, el velo blanco de la novia. En algunas fotos, Marietta sale con los ojos achinados, por culpa de la luz. El fotógrafo parece no darse cuenta y les tiene horas y horas frente al sol. Marietta piensa que es un perfecto imbécil.

—¡Atención al pajarito!

Y hace un poco de frío. Eso también se nota en las fotos, por la forma en que algunos tienen de agarrarse, como si se acurrucaran, o de estar parados, un poco de perfil, como si no quisieran dar la cara a la sierra. Marietta observa atentamente lo que sucede a su alrededor. Pero pronto dejan de suceder cosas, al menos al alcance de su vista, y todo empieza a ocurrir dentro de su cabeza. Allí, los movimientos y los gestos se producen desconectados, sin relación unos con otros y ella misma es lo que menos se relaciona con todo lo demás. Pequeños detalles. Más adelante lo único que recordará son, precisamente, estos pequeños detalles: el olor a cera quemada dentro de la Iglesia, el sonido un poco asmático del órgano, el desgastado terciopelo del reclinatorio.

Es su padre quien la acompaña al altar. Tiene que ir tirando de ella. Con disimulo. Marietta quiere que el paseillo dure lo más posible. No tiene prisa. En el coche, cuando venían los dos solos hacia la iglesia, no ha dicho una palabra. Los dos solos. El tiempo y el lugar perfecto para una pequeña charla. Pero no. Él no ha dicho nada, se diría que ni siquiera se atrevía a mirarla.

Sentado, con su traje de ceremonia, rígido como una lechuza. Cuando el coche se detiene delante de la iglesia, Marietta no espera a que él se baje antes que ella para abrirle la puerta. Sale del coche sin su ayuda. Los invitados aplauden, los niños se acercan a saludarla y ella sonríe pero sólo piensa que su padre, a su espalda, se encuentra a mil años luz de distancia. A Marietta se le abren las carnes pensando que, que en el día de su boda, ni siquiera le ha dicho que está muy guapa.

Pero bueno, después de todo, quizá sea mejor así. De esta forma no echará nada de menos. Lo único que quiere es dejar de ser Marietta Balta y convertirse en Marietta Castro. Enseguida. Quiere perderlos de vista. Ahora sabe que sus padres no la han querido nunca, que son duros e insensibles. Esta boda es su única oportunidad. Y lo mejor de todo: les va a tocar pagar a ellos.

Al pie del altar, Bernal espera. Con Sira, su hermana, de madrina. Sigue sonriendo. Marietta cree que, esta vez, la sonrisa va dirigida a su padre. Su padre que hoy está mas serio que nunca. Por supuesto, también le sonríe a ella. La encuentra guapísima ¿verdad?. Oh sí, claro que sí. Muy guapa y deseando acabar de una vez.

—¡Aquí llega la novia!

Él también está estupendo. Luce la mar de cómodo en ese traje tan raro. Derecho y elegante como si estuviera acostumbrado a llevarlo. Su sonrisa está diciendo que la quiere y que se muere por arrancarle el velo a mordiscos. Su sonrisa dice que van a ser felices por los siglos de los siglos. Está seguro. Marietta también está segura (de momento). Tiene unas enormes ganas de reírse aunque hace esfuerzos para contenerse. Son los nervios, desde luego. La risa y una felicidad nerviosa, vacilante desbordan su garganta. Su padre, aguanta el tipo.

—Sí, quiero.

Ha nacido la nueva Marietta. Marietta Castro. Solo dieciocho años y ya está casada. Menudo alivio.

Después viene el arroz y los confetti y las carreras de los novios hacia el coche a través de los abrazos y de las palmaditas de los invitados. El

fotógrafo llega tarde y les obliga a repetir la escapada. La repiten. Dentro del coche se besan. Un beso de tornillo. El coche se detiene en el semáforo.

—¿Que pasa si nos saltamos lo que queda? dice Marietta.

—¿Qué dices?

—Que qué pasa si nos largamos y nos saltamos la cena.

—No. No, hombre, no.

—Anda, no seas tonto ¡vamos!

—Que no, vaya ¿qué dirían tus padres?.

Marietta prefiere no saberlo. Se besan de nuevo. No estaba hablando en serio.

Fotografías de Marietta y Bernal haciendo como que cortan la tarta. Ella con sus padres. Él con sus hermanos. Los dos juntos con las dos familias. Sonriendo siempre. Marietta con Sira. Bernal con Sira. ¡El gran día! besando y siendo besada por todo el mundo. De un lado para otro como un zascandil. Y de comida cosas como:

Canapés y frivolidades calientes.

Cocktail de gambas (Bernal se moría por las gambas)

Rape en salsa de almendras.

Ternera en su jugo con salsa de champiñones.

Tarta de yema y merengue de cinco pisos con muñecos de mazapán en la punta.

Alguien grita: ¡como las bodas de Camacho! y después ¡Viva los novios!. La gente aplaude con el tenedor en la mano. Rostros de color púrpura, apelotonados alrededor de las mesas, el del cura también. ¿Cómo se llama el cura? Marietta no se acuerda. Sí, Ylleras. Padre Jesús Ylleras. Un ejemplar de la fauna dominica. Encantador. Realmente encantador. Bostezos, suspiros, bocas brillantes y húmedas.

—Ay, señor.

Marietta Balta de Castro acaba de iniciar el primer día del resto de su vida.

AGUA PASADA: LUNA DE MIEL

Se van a las Palmas. Idea de Marietta, él había propuesto Mallorca pero a Marietta, no sabe por qué, Canarias le parece más exótico. Tienen una semana y ningún problema de dinero. Salen el día después de la boda: en tren hacia Madrid y, desde allí, a Los Rodeos. Sentados en silencio, el uno al lado del otro, apenas se dirigen la palabra en todo el camino. Rendidos, se miran de vez en cuando y Bernal sonríe. Después le aprieta la mano.

La noche de bodas resulta un poco insípida. Nada de salir corriendo, escapados, entre los aplausos de los invitados. Nada de colas de lata atadas al guardabarros del coche. Nada de llevar a la novia en brazos hasta la cama. No. Tradiciones americanas dijo él. Marietta está tan cansada que se queda dormida mucho antes de que él se acueste a su lado. Dice que ha olvidado las gafas en el coche y va a buscarlas. No dice que enseguida vuelve pero a ella no le hace falta: tampoco tiene tiempo de echarle de menos. Por eso la primera noche no hay sexo ni caricias. Ni siquiera besos de buenas noches. De madrugada, él se despierta con un ataque de asma. Alergia al polvo de las moquetas. Marietta se levanta y le da un vaso de agua. Después se va a dormir a un sofá.

Cuando llegan al hotel, no quiere acercarse al mostrador de recepción. Espera, un poco apartada, dándole la espalda, como si la cosa no fuera con ella. Como si estuviera acostumbrada de toda la vida a los hoteles de cinco estrellas. A estos hoteles en particular, llenos de espejos y cromados y cestos de flores secas en los rincones y fuentes de mentirijillas y cristales y alicatados y mármoles. Con fruta fresca en las habitaciones y un par de benjamines en la nevera, cortesía de la casa para los recién casados. Ya en la habitación, en lugar de abrazarse, pasean de un lado para otro y abren las ventanas y encienden las luces del cuarto baño y cuando ya no queda nada más que hacer, Marietta deshace las maletas y con cuidado, va colocando la ropa interior en los armarios: la suya en el cajón de arriba, la de Bernal, en el de abajo. Después, es la hora de la cena y bajan al comedor sin mirarse. Y cenan y hablan como si nada, como si no pensaran en lo que están pensando y no les corriera ninguna prisa y vuelven a subir, a encender todas las luces y, esta vez, a cerrar todas las ventanas, las cortinas hasta las puertas de los armarios cierran. Después él dice:

—Eres preciosa ¿lo sabías?

Y ella:

—¿Lo dices en serio?

Esa noche no duermen. Marietta está cansada y le escuece todo el cuerpo pero le da lo mismo. Le gusta esa clase de dolor. Descubre que quiere tenerle dentro el mayor tiempo posible. Quiere sentir su peso encima y abrazarle y estrujarle como si fuera una esponja. Quiere mirar su cara e impregnarse de su sudor y que a él le humedezca el suyo. Juega a subirse encima, a sujetarle los brazos para que no pueda tocarla y cuando le tiene así, enloquecido, deja caer sus pechos a la altura de sus labios y le roza, suavemente, con los pezones. Marietta alcanza a darse cuenta de lo que está haciendo pero no puede a creérselo del todo. Él le mete un dedo en el culo. Ella hace lo mismo. Le siente palpitar. Ella tiembla. Él la voltea y la toma por detrás. Ella se vuelve y con las piernas levantadas le absorbe aún más adentro. Él le lame la garganta. Ella le chupa los ojos. La habitación entera se mece en el aire. No amanecen hasta la hora de comer.

AGUA PASADA: UN AÑO DESPUÉS

Marietta se despierta muy cansada. Desde hace unas semanas no duerme bien o sí, duerme como una piedra pero no descansa. Como una piedra rota. Deja pasar el tiempo tumbada en la cama recuperando, poco a poco, partes de su cuerpo troceado. Primero los hombros, el cuello. Después los brazos y las piernas. Lo imprescindible. A menudo, vive todo el día sin saber qué se ha hecho de las otras partes, la cintura, el pecho, las caderas. Marietta ha llegado a creer que ninguno de esos espacios corporales son del todo imprescindibles para mantenerse en pie. Al menos para ella. Se incorpora lentamente y echa una mirada a la habitación. La grisura y el desorden se despliegan ante ella mortificantes y antiguos como de siglos. Tiene que hacer un esfuerzo para no dejarse caer otra vez entre las sábanas revueltas. Ha pasado un año desde su boda y nada ha cambiado. Nada fundamental. Durante el día una asistenta se encarga de resolver los pequeños problemas domésticos, la limpieza y esas cosas. Marietta hace la compra. Toma café con algunas madres que esperan a sus hijos a la salida del colegio. Mira escaparates y compra libros que luego se amontonan, sin leer, en las estanterías. De las noches mejor no hablar.

Mira el reloj. Todavía es temprano. Bernal está de guardia y la asistenta tiene el día libre. Marietta recuerda que esta mañana vendrán a instalar unos muebles en la cocina ¿a qué hora dijeron? No está segura pero se levanta por si acaso. La falta de sueño le pesa y le proporciona una lucidez artificial, una especie de excitación que resulta difícil de controlar. La suavidad del camisón de raso sobre sus pechos, la tibieza del agua en la ducha y el aroma del café le parecen, de pronto, privilegios que le pertenecen por derecho, detalles imprescindibles que necesita desesperadamente para empezar a vivir cada día. Se mira al espejo y no ha comenzado a secarse el pelo cuando suena el timbre de la puerta. Abre sin mirar. Un hombre alto, rodeado de embalajes, le tiende un papel al tiempo que repite su nombre. Sin pronunciar una palabra, Marietta se hace a un lado y le deja pasar.

Por la robustez de su cuerpo, firme y cuadrado, calcula que no tendrá más de veinte años. Un gesto de lejano cansancio suaviza sin embargo las aristas de sus hombros y en el rostro, la sombra de los pómulos, la mirada inasible bajo los huidizos párpados y las cejas, de un negro intenso, dicen que tiene más de treinta. Marietta se encoge un poco debajo del albornoz y cierra la puerta. Es entonces cuando percibe su olor: una mezcla de jabón barato y almendras tostadas. Como de almizcle blanco. Siente un temblor en las rodillas. Algo extraño, Marietta no recuerda haber experimentado antes nada parecido. Debajo de su piel, los achatados músculos se le aflojan y los pezones se yerguen desvergonzados entre los pliegues de felpa. Marietta baja la vista. Entonces los ojos de él se adhieren a los suyos con la avidez de los surcos quemados a las gotas de lluvia. Sin decir una palabra levanta una mano y le acaricia suavemente la mejilla. Este gesto de inesperada ternura deja sin aliento a Marietta. Dócil, durante unos segundos, sostiene todavía su mirada y luego, comprendiendo que debe reaccionar de alguna manera, se vuelve hacia la pared y deja caer el albornoz al suelo.

Una vez en la cama Marietta comprueba que algo, no sabe qué, le contiene y asusta todavía. Tal vez el miedo a no gustarle, a parecer desesperadamente ansiosa. Por unos instantes siente la necesidad de pensar en lo que está haciendo. Pero son unos instantes nada más. Luego se olvida.

Cuando él se incorpora, Marietta se da cuenta que ni siquiera sabe su nombre. Espera a que se duche y termine de vestirse. Después, ella también se levanta y vuelve a ponerse el albornoz. Está muy delgada y las costillas,

como de pájaro, le asenderean la piel pero tiene buenas formas y cuida con ternura de su joven cuerpo. Marietta espera de pie en medio de la habitación y cuando el otro sale del cuarto de baño le tiende una toalla. Después le acompaña a la puerta. Le hubiera gustado acariciarle, besarle una vez más. Entonces él se vuelve y dice:

—Son veinticinco.

—Veinticinco ¿qué? —pregunta Marietta desconcertada.— Veinticinco mil pesetas, por supuesto.

Algo de profesional en el timbre de su voz y, otra vez, esa mirada larga bajo los gruesos párpados, descubren a Marietta la dura realidad: aquellas veinticinco mil pesetas no tienen nada que ver con los muebles de la cocina amontonados todavía en el vestíbulo. En silencio, regresa al dormitorio y coge el dinero. Después, billete a billete, paga el servicio.

Frente a su ventana, el jardín crecido de castaños y pinsapos estalla en verdes pero para Marietta es como estar en el desierto. Detrás de las copas de los árboles, una borrosa, indiferente mancha de luz descubre la presencia del sol, mudo testigo de aquella historia ridícula.

A partir de ese día Marietta decide investigar. Abajo, en el jardín, la retama abre sus flores amarillas y al cerezo empiezan a brotarle las hojas. La atmósfera de Mayo es luminosa y cálida y la brisa que sopla de los montes trae un aroma levemente perfumado. Es hora de empezar a salir como los cucos, como los grillos, como las mariposas. Por primera vez desde que llegó de Puerto Rico, Marietta se siente un poco pájaro. Se sacude las plumas de las alas y asoma el pico por encima del nido. Lleva las uñas muy bien cuidadas y los huesos de sus patas son ligeros y fuertes. Puede volar por su cuenta y de hecho, así lo hace. Con discreción al principio y luego un poco más a lo loco, inicia su carrera de malcasada como quien trata de dar fin a un programa de estudios: con curiosidad pero sin demasiado entusiasmo ¿por qué habría de tenerlo? ellos, piensa, no merecen la pena. A veces, por las noches, tarda mucho en quedarse dormida. Suele despertar, bañada en sudor, al cabo de unas horas. ¿Pesadillas? En sueños vuelve a estar con el tipo de los muebles. Hacen el amor a obscuras en medio de la plaza. Entonces, justo antes del momento cumbre, ella descubre que su marido la está mirando; mira desde

una ventana colgada del aire antes de encender la luz. Entonces, al resplandor de todas las farolas, Marietta le ve llorar y no puede soportarlo. Se arranca de aquel cuerpo desnudo con un dolor terrible. El hombre desaparece, su marido desaparece y ella se queda sola, de nuevo a obscuras, en medio de la nada.

La depresión la coge por sorpresa. Al principio se encapricha con los tintes. Se cambia de color de pelo casi todas las semanas. Después le da por caminar. Dice que le viene bien para los nervios. Se pasa el día en la calle con la vista perdida en las alturas, contemplando los balcones de las casas como si fueran cariátides. Al volver, se deja caer en un sillón y la emprende con la enciclopedia Espasa. Cada día un tomo: horas y horas encerrada hasta que regresa su marido.

No hace mucho que han empezado las obras: están intentado construir un aparcamiento delante de su casa. Parking. Aparcadero. Subterráneo de coches ¡Oh, cállate ya! y el ruido de las máquinas excavadoras es sólo uno más de los ciento y pico inconvenientes que supone tener por vecinos a las cuadrillas del Ayuntamiento. Todos los días, al salir de casa, Marietta intenta cruzar aquel baldío sin mancharse los zapatos ni salpicarse las medias, pero no lo consigue. Todas las tardes, al volver a casa, procura pasar desapercibida para que estos esforzados proletarios —dedicados mayormente a cambiar los cascotes de sitio— no se percaten de su presencia y no griten, ni silben, ni hagan comentarios estomagantes sobre su apariencia. Pero tampoco lo consigue. Y no puede acostumbrarse.

—¿Dónde has estado? —Bernal al teléfono— he sido incapaz de localizarte durante todo el día.

Su marido lleva una semana en Cannes, en una especie de Congreso Internacional sobre Cirugía Endoscópica y Marietta, como de costumbre, se queda en casa y sigue con sus paseos por Ordoño, su manicura, las compras en Guillermina. Bernal, por supuesto, está perfectamente al corriente de su horario, pero por alguna razón desconocida, le gusta que Marietta se lo repita.

—¿Qué dónde he estado? —ya lo sabes, por ahí. He ido a ver una exposición de fotografías.

—Te echo de menos —dice él entonces— me gustaría tenerte aquí ahora mismo.

Marietta se fija mucho en los matices. Bernal nunca dice que le gustaría volver a casa enseguida, ni tampoco "quisiera estar contigo ahora mismo" sino "me gustaría tenerte ahora mismo" lo que implica, según Marietta, que una vez que "la hubiese tenido" podía muy bien prescindir de "tenerla" hasta la vez siguiente.

—HUMMM —contesta Marietta para salir del paso. (Empieza a dolerle otra vez la cabeza). ¿Qué estará haciendo ahora su amigo? Quizá pueda llamarle—él vive solo— y pedirle que le dé unos masajes en las sienes y en el cuello con sus fuertes manos. Fuertes y húmedas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Marietta mientras mira la hora.

—No sé, estoy muy cansado, quizá me vaya pronto a la cama.

—¿Solo o acompañado? (Marietta suele hacer siempre el mismo chiste, sabe que a él le gusta).

—Cualquier día te pego un susto, por tonta.

—Ni se te ocurra —y piensa otra vez en su amigo, en su desesperado, resignado amor que ella utiliza sin escrúpulos. En cuanto cuelgue el teléfono, intentará localizarle.

—Tontita, ya sabes que es una broma. No quedan más que siete días y te prometo que la próxima vez vendrás conmigo ¿de acuerdo?.

La próxima vez. O.K. No se acuerda ya de las veces que ha tenido que oír la misma bobada. Ni se acuerda, ni quiere acordarse y además, a esas alturas, le da un poco lo mismo.

Su amigo es otra cosa. Nada del otro mundo, desde luego, pero por lo menos, otra cosa. A diferencia de su marido —corpulento, un poco pesado— él pertenece al tipo asténico—místico. Alto, delgado, de inmensos y acuosos ojos azules, acostumbra a mirarla incrédulo cuando le gasta alguna broma. Como por ejemplo cuando dice "lo siento, cariño, creo que lo nuestro no puede continuar".Entonces, él vuelve enseguida la cabeza para ocultar los enormes lagrimones que se descuelgan a lo largo (y nunca mejor dicho) de sus mejillas.

Además, Marietta está preocupada seriamente por su salud. Bernal, su marido, puede permitirse todo tipo de lujos gastronómicos cuando no

almuerza en casa ("como en casa, en ningún parte" dice). Pero su amigo, sin casa y sin dinero (le conoció en la cola de un cine) no tiene las cosas tan fáciles. Su menú consiste, normalmente, en bocadillos y tortillas de patatas o bien en el plato del día de algún restaurante económico, de esos que utilizan la típica grasa apestosa que se incrusta en las arterias y no deja circular la sangre.

—Me has prometido lo mismo cientos de veces, no sé por qué voy a creerte ahora.

—Esta vez va en serio, cariño, la próxima vez, ¡te lo juro!.

Con lo que da a entender que las otras veces —Marietta no recuerda ni cuantas — le ha estado tomando el pelo.

—Y ahora tengo que dejarte. Me esperan. Te llamaré mañana.

Al oír el click, Marietta cae en la cuenta que una vez más se ha olvidado. Se ha olvidado preguntar quién le espera.

En la plaza una mujer da de comer a las palomas. Tiene los labios furiosamente pintados de malva, el pelo caoba y una abultada espetera sostenida, a duras penas, por un apretado cinturón rojo. La falda, muy corta, deja ver, por encima de las botas, unas rodillas agrietadas. De un bolso de plástico, Marietta la ve sacar algunos trozos de pan duro cuidadosamente cortados en cubitos. Uno de esos puñados, aterriza de lleno encima del periódico que Marietta está leyendo.

—¡Para que comas también tú, cordera!

Y después de sacudirse las migas, la buena mujer se aleja de allí sin dar más explicaciones. Marietta se la queda mirando y cuando la pierde de vista intenta seguir leyendo pero ya no puede. ¡Por dios! ¿qué estaba haciendo allí, en aquel banco, a esas horas de la tarde? De vuelta a casa, atraviesa de puntillas los cascotes y hace como que no oye las ordinarieces de costumbre.

De su amigo, lo que más aprecia es lo que tiene de acogedor. Es como si le hubiese conocido de toda la vida. Al menos, esa fue la impresión que tuvo el primer día, cuando le vio. Suele mirarla desde lo alto de sus casi dos metros y se inclina para cubrirla de besos. Besos húmedos y deslizantes que, si se descuida, dejan moratones en su cuello y marcas de saliva en las mejillas,

pegajosas como las huellas de un caracol. Nada que ver con su marido, desde luego. Su amigo hace el amor entre murmullos y suspiros y cuando termina, se queda como muerto encima de ella. Un rato enorme hasta que se da cuenta que está a punto de asfixiarla y pide disculpas "Cariño, yo no quería... " y ella entonces le tranquiliza y no le deja hablar porque sabe lo que va a decir. Lo sabe incluso mucho antes de que empiece a pensarlo y "bésame" pide también y entonces ella cierra los ojos y le besa.

Y sin embargo, cada vez con más frecuencia, aparece el fantasma del Tercer Hombre. Este misterioso número Tres viene a ser una mezcla perfeccionada de las mejores cualidades del número Uno y del número Dos. Y es él, Marietta está convencida, a quién ella quiere de verdad. Un marido indiferente y lejano. Un amante dependiente y aniñado. Demasiado dependiente, demasiado aniñado. A veces siente ganas de darle un manotazo, por cargante. Pero el número Tres, es diferente. Honesto y apasionado, mejor que cualquier otro. Y, desde luego, mejor que esa pareja: el uno siempre marchándose, el otro siempre volviendo. No. El número Tres es especial y tiene la costumbre de presentarse siempre que Marietta bebe una copa de más. En esas ocasiones, una Marietta jadeante, suspira con los ojos cerrados y exclama desfallecida "te deseo, cómo te deseo" y luego abre los ojos y vuelve a servirse un vaso.

Esta noche se despide de su marido con el consabido "te quiero". Desde el otro lado del teléfono, llega el "y yo también" de costumbre. Marietta oye un suspiro a lo lejos "aunque supongo que no podemos hacer nada al respecto". Le encantan este tipo de bromas, pequeñas procacidades, pequeños sobreentendidos acerca del tamaño y la forma. Cosas por el estilo.

—Te quiero —vuelve a repetir su amigo minutos más tarde.

Una pequeña romántica. Exactamente. Y es que todavía no ha encontrado mejor justificación para un buen polvo. Marietta tiene el corazón en carne viva y la cabeza a punto de estallar. Y lo peor del caso es que a veces siente que "está obligada" a hacerlo, a decir "te quiero" por riguroso turno, a tenerles a los dos contentos. Marietta se echa de menos a sí misma de una forma extraña, como si su alma hubiera extraviado la dirección y no consiguiese encontrar el camino de vuelta.

—Si, te quiero —repite como un eco el número Dos al tiempo que deja caer los párpados y la voz se le rompe al final con un chasquido.

Marietta se da mechas, esta vez rubio claro. Va a la zapatería y se compra unos zancos espectaculares en forma de sandalias. En el herbolario pide un compuesto vitamínico a base de cenizas. Después vuelve a la peluquería y se corta el pelo a lo chico. Su amigo ni se da cuenta." ¿De verdad que me quieres?" vuelve a preguntar nada más verla. Él es así, no le interesa otra cosa. Marietta empieza a sospechar que ni siquiera ella misma le importa mucho. Espejito, espejito lindo ¿quién me quiere más que nadie?. Una piel, una voz, un reflejo de su propio amor, eso es lo único que el número Dos anda buscando.

La misma mujer en la misma plaza. Ahora lleva los labios pintados de verde reineta y los pelos casi perpendiculares a fuerza de laca y cardados. Marietta se pone en guardia nada más verla. Sobre todo cuando la ve acercarse con su bolso lleno de migas en la mano.

—Ni se le ocurra.

—Ay, cordera, ¡no te pongas así! yo sólo estaba mirando.

Y se da media vuelta. Marietta la ve alejarse balanceándose sobre los gastados tacones de sus botas. Luego se pone de pie, aprieta el culo y aguanta la respiración. Alguien le ha dicho que es una buena manera de relajarse, sobre todo en los últimos tiempos, cuando parece que todo el mundo se cree en el derecho de meterse con ella: la vieja, los de las cuadrillas del Ayuntamiento...

De vuelta a casa, abre la nevera y se come un plátano. Luego calienta la sopa y también se la come. Después se sienta en una mecedora al lado de la ventana y se queda horas mirando sin ver nada. Cuando se levanta, ya sabe lo que tiene que hacer. Se va de viaje. Le da lo mismo que su marido regrese mientras ella está fuera. No tiene disculpas, sino ganas. Se va, eso es todo.

—Temo que esto va a durar unos días más de lo que tenía previsto.

—¿Ah, sí? Pues mira que bien.

Silencio. Se oye de nuevo la voz de su marido.

—No sé, te encuentro rara ¿ocurre algo?

—¿Rara?. No rara, no, un poco harta tal vez. Por cierto, yo también me voy unos días.

Marietta tiene un montón de explicaciones preparadas pero al final decide no dar ninguna. Se va porque sí. Punto.

—¿Que te vas, a dónde?.

—Todavía no lo tengo pensado, ya te lo diré cuando vuelvas.

—¿Cuando vuelvas? pero querida, ¿es que no piensas llamarme hasta entonces?.

Bernal no utiliza el "querida" sino en contadas ocasiones y, siempre que lo hace, Marietta tiene la impresión de recibir un golpe en la cabeza, como si le hubieran tirado un adoquín. Solo dice "querida" cuando está a punto de cagarse en sus muertos.

—Oh, sí, seguro que sí. No te preocupes.

Pero no da la dirección ni el número de teléfono. Quedan en que llamará ella primero. Él le envía un escueto beso telefónico. Ella responde con otro.

A su amigo le dice simplemente que se va. El número Dos no hace preguntas. La abraza y la aprieta contra su cuerpo durante mucho tiempo. Luego suplica que le permita acompañarla. Pero Marietta no escucha. En realidad no lo necesita: con los oídos tapados hubiera sido capaz de repetir una a una sus palabras, uno a uno todos sus argumentos. Apoya las dos manos en su pecho e intenta separarse de él poco a poco, sin hacer fuerza y como deslizándose. Teme, si no, que se le ponga de rodillas delante de todo el mundo.

—Lo siento. No es posible.

Pero no da ninguna razón. ¿A él que le importa? ¿por qué tiene ella que dar explicaciones?.

Es consciente, sin embargo, que debe respetar algunos ritos: mirarle dulcemente, acariciarle la mejilla. Esta vez, sin embargo, es él quien se aleja. Se acerca a la ventana y apoya la frente en el cristal como si de repente la cabeza se le hubiera vuelto tan pesada que necesitase ayuda para sostenerla.

Llega a Madrid en el Talgo de las nueve y media y va directamente al hotel. Marietta odia la noche de las grandes ciudades. Cuando se encienden las farolas y su luz amarilla disuelve en sombras los contornos de los edificios, se siente invadida por una extraña desesperación. Una mezcla de miedo e inseguridad. Percibe, entonces, a todo bicho viviente como ejemplares de una especie única en vías de extinción. Definitivamente solos. Piensa, además, que la obscuridad convierte toda esta soledad en algo definitivo. Y no sólo: también el miedo, el cansancio, la ansiedad se vuelven definitivos para ella. Al menos hasta que amanece.

Por la mañana, coge el avión de la Air Lingus y cuando llega descubre que Dublín es Dublín y es verde. Tambien húmedo y lluvioso. Al día siguiente compra un paraguas miniatura que va a doblarse a favor del viento en la primera esquina. Sin ninguna pena, lo tira a una papelera de Grafton Street. Después, para no mojarse, entra en Bewley's, una especie de ultramarinos-self-service un poco decadente y con olor a café tostado. Busca una mesa apartada y se sienta a escribir postales. La de su marido dice que le echa de menos. La de su amigo, dice lo mismo. Añade aquí la fecha y hora exacta del avión de vuelta con la esperanza de que el número Dos vaya a esperarla al aeropuerto.

En busca de un buzón de correos pasa por delante del Trinity College y decide entrar. De vez en cuando, le gusta disciplinarse a si misma con un chute de envidia. Todos aquellos estudiantes, aquellas bicicletas entrelazadas en un ballet metálico y casi sonoro, todo aquel verde a su alrededor tiene sobre ella (Marietta lo sabe) efectos aberrantes: se ve convertida en un monstruo antediluviana, un organismo a extinguir. Cierra los ojos. El césped está lleno de parejas que retozan aprovechando el buen sol. Parece que fueran a hacerlo allí mismo.

En el avión de vuelta se queda dormida. Sueña que su marido regresa de su viaje antes de tiempo. De alguna manera, consigue enterarse de la hora de su llegada y decide ir a esperarla. En el aeropuerto, se encuentra con el número Dos y aunque no se conocen, se hacen amigos. Después de recoger el equipaje, Marietta se encuentra con ambos y, como la cosa más natural del mundo, los besa, los abraza y se dirigen los tres a casa. En el sueño no se ve muy bien a si misma, no puede encontrar su rostro en aquella imagen que sin embargo, corresponde a la suya. Se siente molesta. O no. Más que molesta,

enfadada sin saber por qué. Cuando despierta se entretiene un rato en buscar alguna razón para este cabreo. No tarda en encontrarla: le hierve la sangre al pensar que esos dos tipos pudieran llegar a ser amigos. Lo intenta pero no consigue tranquilizarse. E intranquila sigue después de recoger el equipaje y más aún, a la salida cuando, después de echar un vistazo a su alrededor, comprueba que nadie, es decir, absolutamente nadie, ha venido a buscarla.

Es cierto, a Marietta no le gustan los imprevistos. Aunque es posible que no se trate en absoluto de un imprevisto sino de un retraso. Marietta desea creerlo, pero no sabe cómo. Intenta disimular su nerviosismo sin saber qué le conviene hacer y sin muchos deseos de adivinarlo. De pronto oye su nombre. Levanta la vista y allí estaban: su sufrido amigo y su no menos sufrida sonrisa de bienvenida.

—Hola.

Y su voz deja traslucir (involuntariamente) ese sentimiento mezcla de gratitud y hastío que le produce casi siempre el chico número Dos. Después se besan, primero en las mejillas y a continuación en los labios, un beso lento, largo y completamente inofensivo que consigue animarle momentáneamente.

—Te llevo la maleta, dame.

Y Marietta se la da. Recorren abrazados los pocos metros que le separan de la salida. Al llegar a la puerta, Marietta hace un gesto fingiendo sorpresa al tiempo que dice "espera...creo que..." dando a entender que le parece haber visto a alguien conocido y que conviene soltarse. Él tampoco dice nada cuando, después de comprobar la falsa alarma, siguen andando el uno al lado del otro sin tocarse. A Marietta esa resignación suya le pone los nervios de punta. Es como un perro apaleado, piensa, ni siquiera enseña los dientes.

Este es un pensamiento indigno, Marietta.

En el taxi, apenas hablan. Se miran (sobre todo él) y se aprietan la mano en intervalos aproximados de dos semáforos. Pero siguen sin decir nada. Por la ventanilla, ven pasar los coches, esos que forman con el suyo un compacto río de escarabajos camino del túnel, ese dichoso túnel donde por fin se detendrán todos atascados, incapaces de dar un paso más y dónde, casi a obscuras, rodeados de hormigón y tufo, se verán obligados a esperar la venia verde antes de seguir adelante.

—El tren sale a las tres y media ¿quieres que tomemos algo antes?

Marietta no ha caído en lo del tren. Su amigo no tiene coche. Nunca lo ha tenido, ni siquiera sabe conducir. "Cuestión de principios" dice. Marietta sospecha, es decir, está segura, que va sin blanca y que lo de los principios lo dice por amor propio, por vergüenza torera o a saber dios por qué. La cuestión es que ahora le toca a ella pagar la comida y el viaje de vuelta, que bastante ha hecho él con ir a buscarla.

Chamartín o la Corte de los Milagros: emigrantes, jóvenes turistas con la mochila a la espalda, durmientes derrumbados, húmedos adioses y sonoras bienvenidas. Alguien le tira de la manga. Marietta da un respingo. Un hombre de gesto cansado y con un abrigo viejo que le llega hasta los pies, le muestra la palma de una mano obscurecida y llena de grietas. Antes de que ella pueda reaccionar, el chico número Dos se vacía los bolsillos y le entrega todo el dinero que lleva encima. Unas dos mil pesetas según confesaría más tarde.

Marietta sonríe y se pregunta qué puede hacer. Va llegando la hora en que también ella se verá obligada a dar algo. Algún día tendrá que decir "amo" como quien dice "creo" transformando la pasión en una profesión de fe, en una elección. No tiene ganas de hablar. El paseo en taxi ha agotado el tema del viaje, la descripción de Dublín, las penas de la ausencia y lo poco que, en realidad, se disfruta viajando solo, etcétera.

De repente, se siente muy cansada. Él insiste en pasear su mano, grande como una raqueta de tenis, por su espalda. Marietta siente escalofríos. Ganas de escapar. Su amigo parece intuirlo y en un desesperado intento por conservarla, la estrecha más y más de manera que, sumergida bajo su brazo, ella puede apenas caminar porque tropieza a cada paso con su cadera. Cuando por fin llegan a casa, Marietta le da amablemente las gracias pero no le invita a subir.

—¿No quieres que te ayude con la maleta? —y enseguida parece arrepentirse de haberlo dicho porque da un corto paso hacia atrás, alejándose de ella.

Marietta sabe la respuesta que va a dar a esta pregunta desde antes de aterrizar.

—Lo siento, cariño, pero estoy muy cansada —y después— ¿Por qué no llamas más tarde?.

—Si, bueno, quizá un poco más tarde. Hasta luego entonces.

Impaciente y aburrida. Sus sentimientos se alejan cada vez más del número Dos y esto le hace sentir remordimientos. Lo ha estado utilizando. Pero ya es mayorcito ¿no? Marietta cree que, por lo menos, debería saber lo que se hace. Vuelve la cabeza y le ve alejarse arrastrando los pies: en el talón del zapato izquierdo lleva pegada una etiqueta de la Air Lingus.

No ha hecho más que soltar la maleta cuando oye sonar el teléfono.

—¿Cómo te ha ido? ¿Cuando has llegado? ¿Va todo bien?.

—Vamos, decídete, no puedo contestar todo a la vez.

Silencio y, de nuevo, la voz de su marido.

—¿Qué ocurre? ¿pasa algo?.

Marietta traga un poco de saliva. ¿Qué ocurre? pues lo de siempre: cuando una historia se termina, se abre un foso tan grande como la garganta del Cares: es la antesala neolítica del odio que viene. A este foso van a parar todas las buenas intenciones.

—No, no, nada ¿por qué?.

—Te noto rara. ¿Cuando has llegado?.

—Acabo de entrar. Y tú ¿dónde estás? esperaba encontrarte en casa...

—Lo siento, llego mañana.

—Ya, supongo que mañana volverás a decir lo mismo. ¡Llevas un mes repitiéndote!.

Suspiro de resignación en tono menor.

—Sabes perfectamente que no puedo elegir.

—Sí, y eso es lo raro: te pasas la vida presumiendo de que, en el fondo, haces siempre lo que te da la gana.

Más silencio. Un silencio enorme de largo. Como si alguien hubiese cortado la línea. Marietta se tumba en la cama.

—¿Muchas novedades? en el Congreso, digo...

—¡Bah! no muchas, ya sabes como es esto.

No, ella no sabe.

—Y tú ¿qué has hecho?.

Marietta se inventa una historia.

Se mete en el agua y en silencio maldice, una vez más, el tamaño de la bañera que le obliga a sacar los pies por encima del borde si quiere que el agua le tape hasta el cuello. Cierra los ojos y cuando oye sonar el teléfono, no se molesta en descolgar. A lo largo de esa misma noche, volverá a sonar, por lo menos, una docena de veces. La última a las cinco de la mañana. Al mediodía, el número Dos vuelve a llamar.

—Estabas en casa ¿verdad?

Marietta no se molesta en mentir.

—Sí, claro.

—No querías verme ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Por qué? ¿es que ha vuelto tu marido?

Marietta reflexiona un instante.

—Pues no, no exactamente.

—¿Qué quieres decir?

Le tiembla la voz. Marietta puede verle sudar a través del hilo.

—Quiero decir que estaba con otra persona. Que he dormido con otra persona.

—¡Dios!

Le oye jadear. Como si le faltara el aire. Después un sollozo. O una maldición. Marietta es incapaz de distinguirlo. Un click final, casi inaudible. Después nada.

En el parque, un hombre de unos cuarenta años se ha subido a un banco. Habla de la solidaridad universal, de los camaradas, del trabajo. Marietta se

detiene un instante y diagnostica: *Mala digestión. Mala digestión de efectos retardados. Seguro que ese tipo acabó creyéndose todo lo que leía cuando era joven. ¡Lástima! así terminan todos: subidos en un banco del parque, dando gritos para desahogarse. En unos minutos, llegarán los grises.* Después, busca su banco de siempre y se sienta a leer el periódico.

No han pasado ni cinco minutos cuando aparece la mujer de las palomas. Marietta levanta la vista.

—Haga usted el favor de no tirarme las migas encima. Dios mío, resulta patético. Mi vida reducida a esto, ¡a pedir que no me tiren migas encima!

—No manchan —gruñe la mujer.

—Ya, pero aunque no manchen. Prefiero que tire usted las migas hacia otro lado.

—Bueno, pues vale.

Y se sienta en el borde del banco.

Marietta ojea el periódico de atrás hacia adelante como suele cuando tiene algo de prisa. Con el rabillo del ojo vigila los movimientos de la mujer quien, a su vez, no aparta la vista de ella.

—¿Qué está usted mirando?.

—¿Y a usted qué le importa?

—Me importa porque me mira a mí y resulta molesto.

—Y si sabe lo que miro ¿para qué me lo pregunta?

Marietta se niega a entrar al trapo y decide cambiar de tercio. Amablemente pregunta.

—¿Espera usted a alguien?.

—Sí. A mi novio. Hoy es sábado ¿sabe usted? —y frunciendo un poco los labios deja escapar unos chasquidos como besitos, al tiempo que cruzando los brazos sobre el pecho, hace como si se abrazase a sí misma.

Intenta seguir leyendo. Las sombras protegen el rostro de la superviviente. A Marietta le hubiera gustado conocer su historia pero, al mismo tiempo, no hay nada en el mundo que le de más pereza que hacer preguntas.

Esa noche sueña con el Tercer Hombre. Aparece desnudo y con la cabeza cortada entre las piernas. Ya no conserva ninguno de los rasgos de su marido y los pocos que tenía de su amigo, han desaparecido por completo. Intenta acercarse pero después de andar mucho, la distancia que les separa sigue siendo la misma. En un último esfuerzo pega un tremendo salto y se ve a si misma volando por los aires. Aterriza a medio metro. Cuando alarga la mano para tocarlo, su cuerpo se desmorona en pedazos. Como una torre de fichas de dominó. A sus pies, Marietta descubre un montón de migas de pan y dos ojos, sin párpados, que oscilan levemente de un lado para otro.

A la mañana siguiente, alguien llama para decir que su amigo ha muerto en un desgraciado accidente. Marietta no se lo cree ¿qué clase de accidente? ¿Acaso tenía coche y ella no lo sabía? ¿Dónde ha sido? ¿Cómo? ¿Por qué?.

Pero en el fondo, es como si su muerte no tuviera mucho que ver con ella. Antes o después regresará al parque, volverá a ver a la mujer y a los viejos de venillas malvas que gastan sus días entre los bancos y volverá a comprar el periódico para leerlo de atrás adelante. Después, cara al verano, madrugará y saldrá a correr un poco para ponerse en forma y quién sabe, tal vez hasta podría comprarse un perro. Toda la vida ha tenido ganas de un perro. *Querido, voy a sacar a mear al perro* ¿qué mejor excusa para salir de casa cuando le dé la gana?. También podría buscar alguna clase de algo, nada serio por supuesto, sólo para matar un poco el tiempo y conocer caras nuevas, salir, en fin. De momento, lo más urgente era quitarse la depresión de encima, encontrar el camino de regreso. Luego ya vería, a lo mejor todavía podía hacerse algo.

Como por ejemplo, ir a buscar a su marido al aeropuerto.

6. EL COTO DE LAS LÁGRIMAS

ONCE

Al lado derecho de la mesa de su habitación, Marietta había instalado su máquina de escribir portátil. Era una Olimpia Traveller que, como su nombre indica, viajaba con ella a todas partes. La máquina estaba protegida por un caparazón de color blanco grisáceo, ya muy rayado, y tenía una esquina rota. Para evitar que la grieta se ensanchase, su marido había colocado una pieza metálica en forma de ángulo sujeta a la cubierta en cada extremo por una especie de corchete. La solución era bastante simple pero ahora, al abrirla o cerrarla (sobre todo al abrirla), la presión de la tapa era tan grande que Marietta se veía obligada a utilizar un destornillador a modo de palanca para lograr desencajarla. Hoy, a falta de una herramienta, Marietta utilizó el cepillo de dientes y solo después de grandes esfuerzos, consiguió sus propósitos. A continuación, se sentó a escribir.

CARTA AL SR. DON BERNAL CASTRO. C/ ORDOÑO II, Nº 30. LEÓN. ESPAÑA

Querido Bernal,

En cuanto a por qué he tardado tanto en dar señales de vida he de reconocer que solo hay un motivo: no encuentro palabras para decir lo que tengo que decir aunque me he esforzado en buscarlas lo que no está escrito. Además, y lo que es peor, no solo me faltan las palabras sino también, razones definitivamente claras, al menos, desde el punto de vista de una estricta lógica.

Supongo que habrás adivinado de lo que se trata: no quiero seguir viviendo contigo. Como sabes, la decisión de casarnos ni siquiera fue mía del todo y creo que éste ha sido, entre otros, el principal motivo de mi desasosiego a lo largo de estos años: sigo sin aceptar la idea del compromiso que adquirieron por mí en su día. Siento que, de alguna manera, me privaron de la posibilidad de elegir. Sí, ya sé que yo no me negué, pero tampoco tuve mucho que decir ¿no crees? Me he preguntado siempre qué hubiera hecho Marietta de haber conocido a Bernal en otras circunstancias. No estoy segura de la respuesta.

Y necesito encontrar alguna: saber por qué estoy donde estoy. Saber que lo poco que poseo es realmente mío ¡es tan poco!. Si fuera capaz de ceñirme a esta certeza, empezaría a sentirme un poco más segura.

Ahora, en realidad, no estoy segura de nada. Sé que a estas alturas, debería de haber resuelto, al menos, este dilema. Hasta donde soy capaz, lo he intentado y lo seguiré intentando toda mi vida. (Ahora que vuelvo a leer lo que acabo de escribir, me pregunto si esta intención mía no será un poco pretenciosa). La cierto es que, hoy por hoy, no lo he conseguido. La estabilidad y la calma todavía se me escapan. Sigo metida hasta el cuello en todas las contradicciones habidas y por haber. De momento, esto es lo único que sé: quiero resolverlas (algunas por lo menos) y tengo que hacerlo yo sola. Tengo la impresión que en algún lugar del camino he debido perderme a mi misma y por más vueltas que le doy, no consigo encontrarme. Al principio, oía mi voz a lo lejos y gracias a ella podía orientarme pero hace tiempo que ni siquiera soy capaz de distinguirla entre la multitud de ruidos que me ensordecen. Estoy segura de que si no lo intento ahora, no lo conseguiré nunca.

A través de la Universidad, buscaré algún trabajo para poder quedarme aquí, al menos, hasta final de curso. Te enviaré la nueva dirección tan pronto como la sepa. De momento, seguiré en el hotel hasta la semana que viene .

Un abrazo

Marietta

Apartó la máquina de escribir, cogió un sobre y un bolígrafo y escribió la dirección a mano. Después, pegó la lengüeta con saliva y se quedó un rato allí sentada, contemplando la dirección de su casa, como si no fuera suya. Como si no lo hubiera sido nunca.

Bueno, ya está, no puedo quejarme, no ha sido tan difícil. Ahora a esperar. Supongo que hubiera podido ser peor: sin posibilidad de encontrar trabajo, sin un poco de dinero o cargada de hijos. Pero no, aquí estoy, en un buen hotel sin otra obligación que cuidar de mi misma ¿que puede ocurrir? la seguridad no es tan importante ¿o sí? No sé, en fin, lo que está claro es que ya no tengo miedo a perderla....

AGUA PASADA: DAGUERROTIPO

Marietta a los veintitrés, vestida con una camisa de cuadros de manga corta y unos pantalones vaqueros cubiertos con unas calzas de hule verde que le llegan a la cintura. Tiene también el pelo bastante largo, recogido en una cola de caballo y sonríe, un poco tristemente, desde un promontorio a orillas del río Cares. A primera vista, no se ve nada más: una mujer joven, de aspecto deportivo (lleva también una caña) que parece disfrutar de un soleado día de pesca.

Marietta se imagina al salmón como un rey vikingo surgido de las brumas del Atlántico Norte. Como aquellos legendarios aventureros, llegaría a los ríos cántabros o astures. Un guerrero plateado lleno de la energía acumulada en el fondo del océano. A Marietta le gustaría saber por qué. Por qué este salmón, el que acaba de pescar Bernal, vuelve precisamente a este río y después de ascender contracorriente venciendo rápidos y saltos de agua, se deja pescar en el fondo de los pozos que fueron su cuna. O al pie de las cascadas. O en las proximidades de las rocas. Tanto esfuerzo inútil. ¿No es un lástima? Sí, una lástima y también una perfecta injusticia porque él pobre animal no puede hacer otra cosa. No tiene otra opción. Marietta no comparte en absoluto la enorme satisfacción de su marido al verse dueña de un hermoso ejemplar que ni siquiera ha tenido tiempo de procrear. Todavía luce una hermosa librea plateada y aunque es un macho adulto, no debe ser muy viejo porque carece de esa mandíbula inferior en forma de gancho que les da un aspecto tan fiero. Marietta acaricia con un dedo su sedoso vientre. Acaba de enterarse que, desde que entra en el río para reproducirse, el salmón, no come nada o casi nada debido a que la inflamación de sus órganos sexuales, le obstruye el esófago y le impide tragar. A Marietta semejante descubrimiento le parece morboso, un rasgo de la naturaleza ¿cómo diría? ¿un poco sádico, quizá?. Bernal ríe y dice que la Naturaleza no es sádica ni deja de serlo: se limita a ser, simplemente. Marietta pregunta si, entre los seres humanos, la cosa funciona de la misma manera y el amor no es sino una disculpa, un sofisticado invento diseñado para obligarles, a remontar el río. Bernal dice que bueno, que es posible, pero que ahora no es el momento de discutir esos temas, que se suba a ese pequeño alto que la va a sacar una foto y que si quiere coger al pez por la cola como si lo hubiera pescado ella. Marietta dice

que no, que le da grima solo pensarlo y se agarra a la caña por hacer algo. Decide no volver.

De regreso a casa, sigue dando vueltas al tema de los salmones y se pregunta por qué los animales lo tienen todo tan claro mientras que las personas, supuestamente más inteligentes, se debaten siempre en un mar de dudas. *El salmón encuentra desde lejos la pista olorosa de su río materno y una vez localizada la sigue sin vacilar y sin que le importe lo más mínimo la cantidad de peligros que ha de arrostrar. Conocen su destino, saben de forma instintiva a que han venido a este mundo y eso, por desgracia, es mucho más de lo que se puede decir de casi nadie. Estoy segura que si yo fuera salmón, sería un salmón muy tonto: ni siquiera sabría a dónde volver... suponiendo que aceptara*.

Marietta cree con toda sinceridad en lo que dice. No es cuestión de pose. Es solo que, de verdad, no tiene más que dudas.

Después de conservarlo dos días en la nevera, Bernal decide regalar el salmón porque Marietta se niega a cocinarlo.

A partir de los veintitrés o veinticuatro, es decir, aproximadamente seis años después de su boda, los recuerdos de Marietta empiezan a desdibujarse. Ni siquiera las fotografías le ayudan a fijar en su memoria los pequeños acontecimientos por los que ha ido pasando. Se parecen demasiado unos a otros. La rutina y una cierta resignación se han instalado en su vida. A Marietta le va comiendo la pereza. Vive el día a día sin pensar y las estaciones pasan por ella, a través de ella, como crecidas de un río temprano y sin fuerza suficiente para empujarla de nuevo al océano. Aguas estancadas. Mareas sin luna.

AGUA PASADA: EMPIEZA EL CURSO

Marietta descubre que le sobra tiempo. Entre café y café, por las mañanas y hasta las ocho de la tarde, hora en que Bernal regresa, todos los días, después de terminar la consulta. Ya se ha leído la colección de premios Novel que su marido atesora con mimo en una estantería de su despacho. Ha acabado con Sinuhe el Egipcio, Cuerpos y Almas y el Decamerón. Por leer, ha leído hasta el Kempis y parte de la Biblia (El Cantar de los Cantares y los

Proverbios) y una selección de fragmentos de obras maestras recogidos en el Universitas, la enciclopedia de la familia. Cosas de Goethe, Shakespeare, Marco Aurelio y Milton ("¿El conocimiento puede ser pecado?"). También ha encontrado algo de un tal Northrop Frye (Anatomía de la Crítica) que le ha parecido muy interesante aunque no esté muy de acuerdo con algunas cosas, por ejemplo cuando afirma que a menudo el escritor manifiesta una ingenuidad que en ocasiones le invalida para casi cualquier otra cosa que no sea escribir. (¿No son los escritores hombres cultos y sabidos, una especie de profetas acostumbrados a inventar el futuro y a prever las consecuencias del presente? pues entonces ¿cómo no van a ser capaces de vivir si llevan esa ventaja a todos los demás?). Marietta, aunque no es escritora, es un poco literata pero ella no lo sabe. Todavía.

Un día a principios de Junio, paseando por la calle, le llama la atención un rótulo de "Biblioteca Pública" y a falta de algo mejor que hacer, sigue la flecha. El camino acaba frente a un edificio de ladrillos, tipo bunker, con barrotes en las ventanas. Empuja las puertas oscilantes y sube por la escalera hasta la silenciosa capilla polvorienta. Clavada en la felpa verde del tablero de anuncios, con una diminuta cursiva subrayada, hay una nota: *Taller de Literatura: Ideario*.

Son muchas las personas que se enfrentan al hecho vital de no saber qué hacer con la carga artística que portan. Admitiendo en ellos su existencia, tienen conciencia (al mismo tiempo) de que el potencial artístico al que nos referimos, no tiene la suficiente calidad como para desembocar en una obra trascendente y viven esa tensión sin poder recurrir a nadie que alivie o encauce su pasión.

La idea central de este Taller, conduce, por tanto, a lograr la cristalización de esa capacidad, hacerlo efectivo, concreto, evaluándolo en su intensidad y claridad, ofertando un espacio donde pueda ser compartido con otros iguales y con otros que siendo iguales, han logrado el reconocimiento de su obra.

En este sentido, el Taller es un lugar donde se hacen las cosas constantemente. Cosas que se ven, que puedan desarrollarse, que signifiquen indicios de una obra desde la que se pueda creer como artistas, que la palabra ha tomado forma.

Los profesionales del escribir, junto con los medios puestos a disposición de los alumnos han sido rigurosamente seleccionados por su capacidad de cercanía y utilidad. Son personas jóvenes profesionalmente incuestionables, con una relación de normalidad con respecto al éxito alcanzado, fáciles de abordar y con biografías en forma excluyente.

Asimismo, los medios del Centro, permitirán traducir rápidamente los resultados prácticos obtenidos en cada sesión, con un nivel alto de calidad que ayude a ver plasmadas las posibilidades que van surgiendo.

La practica del Taller girará en torno a los siguientes territorios:

LEER, ESCRIBIR, EDITAR, RELATO, NOVELA, POESIA, TEATRO, PERIODISMO, CINE.

De lo expuesto, se trata fundamentalmente de dar mayor espacio a la escritura ¿Cómo escribir?. Escribiendo. Escribiendo en compañía de otros y supervisados por quienes ya han logrado su dedicación apoyados por contenidos técnicos que ayuden a los asistentes, viendo de forma práctica los resultados de su esfuerzo.

Marietta está impresionada. Jamás lo hubiera pensado. ¡Aprender a escribir! Sí, claro que le gustaría. Relee la nota y cuando termina, mueve la cabeza con gesto de incredulidad. ¿En qué estaría pensando el tipo, o la tipa, que escribió esto?. A juzgar por su estilo, el que no tiene ni idea de redactar es él (o ella). Tópico, lleno de lugares comunes, reiterativo, melodramático, poco claro (¿qué habría querido decir con lo de *biografías en forma excluyente?*) y además, mentira. Todo mentira. Ni potencial, ni tensión, ni intensidad, ni pasión. ¿Es posible llegar a aprender esas cosas?. Pero la curiosidad se impone y acercándose al mostrador de Información solicita un impreso de inscripción. No, no lo tienen. ¿Ni siquiera uno? Lo sienten pero no, la inscripción se ha cerrado y no queda ninguna plaza. La señora puede, si así lo desea la señora, pasarse por la Casa del Estudiante, sí, el edificio en frente de la antigua Facultad de Veterinaria: posiblemente encuentre allí lo que anda buscando. Marietta escucha atentamente al tiempo que mira boquiabierta a esta señorita tan lista ¿por qué piensa ella que la señora busca algo? cualquiera sabe. Sin atreverse a preguntarlo, da media vuelta y se dirige a la salida.

Esa misma mañana, después de repasar minuciosamente las distintas convocatorias, horarios y anuncios prendidos en los tablones informativos de la Casa del Estudiante, Marietta decide (¿y por qué no?) formalizar la preinscripción en Filología Románica. El nuevo curso comienza a mediados del próximo Octubre.

DOCE

El autobús corría veloz por una de las autopistas que cruzan Santurce en dirección sur y Marietta contemplaba, a través de la ventanilla abierta, los bloques de apartamentos baratos construidos sin orden ni concierto desde que se fundó, hacía cosa de un siglo, como barrio de moda. Dejaron a un lado el mercado de la calle Canals, donde los vendedores regateaban al estilo de los de Río Piedra (gritos de crispada euforia anunciando la mercancía, colores en perpetuo movimiento) y se dirigieron a la parada 22 de la Avenida José de Diego.

Después de dejar la carta en el buzón del hotel, Marietta había pensado que le convenía hacer un poco de tiempo y alejarse de allí por si acaso se arrepentía de lo que había escrito y volvía a reclamarla antes de la recogida.

En San Juan, las distancias no se miden en kilómetros, metros o leguas, sino en paradas del ordinario: los amigos suelen decir que viven en la treinta y siete en lugar de comentar que su casa está en la avenida Ponce de León. Marietta comprobó que, al menos aquella zona, seguía más o menos como antes. Inmensos carteles de Coca Cola, en eso consistían todos los cambios. Pero, por supuesto, también las nuevas caras y los orondos culos de los jóvenes, cada vez más gordos, más altos, más ausentes. Seguro que por allí andaban también los hijos de los chicos y chicas que antaño conoció. Marietta se sorprendió escudriñando los rostros en busca de algún parecido imposible. Recordaba que ese juego le gustaba. Hacía mucho tiempo, cuando todavía estaba segura de encontrar algo.

La familia de Flora, su amiga de antes, vivía en una de las calles menos concurridas del barrio. En lo que antaño había sido una zona elegante con casas señoriales de dos plantas y garaje reconvertidas ahora en pequeños bloques de apartamentos: dos habitaciones, baño y una cocina minúscula por ochenta dólares. No recordaba la dirección exacta pero tenía una vaga idea de la calle y el emplazamiento de casa. Echó a andar decidida a encontrarla pero, se dio cuenta enseguida de que no iba a ser fácil. Desde su última visita *(¿y cuándo había sido eso?)* todo estaba clara e indescriptiblemente más sucio y caótico. Parecía que el espacio no había hecho sino encoger y apelotonarse como una servilleta de papel usada. No, falso: podía ver también algunas

tiendas nuevas con las fachadas recién pintadas: videos y ropa interior principalmente. Alguien se había tomado la molestia de diseñar las papeleras de color hierro fundido que se exhibían rebosantes en las esquinas y había ordenado poner macetas gigantes con setos y flores a la puerta de algunas casas importantes. Detalle, quizás, del último alcalde antes de las elecciones.

Les gustan esas cosas: macetas, parques ... luego, alguien las arrancará de cuajo porque no son suyas, sí, y volverán a ponerlas y volverán a arrancarlas y así todo el rato. Cuanto más bonitas, antes acabarán con ellas. Siempre hay alguien que intenta vengarse.

Marietta apresuró el paso. De repente, sintió una prisa enorme por encontrar a su amiga. No, por aquí no. La calle era mucho más ancha. Desde todos los confines del barrio y desde lo alto de la Avenida de Diego llegaba el petardeo de las motos y el atosigante zumbido de los coches pero allí, a lo largo de las aceras desiertas, reinaba un silencio solo interrumpido por las voces que se filtraban a través de las persianas bajadas de las casas. De pronto, al volver una esquina, supo que había llegado. Se detuvo para tomar aliento y subió ligera los dos tramos de escaleras que le separaban de la entrada. Una vez allí, golpeó la puerta con los nudillos. No tuvo que esperar mucho: Una mujer gruesa con un vestido de topos azules y zapatillas de andar por casa, salió a abrir enseguida. Llevaba el pelo, teñido de rubio, recogido en un moño y adornado con horquillas y prendedores de colores a la manera de las mujeres de pueblo.

En el umbral, Marietta se sintió de repente fuera de lugar e intentó a balbucear algunas explicaciones.

—Estoy buscando a Flora Gavaldá y a su familia, vivían aquí hace años. Sé que no debería molestarla pero podría...¿podría decirme dónde puedo encontrarlos?

—Sí, yo soy Flora Gavaldá ¿con quién hablo?

—¿Flora, es usted Flora?

—Exacto.

Oh dios, no puede ser cierto. Seguro que me he equivocado, esta no es la Flora que yo ando buscando. Mejor me disculpo y me voy. No ¡vaya idea! si

lo hiciera podría molestarse ¡es absurdo! creo que tendré que seguir jugando.

—Oh, bueno, la Flora que estoy buscando es, era una chica, aproximadamente de mi edad, compañera...fuimos juntas al colegio y...

—¿Marietta?

Sin esperar la respuesta, aquella mujer le echó los brazos al cuello y la llenó de besos y exclamaciones. Luego la hizo pasar y le invitó a sentarse en una silla que colocó en el medio de la habitación mientras ella iba a la cocina a por unas bebidas. Marietta pudo ver que, pegada a la pared del lado derecho, había una especie de cama turca con un niño de cinco o seis años tumbado encima. Estaba leyendo un comic y ni siquiera se molestó en levantar la vista cuando entraron. Al otro lado, detrás de una pequeña mesa de comedor, Marietta vio a otra mujer, también en zapatillas, con una chaqueta de punto negra y falda de cuadros blancos y grises.

—Es mi vecina Olga —dijo Flora dejando las botellas encima de la mesa y después: Olga, esta es Marietta ¡Hace más de quince años que no nos vemos!

La habitación, aproximadamente de unos tres metros cuadrados, parecía mucho más pequeña de lo que era por culpa de los muebles ¡no dejaban un solo espacio libre!. Aparte de la mesa y las sillas de comedor y la cama turca que ocupaba toda una pared, había dos ventanas que daban a un pequeño patio trasero y entre ellas un radiador de aceite, dos mesas color caoba, una televisión con patas y otra mesita pequeña con un pato de peluche rojo.

—Hola, Marietta, encantada de conocerte. Ya ves, aquí nos tienes, lamentándonos como dos imbéciles porque nuestros maridos se han ido y nos han dejado tiradas.

—¡Pareja de sinvergüenzas! le interrumpió Flora. ¡Pasan el día bebiendo! y tú ¿te has casado? ¡no aguanto a los borrachos! a mi otro marido tuve que dejarle por lo mismo, ¡se emborrachaba todas las noches!

—Por suerte, a estos de ahora solo les toca los fines de semana.

—El caso es que no tengo ni idea de cómo se las arregla el hijo de puta éste. De la paga, no le dejo ni un dólar, así que no sé de dónde saca la pasta. Y es que si no —añadió a modo de disculpa— arreglados estábamos con lo de "

no tengo dinero para la comida"," no tengo dinero para el autobús" "mujer ¡por dios! que no tengo dinero para nada". (Flora imitaba perfectamente el tono plañidero de su marido)" y ¿cómo va a tener dinero el muy imbécil si lo único que sabe hacer es gastarlo!.

—Pues tú tienes suerte: ¡ya me gustaría a mí poder echar mano al sobre de la paga de mi marido o, al menos, a una parte...y eso que ¡bah! ¿para qué preocuparse?.

—Pues yo no sé quién demonios le paga al mío los dichosos whiskies... ¡alguien tiene que ser! ¿no? Claro que aquí, si no pagas la bebida ¡O.K! pero si necesitas comer ¡carajo! eso ya es otra cosa ¿eh? porque entonces, es que no te fía ni dios, si no puedes pagar el pan, te tratan como si fueras basura...

Marietta abría mucho los ojos y no decía nada. ¿Cuanto tiempo hacía que éste era el cliché de su vida? Los viernes por la tarde, compuestas y sin maridos y alguien del mundo exterior que llega y dice *disculpe ¿puedo hablar con Flora? Encantada de saludarle, señora, yo soy un fantasma del pasado que vengo a comprobar si está lo suficientemente jodida como para poder contarlo.*

Y claro que lo está. Lo único que podía decirse en favor de estos fantasmas es que, si nunca apareciesen, la situación de estas mujeres sería infinitamente más aburrida.

—Bueno ¿y qué?, ¿a ti cómo te va?.

Por lo visto había llegado su turno. Marietta no se hizo de rogar y les contó dónde vivía y que se había casado con un médico español, que no tenían hijos y que había vuelto por cuestiones de trabajo.

—Ah, ¿no es maravilloso? —exclamó Olga. Después, dirigiéndose a Rosa. La verdad es que a mí, los hijos me tienen un poco harta. ¡Hasta las bolas estoy de ellos! ¡No tendría otro así me mataran!

—Claro —dijo entonces Flora— para ti es fácil hablar ¡después de operarte!...

—Se lo dije bien clarito: O me pagas la operación o la próxima vez te acuestas con tu señora madre porque lo que es a mí no vuelves a ponerme una mano encima. Y eso que el pequeño, nació también por su culpa, ya sabes,

después de una pelea, las paces y todo lo demás... conseguí meterme la maldita pastilla pero el tío no fue capaz de esperar a que se disolviera...

Flora se puso de pie y mientras paseaba de un lado para otro, toqueteaba y cambiaba de sitio los pequeños objetos de adorno que tenía distribuidos sobre todas las superficies disponibles. Cosas como:

Cuatro pingüinos de cristal ahumado.

Un jarrón de cerámica blanca con tulipanes de plástico.

Dos violeteros, cada uno de ellos, con una margarita amarilla.

Tres o cuatro ceniceros de materiales diversos.

Dos muñecas de china (una de ellas sin peluca) vestidas de mejicanas.

Un radio transistor.

Una caja de Vicks Vaporub.

Un llavero.

Algunas fotografías pequeñas de la familia.

Otra fotografía grande, enmarcada, de María Adelantado viuda de Thompson, su madrina.

—¿Te acuerdas de ella, eh Marietta ¿Te acuerdas?

LA HISTORIA QUE CONTÓ FLORA ACERCA DE SU MADRINA

Decía mi madre que a partir de la muerte del Sr. Thompson, las desgracias se sucedieron inexplicablemente. Un terrible temporal azotó las costas de Cabezas de San Juan, en el extremo nororiental de la isla, arrancando de cuajo los techados de los chiringos y llevándose por los aires los tendederos de ropa de las terrazas. Aquella mañana de domingo, las barcas de la playa aparecieron volteadas y con la quilla rota y entre los rugidos del viento y el tremolar de las olas, los propietarios fueron incapaces de encontrar los aperos que guardaban, recogidos, bajo las montonadas de redes acumuladas en la playa. A mayor abundamiento, uno de los gallos de Curro, murió atragantado con un hueso de aceituna y de la Muralla del Palacio se desprendió una piedra que fue a partir la crisma a un guajiro que estaba de rodillas junto al muro pidiendo limosna. Las mujeres del lugar, alarmadas por tanta desgracia, se

apresuraron a iniciar, con la venia del párroco, un triduo en honor de las ánimas del purgatorio, pero el triduo acabó y el vendaval seguía como si las plegarias no hubieran conseguido sino jalearlo. Para mayor desgracia y en medio del desconcierto general, los representantes de una firma alemana consiguieron convencer al alcalde y las parcelas del Parque Nuevo, al lado de la playa, fueron vendidas por cuatro perras y el pueblo, una vez más, se quedó a verlas venir y con sus esperanzas de parques y jardines sepultadas bajo una barahúnda de máquinas excavadoras.

Se decía que la opinión de los vecinos, pero sobre todo de las vecinas, señalaba a María Adelantado como responsable de todo aquel desastre. Viejas señoras de porches y mantilla, denunciaron furiosas su presencia extraña en la hermosa finca de la Quinta La Pena y pusieron su honradez en entredicho. Y todo porque María era hermosa y joven y había conseguido enamorar al americano, es decir, al Sr.Thompson, cantando por habaneras en un famoso puticlub de Miramar.

Aquella gente la vio llegar a Cabezas, vestida como una reina, en una especie de tilburí (B) conducido por su marido o, más bien, por el que iba a ser su marido.

Dicen que Doña Lola, la mucama y ama de llaves del Sr. Thompson, había preparado una gran recepción en su honor y alrededor de las fuentes, como por arte de magia, hizo surgir un campamento de toldos a rayas, sombrillas de colores, guirnaldas y farolillos de papel. Los camareros iban de riguroso negro y las doncellas de blanco y cofia. Contaba mi madre que había casi tantos criados como invitados pero que a Doña Lola le parecían pocos. Por lo torpes, decía.

Cuando llegaron, el Sr. Thompson, fue muy gentil y le dio la mano para ayudarla a bajar del coche. No había hecho más que pisar el suelo cuando empezaron las presentaciones. Allí mismo, sin darle tiempo siquiera a probar la carnecita. Más luego, empezó el interrogatorio. El mujerío se moría de ganas por conocer los detalles de su reciente pasado como estarlete. Entonces ella, por agradar, les contó de sus orígenes argentinos y de sus otros orígenes (por parte de madre) gallegos. De cómo su padre les había abandonado y de que ella, muy jovencita, había tenido que aprender a buscarse la vida primero en España y después aquí, en Miramar.

A mi madre le impresionó enseguida el tono decidido de esta mujer, la contundencia de sus argumentos aunque, la verdad, nadie hubiera imaginado que un hombre de la edad del Sr. Thompson, de su posición social y su dinero, fuera a casarse con una mujer como ella. De la noche a la mañana toda su fortuna (el pueblo la consideraba patrimonio público) había pasado a manos privadas. A manos privadas de una desconocida, salida de no se sabía muy bien dónde pero joven, fresca y sin un pelo de tonta.

Fue ese mismo día cuando Kitty, mi madre, se hizo amiga suya. Un poco por llevar la contraria, claro, pero sobre todo por compañerismo: María Adelantado no había hecho mal a nadie y ella no estaba dispuesta a consentir que, una vez troceada, las buenas gentes del pueblo se la echasen de comer a los perros.

Empezaron a salir juntas, no muy a menudo por no dar que hablar. María le contaba a mi madre cosas que nunca contó a nadie. Cómo el Sr. Thompson, a sus años (tenía más de sesenta), pretendía pasársela follando con ella. Cómo, desde el día que descubrió dos hebras blancas en su pelo, cogió la costumbre de llamarla (casi siempre a voz en grito y delante de otros) "mi burra cana" y cómo, con esos modales tan zafios, consiguió que empezara a desenamorarse de él mucho antes, incluso, de haber aprendido a amarle.

María pasaba también mucho tiempo sola. Se iba a la orilla del mar y gastaba las horas contemplando los colores del agua y respirando algas. No se cansaba de admirar las infinitas formas de las conchas y la lejana sombra de los carriles revoloteando encima de la espuma. Vivía a merced de las sensaciones mínimas. Los recuerdos, los estímulos más pequeños se le imponían como sueños dejándola a menudo confusa y desconcertada. A veces, cuando paseaban juntas, decía a mi madre que ella, al lado del mar, se sentía como drogada. Que veía cosas raras: su cuerpo transparente convertido en un acuario de células de colores, vuelos a lomos de un delfín transparente, dunas formando un círculo insalvable por encima de su cabeza.

Pero aquellas escapadas terminaron el día en que, al regresar de uno de sus paseos, encontró a su marido, color berenjena, derrumbado en el suelo y sin poder respirar. Después, llegaron para ella días desquiciados y feroces: La procesión de médicos y las indicaciones y contraindicaciones de un tratamiento improbable para los deteriorados bronquios del viejo. La

inquietud histérica de Doña Lola que con la vida del Sr. Thompson veía extinguirse el seguro de la suya. Los reproches y las quejas de servidores y deudos acusándola de negligente y de egoísta...

Mi madre solía decir que ella no hubiera podido aguantarlo pero que, a María, le duró poco el desconcierto. Contra todos los pronósticos, su marido se resistía a morir así que hizo traer para él todos los milagros de la ciencia. Transformó el dormitorio en una verdadera clínica. De esta forma consiguió proporcionarle dos semanas más de agonía. Mi madre fue a visitarla un par de veces y siempre recordaba con horror aquel cuerpo disecado, enchufado a un respirador, desinflándose poco a poco como una burbuja amordazada. No tardaron en invitar también al cura y en medio de aquel cortejo, el hombre pudo arreglárselas para confesar al moribundo que balbuceaba frases inconexas relacionadas más con sus asuntos económicos, que con los negocios del alma. Al cabo de unos días, las inyecciones ya no le producían sino nuevas convulsiones y estertores cada vez más débiles. María quiso detenerles, pero los médicos, magníficamente remunerados, se negaban a darse por vencidos. Entonces ocurrió: una noche, aprovechando sus horas de guardia, desconectó la máquina. Esperó diez minutos y volvió a conectarla. Cuando se lo contó a mi madre dijo que el hombre no había sufrido porque estaba adormilado y ni siquiera se había dado cuenta. Simplemente dejó de respirar. María aprovechó entonces para descabezar un sueñecito. A la mañana siguiente, la despertaron los gritos de Doña Lola.

Durante los días que siguieron a los funerales, la dejaron tranquila pero al poco, llegó el vendaval y volvieron a acordarse de ella para echarla la culpa de la muerte del gallo y de todo lo demás. Pero nadie se enteró nunca de lo del Sr. Thompson, excepto mi madre: se lo contó María Adelantado cuando le propusieron ser mi madrina. Luego mi madre, me lo contó a mí.

En el piso de abajo alguien hacía sonar el tocadiscos a todo volumen. Canciones populares de Puerto Rico.

Mira, amorcito, traigo un regalito
para ti. Cuídalo cariño, es del todo
tuyo, prietecito así, suavecito así.

Oye mi amorcito ven, dame un besito...

—¡Ya está bueno! Me gustaría saber cuando piensan volver estos dos.

—Olvídate, sabes de siempre que los viernes no podemos contar con ellos.

Entonces Olga se despidió de ellas hasta el día siguiente y, al poco rato, Flora acompañó también a Marietta hasta la puerta. Gaby, su hijo, se había quedado dormido encima de los comics. Su madre le tapó con una colcha de cuadros que fue a buscar a su cuarto. Después, de pie, en frente de un pequeño espejo, se deshizo la cola de caballo y empezó a cepillarse el pelo.

7. LA HUIDA DE LOS ZANCADOS

TRECE

Allí, al menos, se sentía segura. Solo tenía que cerrar la puerta y el espacio de aquella habitación empezaba a ordenarse por sí solo, cada cosa en su sitio, como un muro protector entre ella y el vacío. Marietta encendió la lámpara de la cómoda y se sirvió un vaso de vino. Un tinto de Rioja. El día anterior, al salir de su casa, lo había comprado en un colmado del barrio de Flora. Todavía se preguntaba qué demonios había ido a hacer allí. ¿Acaso necesitaba ayuda, quería contarle que estaba sola, que no sabía a dónde ir? ¿Sería, quizá, que se alegraba en el fondo de no ser como ella, de no haberse convertido en el modelo de doña que tanto odiaban las dos cuando eran pequeñas? Ajada, como un dondiego de noche recién trasplantado, aburrida, cargada de hijos. ¿Para eso (y no para otra cosa) había ido a verla?, ¿para comprobar que ella era diferente? Diferente. ¿No querría decir mejor, más educada, más culta? Imagínate: entrar de improviso en su casa y decir con tono despreocupado *querida amiga mírame, he venido para que veas lo que te has perdido por no saber largarte a tiempo.*

Volvió a servirse otro vaso y se lo bebió de un trago. Le gustaba esa sensación nebulosa que le invadía a veces cuando tomaba en ayunas. Un flotar sonriente entre los vapores de la propia estupidez. Maldito el cosechero por ser capaz de sacarla tan suavemente de sus casillas. O, mejor, bendito, por procurarle momentos de tan feliz eclipse. En instantes como estos se sentía casi ingrávida, de una levedad incorpórea, flotando, flotando sí, como una medusa prendida en los acordes de un vals.

De pronto deseó poder hablar con Alex, algo que, precisamente, no era muy factible ya que nunca le había pedido (ni él le había dado) su número de teléfono. Qué estupendo poder comunicarse por telepatía. Te necesito Aquí. Ahora. Ya. Y el otro (quien fuera), informado de los deseos de una, se materializaría al instante frente a tus mismas narices sabiendo exactamente para qué se le solicitaba. No harían falta explicaciones, ni preámbulos, se ahorraría cantidad de tiempo y nadie tendría ese miedo absurdo a sentirse solo.

Pero seguía sintiendo necesidad de hablar. Hacía mucho que no experimentaba estas enormes ganas de explicarse, de intercambiar

confidencias incomunicables y cuando se encontraba así, Marietta no discriminaba. Es decir, con tal de desahogarse, le tenía (más o menos) sin cuidado quien pudiera ser su interlocutor. Además, estaba el asunto del trabajo: necesitaba encontrar un empleo. Dejó el vaso encima de la mesilla y descolgó el teléfono.

—Hola...¿Información?...¿podrían darme el número del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad de San Juan, por favor?

Marietta dobló cuidadosamente la hoja de papel en donde había garabateado el número de teléfono que acababan de comunicarle. En realidad, todavía no sabía muy bien lo que quería hacer ¿invitarle a comer solamente por el placer de charlar un rato? ¿dejar claro, desde el principio, que se trataba de una charla de negocios y que necesitaba un poco de ayuda para encontrar trabajo? ¿Desahogarse y hablarle de su reciente decisión, la separación y todo lo demás? ¿tendría él algún interés en escucharla? Era probable que Alex no se encontrase allí ¿qué mentira inventaría entonces para que le dieran el número de su casa?.

—¿Sí?...¿El Dr. Salcedo, por favor?

—Hola, Marietta, ¿Cómo estas?

—Bien, bien. ¿Y tú?.

Él, que en estos momentos acababa de corregir el examen número veinte y estaba a punto de salir disparado hacia su clase además de ocuparse de algunas colaboraciones para la prensa en su tiempo libre. Dios santo ¿qué tiempo libre? Era el perfecto hombre orquesta. ¿Cómo iba a encontrarse un ser así?. Pues ¡bien, estupendamente! Vamos...

—Oh, sí, yo tambien, claro —dijo él y después, cambiando de tema— hace tanto tiempo ... creí que habías vuelto a casa.

—¿A casa? —respondió Marietta pesadamente— ¿ a que casa te refieres?

—A la vuestra por supuesto, la tuya y la de tu marido ¿qué otra si no?.

Desde luego, no podía ser otra pero a Marietta le molestó que se lo recordaran.

—Alex, escucha ¿podríamos vernos esta noche? tengo que hablar contigo.

Es complicado ser mujer e individuo al mismo tiempo, pensó Marietta. Las mujeres nacen con un aura desocupada a su alrededor que van llenando de afectos y obligaciones a lo largo de toda su vida. Cuando no son los hijos, son los padres o sino los hermanos, amigos, o el amor de tu vida, ese que conoces a los dieciocho y se casa contigo por que ha sido él, y no otro, el primero en besarte. Es difícil encontrar a alguna verdaderamente independiente en el campo de los afectos. Las mujeres se miran y no piensan "yo". Se miran y piensan "nosotros" (ellas, las últimas).Esas mismas mujeres serían, sin embargo, las primeras en sacar pecho para defender a un marido indigno delante de las vecinas o, si vamos a eso, frente a su propia madre. Defender en comisaría al hijo chorizo, cargar en las espaldas al padre impedido, horas extraordinarias de todo tipo para sacar a la familia (o el negocio de la familia) adelante.

Cuando tomaba una decisión, a Marietta no le importaba enfrentarse con el qué dirán de los demás, pero en el fondo de su alma esperaba siempre que dijeran cosas agradables. Por otra parte, nunca dejaría de hacer lo que se hubiera propuesto pero, al mismo tiempo, ambicionaba que "eso" fuese lo mejor para todos o, al menos, para la mayor parte. ¿Demasiado optimista? Podría ser. Pero no podía evitarlo, era mucho más vulnerable de lo que estaba dispuesta a aceptar.

A lo mejor era que se manejaba mal. Solía parecer disponible, a veces en exceso, como si todos pudieran echarle una mano al imaginarla tan cándida. Dejaba sentir su falta de malicia y, al mismo tiempo, actuaba con normalidad. Decía "no sé" cuando no sabía y a veces, también, daba demasiadas explicaciones. No debía de extrañarse si algunos la tomaban por lo que no era. ¿Y qué no era?: tonta, no era nada tonta. A estas alturas Marietta ya sabía que si nacías mujer y querías que los demás te aceptasen como "individuo" era imprescindible blindarse; fingir que se sabe lo que se quiere hacer en todo momento. O si no, tratar a los demás como si fuesen menores de edad, adoptar el papel de madre paradigmática, cuidar de todos los becerros como buena mamá vaca (y a ella ¿quién iba a cuidarla?). Marietta echó una ojeada a su reloj, seguía sin ver claro cual de aquellos dos trajes debería ponerse para salir a cenar con Alex.

AGUA PASADA: PRIMER DÍA DE CLASE

Marietta se levanta a las siete de la mañana. Su marido, en la cama de al lado, sigue durmiendo y balbucea en voz alta. Siempre le ocurre a estas horas de la mañana. Siente la tentación de preguntar algo, a ser posible indiscreto, para ver que contesta, pero no se le ocurre nada. Nada suyo que le interese lo más mínimo. Además, tiene prisa. Con sigilo, para no despertarlo, busca a tientas las zapatillas y se desliza fuera de la habitación. En el vestidor, se pone la bata escocesa y unos calcetines (en León los octubres son más bien fríos) y va a la cocina a prepararse un café. Siempre necesita un café cuando se levanta. Inmediatamente. Si no lo toma enseguida, no puede hacer nada, ni siquiera abrir los ojos del todo y, mucho menos, pensar con claridad en lo que tiene que hacer a lo largo del día.

Con los pies abrigados y una taza de café en la mano, recorre sigilosamente el pasillo hacia el estudio. Hasta hace unos meses, Bernal tenía aquí su despacho pero Marietta ha trasladado todas sus cosas abajo, a la consulta, y se ha apropiado de este cuarto.

Después de sustituir las cortinas por unos visillos blancos y forrar los sillones con una cretona floreada, aquel obscuro rincón parece otra cosa. Hay días en que Marietta se siente un poco avergonzada por su descarado expansionismo pero Bernal no se molesta por estas cosas o, al menos, hace como que no se molesta que viene a ser más o menos lo mismo. Una vez consumada la conquista de su espacio vital, Marietta alineó sus libros en las estanterías y algunos de sus papeles encima de la mesa; en la pared, colocó un grabado que había birlado de la habitación de un hotel (lo descolgó y se lo metió en la maleta) simplemente porque le gustaba el sonido de las palabras que constituían la leyenda: "Veduta della predetta Isola della parte dell' antico Ponte Senatorio, ora detto Ponte Rotto". ¡Adoraba estás sílabas ve-du-ta, i-so-la, pon-te ro-to y solía leerlas a menudo en voz alta.

Además de la antigua mesa de despacho, Marietta tiene una mesita auxiliar (con ruedas) en donde ha instalado la máquina de escribir. Está a su izquierda, formando ángulo recto con la mesa grande. Sentada detrás de esos noventa grados, Marietta se siente casi segura.

Hoy, sin embargo, no tiene tiempo para sentarse, hoy se ha vuelto automática y ejecuta, sincronizada, cada movimiento: la mano derecha

sostiene la taza de café, la izquierda recoge la carpeta, los bolígrafos y el resguardo de matrícula (por si hiciera falta presentarlo).

Termina de arreglarse a las ocho menos cuarto. La luz del sol de invierno ilumina débilmente la habitación (ahora no necesita moverse a tientas); la calle empieza a llenarse de sonidos: timbres de bicicletas, ronquido de persianas al levantarse, el ladrido de algún perro. Marietta vuelve a entrar en el dormitorio para despedirse de su marido pero finalmente, decide no hacerlo al ver que sigue durmiendo. Por si acaso, se inclina y le sopla un beso en la frente: no quiere que piense que es una ingrata. Esta mañana, no.

La primera clase es la de Latín y empieza a las ocho y media. Marietta no podrá olvidarla mientras viva. Como un ciervo sediento (¿o resulta un poco exagerado?) así se ve Marietta en su caminar hacia la sabiduría. Es tal su nerviosismo cuando sube la escalinata de la Facultad de Letras, que le tiemblan las piernas y le sudan las manos como nunca. Lo que más la sorprende es que nadie, excepto ella misma, parece preocuparse lo más mínimo de la trascendencia de estos primeros minutos ¡en la Universidad!: para empezar, todos van en grupos, ríen y hacen bromas y algunos, además, fuman. Hay sobre todo chicas con melenitas a lo paje, zapatos de medio tacón y medias transparentes. Marietta se da cuenta de que evitan colocarse en primera fila e intentan ponerse detrás del todo, como si evitaran ser vistas. Ella no conoce a nadie, por eso se sienta sola en una esquina de la primera fila y espera impaciente la llegada del profesor.

La entrada del profesor Paliente es perturbadora (años después Marietta la dejaría en "patética"): un hombrecillo insignificante, vestido con traje negro, chaleco, camisa blanca y corbata también negra que pese a lo que pudiera parecer, no va de luto ni es cura. Con todo, lo peor no es el modelo. Al fin y al cabo cada uno se viste como le da la gana. Lo que choca, y más en un profesor universitario, es su aspecto raído, con los pantalones llenos de brillos y los hombros de la americana cubiertos de caspa. Marietta comprueba además que no se ha afeitado, como poco, en los últimos dos días y decide que, si por ella fuera, le estaría prohibido andar con esas pintas por el pasillo de la Facultad.

Con paso inseguro, el hombrecillo sube a la tarima y se deja caer en una silla. Después, mete una mano en el bolso de la chaqueta y saca, al mismo tiempo, sus gafas y un papel arrugado. Es entonces, al oírle leer en latín, somnoliento y cansino, cuando el cerebro de Marietta alcanza a ver la luz y cae en la cuenta que ha vuelto a equivocarse. Y así como los supervivientes de trágicos accidentes dicen, cuando se recuperan, que estando a punto de morir vieron pasar ante sus ojos y en forma de película rapidísima, la historia de su vida, así Marietta ve pasar ante los suyos la película de todas las clases (exámenes, trabajos etc...) que le quedan por sufrir en los próximos cinco años. *Sí, pero ¿y qué?, no voy a dejarlo ahora. Necesito hacer algo ¿no? ya me he cansado de ser una especie de mantenida, una maldita inútil. Cuando acabe todo esto, intentaré ganarme la vida y dejaré de ser para siempre la típica señora de.*

La lectura ha terminado. Marietta echa una mirada en derredor y ve a todos sus compañeros tomando apuntes desesperadamente. Saca el bolígrafo y se pone a escribir. Copia al voleo y sin detenerse a pensar en lo que escribe. Ya lo pensará más tarde. Al fin y al cabo tiene una mínima fe en su propio juicio. A su marido, la tarea de revisar las historias clínicas le lleva tardes enteras. ¿Acaso el aoristo es menos importante que los síntomas de la obstrucción intestinal?. *Obstrucción intestinal*. Obstrucción mental más bien. Una enfermedad solapada con sintomatología variable. Oh, déjalo ya. A Marietta le resulta imposible concentrarse pero no quiere dejar de escribir y, para que no se note, se entretiene dibujando peces esqueléticos y ondas paralelas que simulan el agua de un río.

El campus universitario de León es muy pequeño. En realidad consta solo de tres facultades y media. La de Derecho, surgida al calor de la antigua Academia de S. Raimundo de Peñafort, la de Veterinaria y la de Letras, con dos especialidades: Románicas e Historia. La otra media, corresponde a la Escuela de Periodismo, un si es si no es patrocinado por el Ministerio de Información y Turismo. El número de alumnos tampoco es excesivo (sobre todo en Letras) y las chicas, cuando salen de clase, se van a ligar a la cafetería de Veterinaria que posee una concentración de varones mucho mayor. Marietta teme sentirse un poco desplazada pero, a mediodía, le apetece tomar otro café y decide que esa cafetería es un sitio tan bueno como otro

cualquiera. *Solo quiero beber un café y hacer un pis* —declara Marietta al espejo mientras se retoca los labios. *Bien, entonces ¿por qué no vas al bar de la residencia de jubilados que está ahí enfrente?*— responde el espejo malévolo.

Marietta cierra el espejo colérica y lo lanza a las profundidades del bolso. Después, igual de colérica, vuelve a sacarlo y termina de arreglarse.

La Facultad de Veterinaria es un edificio que los arquitectos (algunos arquitectos) califican de "funcional" mientras que Marietta, y otros como ella, opinan que en todo caso se trata de un horror funcional que para colmo, no funciona pues, no sólo resulta fea por fuera, con sus volúmenes chatos y las paredes grises de a saber qué material, sino que, además, nada más inaugurarse se reveló insuficiente y canija. La cafetería ocupa un subterráneo con aspecto de garaje, mesas de formica y unas enormes puertas acristaladas que dan a un patio de luces profundo y tenebroso como una pecera llena de algas a través de las cuales la luz, consigue abrirse paso a muy duras penas. Por lo demás, resulta un lugar encantador: las paredes llenas de carteles y avisos escritos en tinta de colores, la música a todo volumen y, sobre todo, unos pinchos de tortilla de patata absolutamente increíbles. A Marietta le encantan, pero procura no comerlos para no engordar. Hoy, sin embargo, hará una excepción. Con el plato del pinchito en una mano y la taza de café en la otra (la carpeta va debajo del brazo izquierdo y el bolso colgado del hombro derecho) se dirige, después de pagar, hacia una de las mesas del fondo. Desde allí, la perspectiva es bastante buena y deja pasar el tiempo contemplando a un grupo de chicas arremolinadas en torno a una pareja de hombres jóvenes uno de los cuales, con su cámara de fotografías al hombro, recuerda un poco al avezado reportero Tribulete. Al parecer, tienen mucho éxito estos chicos de la prensa. Marietta tendrá ocasión de observar el mismo fenómeno en otras ocasiones: aparece alguno y las chicas, que creen que sería finísimo presumir de novio aventurero, se le pegan al culo como si fueran lapas. Ocurre lo mismo en el caso contrario: las mujeres periodistas exhalan un sex—appeal irresistible (¿o sería mejor decir exudan?).

Pero, ¡bueno! ¿qué hace este tío?

—Hola. Me llamo Julio.

El tal Julio coge una silla y se sienta sin pedir permiso. Mucho más alto que Marietta. Cabello largo y rizado y barba. Algunos lunares estratégicamente distribuidos por las mejillas. Muñecas estrechas y manos larguísimas. Sonríe sin despegar los labios. Atractivo. A decir verdad, el hombre más atractivo que ha visto en su vida.

Julio es periodista. Trabaja en PROA, naturalmente no está de acuerdo con la línea editorial del periódico pero un trabajo es un trabajo y él, de momento, no está en posición de elegir. Es de Vigo y ha estado tambien en el FARO una temporada. Sin embargo, lo que de verdad le interesa es Madrid .

—¿Y tú, ¿qué haces?

—Románicas.

La charla prosigue.

—¿Quieres que salgamos a dar una vuelta? —le pregunta Julio media hora después.

Camino de Letras, complejos problemas rondan la cabeza de Marietta. ¿Debería decirle que está casada o lo tomaría como una impertinencia? Lo más seguro es que le tenga sin cuidado. Solo es un paseo así que ¿por qué preocuparse de un paseo? Pues porque León es una ciudad pequeña y en las ciudades pequeñas las mujeres casadas, y más si son jóvenes, no pasean por ahí con los hombres solteros, por eso. Y porque si tu marido se entera, a lo mejor no le gusta y si no le gusta ya puedes ir haciendo las maletas. ¿Debe quedar con él, caso de que se lo pida, para otro día? Depende ¿Depende de qué? No, de ninguna manera si muestra un interés excesivo. Como amigos o compañeros, bueno.

Se detienen ante la puerta de la Facultad. Marietta le tiende una mano para despedirse. Él la retiene una décima de segundo más de lo normal. Marietta, sin poder remediarlo dice:

—Me gustan esos lunares tuyos —e inmediatamente— ¡lo siento, no sé a qué ha venido eso!

—No, no importa ¿por qué vas a sentirlo? —y vuelve a sonreír sin despegar los labios. Quedan en verse mañana por la mañana. Misma hora, mismo sitio.

Durante los meses siguientes observan el ritual adecuado. Algún café a mediodía. Conversaciones sin fin. Paseos lentísimos a la salida de clase. Asistir a conferencias que, es evidente, no interesan a ninguno de los dos pero que, como disculpas, resultan de lo más apropiadas. Una copa al terminar. Otra copa al terminar la primera. Tardes de arte y ensayo. Marietta se pregunta cuando podrá decir lo que tiene que decir. Un día, por fin, lo hace, le cuenta que está casada y él dice que bueno, que no pasa nada, como si no le importara. Se pregunta si él se comporta así solo porque cree que eso es exactamente lo que ella espera. Se contesta que no sabe, pero que puede estar equivocada, que esta clase de amistad entre un hombre y una mujer también suele ser posible ¿por qué no? A Marietta le gusta ser "solamente" amiga, pero siempre ha creído que los hombres no sirven para eso. A ellos no les gusta andarse con rodeos.

Luego un día, uno de esos días de congreso en que su marido se escapa a las Chimbambas, él la lleva a su casa. Una habitación en el ático de una humilde vivienda del barrio del Crucero. Una habitación sin muebles y sin cocina, sin calefacción y sin baño. Una pena de habitación, con la cama sin hacer, una mesa con un infernillo eléctrico y otra con papeles y muchos libros. Un fregadero. También hay una silla y una manguera recogida en un rincón. Según él, es para ducharse en la terraza cuando hace buen tiempo. ¿Y cuando no? Se lava por partes en el fregadero. A Marietta le parece una buena idea pero no dice nada por temor a que piense que se está burlando de él. Beben unas copas y una vez en la cama, tampoco dice nada. Con los ojos abiertos siente a este hombre en la profunda, profunda raíz de su cintura. Tal como si al penetrarla, la partiera en dos. La necesidad que tiene de él, de ver y tocar su sexo es tan grande que le cuesta un esfuerzo contenerse. Le da vergüenza lo que Julio pueda pensar de su desvergüenza y, al mismo tiempo, no es dueña de sus movimientos que se aceleran sin poder acomodarse al ritmo del otro. Por fin, sin esperarle, se deja sumergir en un espasmo de gozo y se olvida de todo. No siente nada más. Tampoco se da cuenta si él ha conseguido correrse o no. ¿Le ha estropeado el momento por ser ella la primera? No, parece que también él lo ha conseguido. Sonríe.

Cuando llega la hora de despedirse, la acompaña hasta la puerta y la besa brevemente.

—Llámame —dice.

Sí, Marietta volverá a llamarle (al periódico) muchas veces. Muchas, durante los cuatro años siguientes.

Le pidió al taxista que la dejara en la plaza Hostos porque prefería pasear hasta los muelles. Todavía era temprano y le apetecía callejear un poco hasta Tetuán que era donde había quedado con Alex. Apresuró el paso con la esperanza de librarse de los jóvenes pedigüeños que merodeaban por la calle intentando conseguir algo de dinero para la dosis diaria. Jóvenes esqueléticos estratégicamente agazapados en todas las esquinas. Marietta evitaba mirarles a la cara porque no conocía otra manera de bloquear el malestar que le producía tanta juventud desperdiciada. Había días en que hubiera deseado liarse a tortas con todos ellos. Otros, hoy por ejemplo, la hubieran hecho llorar con sólo pronunciar una palabra. Por supuesto San. Juan no era Nueva York pero la situación económica de isla se estaba deteriorando y, durante los pocos minutos que tardabas en cruzar a pie estas calles, resultaba fácil encontrarse con una docena de figuras dudosas que te miraban desde el fondo de unos ojillos enrojecidos, preguntándose si merecía la pena sablearte.

Marietta solía llevar a mano algunos billetes de dolar pero hoy, después de pagar el taxi, no disponía de dinero suelto. Además, y de eso acababa de darse cuenta, había llegado el momento de hacer economías porque se estaba quedando sin un céntimo. Dar, era una manera de quitarse el muerto de encima, de aplacar la mala conciencia: las limosnas tenían la culpa de la mendicidad y no al revés (según el último bando del alcalde) y además no servían de nada. ¿Solucionaban algo? No, casi nunca dabas lo suficiente. ¿Lo agradecían? Tampoco. Si dabas, te odiaban porque tenías. Si no dabas, te odiaban por la misma razón y además, por roñosa. Era difícil seguir el ejemplo del buen samaritano. Marietta había leído en un periódico el caso de una pareja de invidentes que había contratado los servicios de un matrimonio de emigrantes: él como chofer y ella como cocinera. Pues bien, a las pocas semanas, el chofer se estaba beneficiando a la patrona (a quien tenía amenazada de muerte) y su pareja oficiaba de carcelera para evitar que cualquiera de los dos desgraciados ciegos pudiera avisar a la policía.

De repente, Marietta se acordó de su madre, de pie en los peldaños de la entrada, en la hermosa casa de la calle la Tanca, tras una de aquellas discusiones con la tata Asun cuando ésta, harta ya de soportar sus gritos y sus injustos reproches, se quitó el delantal y delante de sus narices, lo tiró al

suelo. ¿Y qué fue lo que dijo aquella señora tan bien educada? "¡A la mierda con los pobres!¡Estoy harta de ellos!". Fuera apariencias y limosnas. Fuera tardes de ropero en la parroquia y moneditas a la salida de misa. Fuera demagogias sobre las madres solteras y los niños del orfanato de San Blas. Fuera tómbolas y subastas y demás entretenimientos con el fin de recaudar fondos para el asilo. La infraestructura solidaria de la familia se vino abajo. Fuera condescendencias y culpas. Al carajo el rollo de la igualdad y la fraternidad. ¡Viva la libertad de los hijos de puta, los únicos que pueden pagársela!. Lo peor de todo fue que Marietta, escandalizada ("mamá ¿cómo puedes decir eso?"), notó en sí misma una cierta admiración por su madre: era la primera vez que le oía decir lo que pensaba en voz alta. No dejaba de ser una novedad. Su madre.

Marietta cruzó la calzada trastabillando sobre sus altos tacones, llegó a la acera y se apresuró hacia el Guajataca, un restaurante elegante con un cierto toque francés a pesar del nombre.

Allí, sentado en una mesa, pudo ver a Alex, esperándola, como siempre. Marietta le dio un beso en cada mejilla y, después de sentarse, se entretuvo un ratito en revolver el bolso en busca de los cigarrillos que había comprado esa misma mañana. Alex la miró sorprendido.

—No sabía que fumaras.

—Yo tampoco.

Marietta le miró y encendió el primero. De vez en cuando, se daba este gusto. Hoy, había decidido darse todos a la vez. Tenía la intención de disfrutar de esta cena, de divertirse. Alex era un hombre seguro: de las personas que conocía, incluido su marido, solo esta parecía no querer nada de ella. En fin, no exactamente nada pero casi. Podía descalzarse bajo la mesa, beber un poco (solo un poco) más de la cuenta, contar (o callar) su vida, reírse de lo que le diera la gana. Él no exigía nada, la dejaba estar. La dejaba incluso ser ¿No era un alivio? Sí, sí que lo era pero en fin, no era ese el motivo que la había traído al Guajataca. La culpa la tenía el hecho de que, por más que pensaba, no sabía si volver o quedarse: si volvía ¿a dónde? Si se quedaba ¿para qué? Y no era porque su opinión le resultara imprescindible, no. Era, nada más, que necesitaba hablar con alguien. Que la escuchasen. Lo había intentado con Flora. Un poco ingenuamente pero lo había intentado. No hubo manera.

Después de ver cómo vivía se había dado cuenta de que ya no tenían nada que decirse. Aunque en el fondo, no se trataba exactamente de eso: cosas que decirse había, lo que faltaba eran las ganas de escuchar. Hablando de escuchar ¿qué estaba diciendo Alex ?

—.....si pedimos la carta.

Lo que Marietta estaba contando eran recuerdos de infancia. Nada que ver con lo que, en realidad, estaba deseando contar. No le gustaba hablar de ello. *Adoptada, soy una hija adoptada* ¿en serio? solían exclamar. Marietta no se molestaba en contestar? ¿Qué hubiera podido decir? además ¿qué demonios le importaba eso a nadie?.

Pero por lo visto, a él sí. Alex se daba cuenta de que era un tema doloroso para Marietta y no hacía preguntas. Escuchaba atento, asintiendo de vez en cuando, como si esperara algo pero no le importaran demasiado los rodeos que le obligasen a dar para conseguirlo. Con esa táctica, Alex convertía a sus interlocutores en un cubo puesto boca abajo. Marietta lo sabía pero como lo necesitaba tanto, habló y habló hasta que no le quedó nada por decir.

Y es que necesitaba tiempo ¡nunca había tenido una visión ordenada de su vida! Sus recuerdos, las impresiones acumuladas a lo largo de los años se ordenaban por ciclos casi, casi, sin su intervención. De vez en cuando trataba de organizar ese rompecabezas para que las piezas encajasen un poco mejor, para que no dieran esa impresión de casualidad. Pero enseguida tiraba la toalla. Era capaz de encontrar sentido a un acto concreto, a un momento determinado, pero se perdía en las grandes magnitudes, el por qué y el para qué de todo el tinglado. Resultaba todo un espectáculo verla recoger a cada paso fragmentos perdidos del gran hilo de su cometa y atarlos cuidadosamente para comprobar a los pocos metros, que todavía faltaba otro y otro y otro hasta llegar al carrete. Se estaba convirtiendo en una experta en nudos. Por eso, cuando contaba algo, lo único que obtenían de ella era una colección de instantáneas, la mayoría de las veces inconexas, que parecían proceder de personas diferentes. Hacía falta mucha imaginación para imaginarla.

Marietta retomó el hilo enseguida.

—En resumen, lo que quiero decir es que no pienso volver a casa. Por eso te he llamado. Estoy buscando trabajo ¿podrías ayudarme a conseguir algo?.

Alex la miró pensativo y tardó algunos minutos en responder pero cuando lo hizo, fue directamente al grano.

—Es probable. Aunque lo mejor sería que solicitases una beca, al menos de momento.

Oh, Señor. No por favor. Ahora dirá que, pese a no estar de su mano, él hará todo lo posible y bla, bla, bla para que me la den y luego, cuando no me la den, volverá a decir bla, bla, bla cuanto lo siento, hice todo lo posible. O sea, lo de siempre ¿por qué no dejarán las cosas claras desde el principio?.

—Si te conviene, no hay ningún problema. Soy el encargado de presentar los informes al Director del Departamento. Estoy seguro...

La reacción de Marietta fue instantánea.

—Está bien —se apresuró a interrumpirle, como si hubiera captado la sincera intención de ayudarla y no le interesara conocer los detalles— No hay prisa. Te lo agradezco, Alex.

Marietta se daba cuenta que no iba a ser fácil. Solía ocurrir que cuando debía agradecer algo, le sobrevenía primero, un gran desasosiego producido por la responsabilidad de verse obligada a devolver el favor obtenido y, después, a medida que comprobaba que el agradecimiento es un compromiso inextinguible, una angustia comparable a la que se siente cuando, al arrancar el metro, cambias de opinión y quieres bajar pero te das cuenta de que ya no puedes porque las puertas se han cerrado automáticamente. Entonces no te queda más remedio que seguir, seguir y seguir hasta la próxima estación. El problema es que a veces esa estación está muy lejos. Demasiado.

Avanzada la noche, salieron a pasear por los muelles. El calor que había sentido durante todo el día, comenzó a evaporarse. Finalmente, era posible que volviera a acostumbrarse a esa sensación un poco pegajosa que le acompañaba a una en el trópico. Sobre todo en invierno, es decir en verano. En fin, casi siempre. Qué tierra aquella. Y qué difícil reconocerla, era como si nunca hubiera vivido allí o por algún extraño motivo se hubiera transformado tanto que alguien tuviera que explicársela de nuevo. De alguna manera, su identificación con el lugar que la vio nacer, coincidía con la tierra de los

tiempos precolombinos *cuando Puerto Rico se llamaba Boriquen (aunque ahora se diga Borinquen). Entonces, la población se componía de los nitaínos o nobles que aconsejaban a los caciques y poseían ciertos privilegios y los naborías que eran trabajadores encargados del sustento de la comunidad y, según ciertos investigadores, estaban obligados a pagar un tributo...vivían en grandes casas acampanadas en las que dormían hasta cuarenta miembros de una familia y jugaban al batey...* a Marietta le gustaba esta parte de la historia. Se imaginaba a sí misma de nitaína (B) pero no podía dejar de pensar que, puestos a volver atrás, le asignarían el puesto de naboría. Mujer naboría para ser más exactos. Doblemente sierva y sin escapatoria posible. Pero ¿por qué sería tan optimista?.

—Este año han venido muchísimos turistas —comentó Alex señalando los trasatlánticos— casi todos americanos. Llegan en estos rascacielos flotantes y bajan diez minutos por la mañana para tomarse una coca cola y otros diez minutos por la noche para ir de putas. Después, vuelven corriendo al barco no vayan a dejarles sin *su* buffet.

—Sí, la verdad es que, gracias a ellos, hacéis un negocio redondo.

Alex se echó a reír.

—Querrás decir "hacemos", tú también eres portorriqueña.

—Aunque no lo creas, a veces se me olvida.

Era cierto, olvidaba. Y eso que cultivaba la memoria como si fuera un huerto porque, decía, perder los recuerdos era un lujo que no podía permitirse. Desde muy pequeña había hecho lo imposible por conservarlos. Todos. Contaba con ellos como ayuda para comprender el mundo que la rodeaba y se sentía perdida cuando, con el tiempo, iban desapareciendo y dejaban, en su lugar, un vacío que se veía obligada a saltar para llegar al presente. Este tipo de saltos la desconcertaba, es decir, más que nada le producía vértigo. A veces, no le quedaba otro remedio que inventarse algunos para seguir avanzando. Sus amigos solían decir que tenía mucha imaginación. Pero no. Para Marietta era solo una cuestión de vida o muerte.

Quizá debería hablar de ello: tácticas personales de supervivencia en un mundo empeñado en transformar a los seres humanos en espléndidas coliflores de calidad uniforme. Libres de nacer, crecer o multiplicarse.

Reales. Verdaderamente tiernas. Y no como tú, Marietta de las narices, que tanto hablas ¿Acaso eres espléndida o libre? No ¿Real, entonces? Tampoco ¿Un poco tierna, quizá? La ternura, ese objetivo inalcanzable. Y la compasión, también la compasión aunque sea difícil aceptarla. No, no lo eres. Y pese a todo, lo intentas.

—Sí, te creo. A veces, a mí también me ocurre: no sé si soy un ellos o un nosotros.

Y luego, lentamente como si hubiera esperado largo tiempo la ocasión que acababa de presentarse, Alex empezó a contar:

—Yo tenía un amigo, se llamaba Mathew y era hijo de un marinero americano y de una prostituta portorriqueña. Crecimos juntos. Cuando alguno de los dos tenía algo, lo compartía siempre con el otro. Todo al fifty-fifty. Éramos de la misma estatura por lo que solíamos intercambiarnos pantalones, camisetas o lo que fuera. Si quería ir al cine y él no podía, yo lo dejaba para otro día. Era como si estuviéramos pegados y no pudiéramos separarnos para buscar otros amigos. Desde muy niños, teníamos nueve o diez años entonces, nos buscábamos la vida reuniendo chatarra o recogiendo cocos y el dinero que sacábamos lo repartíamos entre los dos. Parte se lo entregábamos a su madre, (Olimpia se llamaba), y el resto nos lo gastábamos en bebidas y marranadas. Así fuimos creciendo.

Matthew era el hombre de la casa. Como hijo único, ella le prefería con mucho a sus dos hermanas ¡se llevaban los dos de miedo!. Yo no había tenido tanta suerte. Mi madre murió cuando yo tenía dos años y mi padre se volvió a casar con una bruja que no hacía más que pegarme. Como él trabajaba en un barco, pasaba fuera de casa semanas enteras y no se enteraba de qué iba la feria. Yo tampoco decía nada por miedo a que no me creyera. Cuando nació mi hermanastro, las cosas fueron a peor, se pasaba el día dándome pescozones, tirándome de los pelos, azotándome con la correa de un cinturón. Me despertaba a las cuatro de la mañana y, con sólo seis años, me obligaba a ir a la fuente a por agua. Todos los días tenía que llenar un bidón que había a la puerta de la casa. Si no lo llenaba hasta los bordes, tiraba todo el agua por el suelo y tenía que volver a empezar de nuevo. Una vez quiso envenenarme con polvos de matar cucarachas: los echó en el custard. Menos mal que sabía tan asqueroso que enseguida me di cuenta. Fue entonces cuando me escapé de

casa. No había cumplido ocho años. Desesperado, mi padre salió a buscarme por las calles y yo le veía pasar a mi lado pero bajaba la cabeza y como estaba muy sucio, nunca me reconoció. A partir de ese día, viví de limosnas y cuando llegaba la noche, me escondía en los portales para dormir. Así, hasta que Matthew me llevó a su casa. Para no ser una carga, seguí pidiendo limosna hasta que cumplí los trece años. Después, mi amigo y yo nos enrolamos como pinches de cocina en un barco. Estuvimos en la mar siete días y nos pagaron veintidós dólares a cada uno. Esa noche volvimos a casa felices y contentos y después de dejar algo de dinero a Olimpia, nos aseamos y salimos a buscar un poco de juerga. Creo que nos emborrachamos un poco. Entonces, alguien en la cantina dijo a Matthew que cuando él no estaba en casa, yo me tiraba a su madre. No sé por qué, pero se lo creyó enseguida. Cogió una botella por el cuello y la estrelló contra la pared y, con el trozo que aún le quedaba en la mano, vino hacia mí dispuesto a matarme. Menos mal que solo tuvo tiempo de arañarme la mejilla: entre unos cuantos consiguieron detenerle y terminó pasando la noche y la mona en comisaría. No volvimos a vernos. Yo embarqué de nuevo, esta vez en un trasatlántico americano, y me tiré dos años recorriendo las Islas Vírgenes, Cuba, Miami hasta que un día me cansé y decidí dejarlo. Tenía casi diecisiete años. Entonces supe que mi padre, después de abandonar a su mujer, había emigrado a Nueva York y trabajaba de portero en una escuela. Fui a verle y nos reconciliamos. Al poco tiempo volvió a casarse y, esta vez, nos convertimos en una verdadera familia. Fue en aquellos años cuando empecé a estudiar con el dinero ahorrado la temporada que pasé en la mar.

Marietta no esperaba este tipo de confidencias. Vaya manera de empezar la noche. Fue entonces, sin embargo, cuando se dio cuenta de todo lo que tenían en común. Dos supervivientes, eso es lo que eran. Cada uno a su manera, claro. Y no solo. Era como si debieran sondearse mutuamente para encontrar la clave que les permitiera construir un arco, una bóveda de protección sobre los dos. Marietta se había negado en ocasiones, a esta clase de compromisos. Pero ya no. Ahora no.

—Debió ser difícil. Aunque por otra parte, una infancia de aventuras es una inversión.

—¿En recuerdos?

—Eso mismo.

Entonces Alex dijo que era tarde y que mejor pasaban por su casa para tomar la última copa. Marietta pensó que bueno, ¿por qué no? Y le dejó decidir. Hicieron el amor nada más llegar. En silencio, apenas unos instantes. A Marietta no le importó que todo fuera tan rápido.

CATORCE

El día amaneció como una niebla. O mejor dicho, como un celaje de gasa deshilachada que se sostenía inmóvil sobre las palmeras y los árboles más altos. Marietta vio toda aquella nata al levantarse de la cama, cuando se acercó a la ventana para mirar. Había también una luna fosforescente, del tamaño de un plátano pegada al cristal aunque no fue ella quién la pegó allí: la dejaron los anteriores huéspedes y el servicio del hotel le había perdonado la vida por bonita. La luna en creciente. Lunática. A Marietta le encantaba esta palabra y todo lo relacionado con las influencias del blanco satélite sobre las cosechas, la siembra de garbanzos y la menstruación de las mujeres. Cuando la veía brillar por la noche, experimentaba una enorme alegría que se parecía mucho a una sensación de complicidad. Era como sentirse miembro de un matriarcado de estrellas y ella, la luna, la más grande, la madre matrona.

Marietta acarició su perfil con la uña del dedo meñique y sonrió como solía de niña cuando la veía columpiarse, llena y redonda, a medio camino entre el chablís del cielo y el mar de Arecibo, en la costa norte. Pronto tendría que mudarse. Por suerte, aún le quedaban algunos días de las dos semanas que había pagado por adelantado. Dos o tres, según le parecía recordar.

La niebla se alejó de la tierra por encima de los macizos de adelfas y fue a perderse detrás de la línea líquida del horizonte. Todavía quedaban algunos retazos entre las erizadas ramas de las palmeras. Como velos. O tambien como mantillas. Marietta opinaba que todo en la Naturaleza, debería llevar género femenino. Incluidos los huracanes y los puntos cardinales como Punta Esta en Isla Vieques, la clorofila y la sangre, la mar y las aguas y que en vez de decir "los" habría que decir las cuásares o las cuarks porque sonaba más amplio y más suave y en los paisajes inmutables del cielo, la luz era femenina y tambien la obscuridad y las dos eran (lo decían los científicos) lo más importante de la creación.

El suelo de mármol estaba frío bajo sus pies descalzos; Marietta, con un estremecimiento de placer, levantó los brazos por encima de su cabeza y se estiró como si fuera a colgarse de la lámpara. Desde su habitación, apenas alcanzaba a ver el mar: se ocultaba tras las palmeras. Hizo un esfuerzo para

encontrar hermosas las palmeras —todos los árboles son hermosos— pero lo consiguió solo en parte. Le gustaban, sí, con ese talle tan fino y el orgulloso penacho al viento pero le gustaba más —mucho más— el mar: siempre lo estaba echando de menos. Marietta se dio cuenta de que ese sentimiento era muy frecuente en ella. Esa sensación de falta, de pérdida. En ocasiones se veía a si misma arrastrando un larguísimo manto púrpura y encima del manto, en apacible desorden, todos sus quereres. Las personas y los objetos acumulados a lo largo de su vida y de los que no soportaba desprenderse. Cada día pesaban más, llegaría un momento —estaba segura— en que no podría con todo. Pero ella seguía esforzándose en tirar del manto, obsesionada por no dejarse nada en el camino. Cuando esto ocurría, el dolor de la pérdida era tan grande que resultaba insoportable seguir andando. Le hacía falta tiempo para recuperarse. Algunas de esas cosas, como el mar, las necesitaba siempre a mano. Tambien había otras.

AGUA PASADA: FIN Y PRINCIPIO

—Por favor, apaga esa radio .

A Bernal le molesta oír música mientras conduce. Dice que se distrae. A Marietta le gusta precisamente por la misma razón, sobre todo después de dos horas de viaje. En realidad le da lo mismo oírla que no oírla, sobre todo ahora, cruzando Despeñaperros, con todas las emisoras bloqueadas.

—Cuando acaben las noticias ¿vale?

Pero las noticias ni siquiera han empezado y están en Septiembre, último día de vacaciones, detrás de un camión que va detrás de una caravana y ¡Dios! aquello puede durar una eternidad. Marietta se pregunta por qué no habrán salido media hora antes.

—Aquí dentro no creo que consigas oír nada.

—Supongo. Pero no perdemos nada por intentarlo.

"Pero no perdemos nada", vaya una expresión imbécil, querida. Como no sea el tiempo, ya me dirás qué vais a perder por intentar captar una emisora. ¿No se te ocurre nada mejor para pasar el rato? ¿Como por ejemplo, qué, vamos a ver? No sé, hacer un crucigrama, leer el periódico, charlar con tu

marido. Podías decirle, para variar, que te ha gustado Ronda o preguntar qué tal va su dolor de cabeza ¿Acaso es tan difícil?.

Debe de serlo. Marietta pasa los días como una zombi, como una sonámbula. A decir verdad, lo único que le apetece es dormir. Descubre que la vence el sueño con demasiada facilidad, incluso en pleno día. Debe tener la tensión por los suelos y por eso vivir le cuesta ese esfuerzo tan desproporcionado. Últimamente, además, se levanta por las mañanas con una opresión feroz en el pecho: no puede respirar. Y cuanto más se empeña en meter aire, peor se siente. Es angustioso, no quiere ni pensar en ello.

Las seis menos diez de la tarde. Contemplar el final del verano la deprime aún más. Se niega a hacer planes para el año próximo convencida de que, al final, se descubrirá haciendo lo contrario o algo imprevisto, aunque es probable que no tenga tanta suerte. A los treinta y dos años presiente que su vida padece de una enfermedad congénita: la falta de interés. ¿Desde cuando? No sabría decirlo pero podría ser aproximadamente desde hace un año.

Para volver al mismo punto de siempre no te hace falta tanta reflexión. Podías empezar diciendo que, cuando se fue, prometió escribir y tú te pasaste los tres primeros meses esperando sus noticias. Fue luego, al dejar de esperar, cuando se te vino el mundo encima .

Sin embargo, al final, lo que acabó por hundirla no fue la desaparición de Julio, si no todo lo contrario: su salto a la fama, sus reportajes con el Ché, aquella imagen de reportero arriscado que daba la prensa de él. En una palabra: la puñetera envidia. A Marietta le resultaba del todo insoportable que él se hubiera atrevido a elegir esa vida mientras ella, bloqueada por los convencionalismos, se veía incapaz de dar un paso, ¡ni siquiera uno!, en la dirección deseada.

Van a dar las seis. Bernal le recuerda que están a punto de empezar las noticias, que suba el volumen de la radio.

...según un despacho de la Agencia Europa Press el periodista Julio Andrade, enviado especial del diario "Primera Hora" para cubrir la información de la visita del Secretario General de la Agencia Internacional para la Cooperación y el Desarrollo a Iberoamérica, ha muerto en Lima a consecuencia de un ataque al corazón.

El Sr. Andrade fue internado el pasado día 1, en estado muy grave en un hospital de la capital peruana donde falleció poco después.

Julio Andrade, tenía 37 años, se había especializado en temas políticos de Latino América. Trabajó en PROA desde donde pasó a dirigir la sección de Internacional de HOY hasta el cierre del periódico. Posteriormente, se integró en la plantilla de "LA CIUDAD" y finalmente en la del"DIARIO REGIONAL".

Según se ha sabido ahora, Julio había aprovechado su estancia en Lima con el Secretario General de la Agencia Internacional, para entrar en contacto con el movimiento guerrillero V—2 que ha realizado numerosos secuestros en Lima y otras ciudades del país. La misma noche que Julio empezó a sentirse mal, tenía concertada una cita secreta con dirigentes del V—2 que estaban dispuestos a hablar con nuestro compañero por considerarle de toda credibilidad. Igualmente tenía contactos para entrevistar al ex—ministro del Interior peruano recientemente liberado en la región del Putomayo.

Al parecer, cuando sufrió el ataque, el médico del Hotel USA Lima, después de reconocerlo, aconsejó su internamiento en el hospital militar de Lima. Julio, medio inconsciente, no quería que lo internaran porque temía que, en su estado, pudiese decir algo que perjudicase sus contactos con el movimiento guerrillero.

Desde su ingreso en el Hospital Militar, perdió prácticamente el conocimiento y en la Junta de médicos que se llevó a cabo en la mañana del día 2 de septiembre, se comprobó que ya no podía hacerse nada porque el ataque había sido de tal fuerza que hacía imposible una intervención quirúrgica.

La noticia se le clava en la nuca como un dardo ardiendo.

—Por favor, para el coche cuando puedas, me estoy mareando.

—¿Cómo? ¿aguantas un poco? ¿No...? bien, bien, enseguida...no te preocupes.

En los servicios de un bar de carretera Marietta se inclina sobre la taza del water y vomita. Su estómago se niega a aceptar la noticia. Julio ha muerto. Ahora ha desaparecido de verdad. Sin explicaciones, sin darle la oportunidad

de despedirse. ¿Cómo es posible? Marietta siente cómo le invade la rabia (contra qué o quién no sabría decirlo) y esa rabia, la deprime aún más. Encerrada en aquel miserable retrete se niega a sobreponerse convencida de que, si sale, se descubrirá a sí misma maldiciendo y dando gritos y no será capaz de encontrar una disculpa mínimamente creíble para aquel escándalo. Pero tiene que salir, no puede seguir allí ni un minuto más. Se mira al espejo y antes de abrir la puerta se pellizca con saña las mejillas. ¿Por qué hace eso? ¿una penitencia, quizá? ¿o es sólo que se encuentra un poco pálida? No se molesta en averiguarlo y después de lavarse un poco la boca, abre la puerta tarareando entre dientes una estúpida canción.

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquita y bonita
ay, ay, ay
chiquita y bonita

Con un muchachito,
con un muchachito,
que yo no quería
ay, ay, ay
que yo no quería.

y todas las noches,
y todas las noches.
desaparecía
ay, ay, ay
desaparecía.

Esa tarde, a la salida de aquel apeadero, también ella ha tomado la decisión de desaparecer y ha escupido sobre el polvo de la carretera como prueba del asco que se produce a sí misma y de la seriedad de sus intenciones.

Fin de la primera parte. Acaba de cumplir treinta y dos años y da por terminada su juventud. Soledad. Futuro. ¿Las dos cosas juntas o por separado? Quien sabe.

DELIRIOS: Deja esa maldita ciudad de una vez. Abandona a un marido que poco a poco ha ido convirtiéndose en un inquilino dentro de su vida. En el transcurso de unas horas deja de ser la señora de Castro y pasa a convertirse en tránsfuga: se pierde en la selva del Amazonas y no deja, por supuesto, huellas. Aprende a sobrevivir. Hay muchas cosas que puede hacer. Muchísimas más que puede aprender en lugar de acabar como una profesora de tres al cuarto. Sí, aprende, por ejemplo, a volar. Se hace piloto y puede ganarse la vida sobrevolando la selva más venenosa, la más pestilente del mundo. Lleva comida a los indios, se hace misionera. O si no, fotógrafa. Hace reportajes sobre la tierra de los tesoros que vende a periódicos de todo el mundo. Se corta el pelo. Adelgaza tanto que la confunden con un chico y nadie se atreve a molestarla. Se ve, cuando sea vieja, en una casa de piedra y madera al lado de un río. Con un patio interior lleno de macetas. Una maravilla de macetas siempre en flor porque hace un tiempo maravilloso. Sobre todo en primavera. Y en invierno, al lado de la chimenea, escribe relatos "Yo tenía una granja en Afrecha..." como Karen Blixen. No hace vida social porque dice lo que le da la gana y la gente la teme un poco. Un poco, solo lo necesario. Por eso no tiene muchos amigos. Ya no necesita trabajar para ganarse la vida. Pasea por el monte y tiene la biblioteca llena de libros y las estanterías de la despensa repletas de frascos de mermelada de albaricoques y tabletas de chocolate amargo. Todo va bien. Es posible que entonces aparezca alguien (¿otra vez?). Un hombre, quizá. Él también vive solo y de vez en cuando se hacen compañía. Es inteligente. Le gusta leer. Es atractivo y alegre y

AGUA PASADA: AQUELARRE NOCTURNO

Vuelve a quedarse sola a principios de Octubre. Esta vez, su marido pretende llevarla con él pero Marietta se niega. No, falso. Ni siquiera eso, no hace falta. Se limita a encogerse de hombros y a decir, una vez más, que está cansada, que no le parece buena idea. Bernal no insiste. Ya no insiste para casi nada. Y se va. Alguien viene a buscarle en un coche negro pero Marietta, desde la ventana, no alcanza a ver quien es. Tampoco le importa. Cuando por fin desaparecen calle abajo, Marietta coge el teléfono y llama, una tras otra, a tres compañeras de clase. Ha decidido invitarlas a cenar. Ya tiene pensado el menú: Sopa de mariscos y revuelto de setas. De postre, mousse de chocolate.

No se me ocurre nada original. Espero que esto les guste. Es decir, ¿qué más da? siempre pueden dejarlo. Además, ellas nunca nunca me han invitado a mí. Supongo que también pensarán lo mismo. Pero yo, al menos lo intento. ¿Intentas qué? no sé, mantener algún tipo de relación, comunicarme con ellas. A veces, me gustaría ser su amiga.

Ni siquiera se molesta en inventar una disculpa. Insiste, eso sí, en que la cena sea esta misma noche. Se trata de hacer un experimento. ¿Un experimento? ¿De qué clase? Prefiere dejarles en la duda. Cuelga el teléfono y sale de la habitación. La casa está sumida en un gran silencio. Baja a la cocina y mientras espera la llegada de la asistenta, se prepara un café.

Y el vino, tendré que salir a comprar vino. Es importante. Helado y blanco para la cena. Y también ginebra, mucha ginebra ¡necesitamos beber un poco!.

—Ah, muy bien. ¿Y dice que lo quiere todo preparado antes de las nueve?.

—Sí, eso he dicho.

Un aquelarre temprano.

—¿Cenará con ustedes el señor?

—No. Él estará fuera algunos días. Ha salido de viaje.

Así era Julio entonces. Con la sonrisa escondida detrás de los labios. Como una costura de puntadas largas, un hilván con el que preparaba una carcajada que nunca llegaba. Siempre desaparecía: por las mañanas, por las tardes, por las noches, daba lo mismo. Era su forma de estar presente y, al tiempo, dejar de estarlo porque, de pronto, se le había ocurrido algo que no podía esperar. Pudiera parecer una especie de nerviosismo, pero no, ¡nunca hubo nadie más tranquilo!. Él era su vida y su vida era su trabajo. Su esencia consistía en la tarea de juntar palabras y ver despacio cómo iban apareciendo bajo el rollo de la máquina de escribir. Hablaban y ella aprendía cosas. Iba a esperarla a la salida de clase y se escondían en los rincones para abrazarse. En ocasiones, volvían por separado a su casa y, cuando abría la puerta, la abrazaba antes de que hubiera tenido ocasión de dejar las carpetas y los libros. Después la empujaba contra la pared y le subía las faldas. Pero lo hacía

despacio, como a cámara lenta. Y esa lentitud la confundía. "Dios, que bien hueles; cómo me gustas" decía él en esas ocasiones. Y le daba pellizcos, y mordía y a veces dolía un poco pero ella no decía nada porque, estúpidamente creía, que mientras él fuera feliz, su propia felicidad no importaba demasiado. Además, si no se quejaba ¿cómo podía él saber que la hacía daño?.

¿Qué sentía ella, entonces? Resultaba difícil explicarlo. Deslumbramiento. Admiración sin límites. Dependencia absoluta en primer lugar, de su hermoso cuerpo: la mayor parte del tiempo estaba tan pendiente de él que le resultaba imposible relajarse, disfrutar de su sexo. Tal y como hacían el amor, estaba claro que la prioridad estaba de su parte. Ella, muy gustosamente, se conformaba con la puesta en escena: la sola idea de encontrarse allí, entre sus brazos (ella y no otra), la hacía inmensamente feliz. En ocasiones, desesperada por no lograr evadirse, lloraba y Julio rescataba sus lágrimas, una a una, con la punta del embozo de la sábana. Pero no decía nada. Al parecer, lo encontraba normal. ¡La hacía tan feliz! Ella se lo decía así y él se quedaba tranquilo y no buscaba más respuestas. Hablaban de muchas cosas, sí, pero nunca del sexo.

¿Qué se suponía que debía hacer? Ella no tenía ni idea. Lo estaba aprendiendo todo de él. Julio era un maestro y, al mismo tiempo, un descubrimiento continuo ¡Sabía leer lo que escriben los pájaros cuando vuelan!. De vez en cuando se explicaba. Con parsimonia, como suelen los ancianos. Y ella, tenía un vislumbre, una intuición, sentía un tenue temblor de reconocimiento. Y de pronto, volvía a quedar absorta mirando sus hermosas cejas desplegadas como alas sobre su frente. Y sus labios, y su barba tan suave y lo que hiciera su propio cuerpo (o su mente) dejaban de ser cosa suya.

Uno de los compañeros de Julio decía que, aunque era un maestro en su profesión, no tenía sentido imitarle porque lo suyo era de nacimiento, no se adquiría. A ella le costaba admitirlo. La verdad era que, mucho de su atractivo (al menos para ella) residía en esa cualidad suya de impregnarlo todo de su propia experiencia. Como por ósmosis. Estar a su lado era estimulante y provocador a un tiempo. Se aprendía, claro que se aprendía, a distinguir lo absoluto, el talento, lo que no envanece, lo dudosamente repetible. Y a interpretar la voz y los silencios, lo que de verdad se sabe, lo que se desconoce, lo esencial.

Lo mejor de Julio era que no se tomaba en serio a sí mismo: poseía un excelente sentido del humor. De hecho, ella tenía la sensación de que el humor y la ironía eran lo único verdaderamente serio en él. Julio creía que el mundo era así: Un desastre irremediable que, de alguna manera, merecía la pena conservar. No intentaba arreglarlo, no buscaba soluciones, ni quería protagonismos. Solo miraba y contaba (maravillosamente) lo que veía. Estaba segura de que en el fondo le gustaba tal y como estaba con sus guerras y sus conflictos (¿cómo hubiera podido él vivir sin todo eso?). Ella era tan solo una mínima parte de ese maremagnum. La quería de otro y, a la vez, suya, independiente, contradictoria. Sin que se hubieran dicho nada, daba por sentado, al igual que ella, que el futuro (compartido) no existía. Los dos estaban de acuerdo. Los dos querían lo mismo: su libertad. La de él.

Esta es la descripción de Julio que hace Marietta para sus amigas. Sentadas en el comedor, las cabezas muy juntas sobre la mesa, bebiendo como cosacas en plena noche. Tal y como se explica, él parece mucho más atractivo, más inasible de lo que era cuando de verdad estaba vivo. Quizá porque entonces, ella misma, no acaba de creérselo del todo. En aquellos momentos vivía su historia con él como algo provisional. Ahora ya sabe que su amor será permanente.

—¡O sea que murió, así, de repente! —exclama Ana interesada.

Marietta suspira.

—Sí, fue un infarto masivo que terminó complicándose con una hemorragia cerebral. Desde el primer momento, los médicos se dieron cuenta que no lograría salir con vida.

—Mejor así —dice Nuria. En opinión de Marietta, eso no fue lo mejor. Hubiera podido salvarse, seguir vivo; además, si tenía que morir ¿por qué tuvo que a hacerlo tan lejos?¿por qué tan de repente, sin tiempo para despedirse? ¡habían dejado tantas cosas por decirse!

De manera que Marietta no está nada de acuerdo con que su muerte haya sido una buena idea, y Nuria advierte esta reserva y cambia de expresión al instante.

—¿No estás desesperada?

—No —dice Marietta— ahora ya no.

—Yo lo habría estado —dice Olvido— no creo que pudiera superarlo.

Marietta no sabe muy bien qué ocurriría si se dejase arrastrar por la desesperación. Posiblemente sería demasiado peligroso.

O quizás una solución.

No, no hubo desesperación ni siquiera en aquel primer momento: sólo furia y desolación y miedo al comprobar que estaban a merced de la muerte imprevisible. Un desconcierto asfixiante al comprobar que alguien como él no era eterno. Que no eran eternos. Un vértigo, una inseguridad terrible que inmediatamente se convirtió en impaciencia. A partir de ese instante, Marietta transformó la palabra "Ahora" en un mantra.

—¿Empezamos ya?

Alguien le había dicho que la güija podía ayudar. Que si necesitaba algo de verdad y se concentraba, el espíritu de su amigo volvería y contestaría a todas sus preguntas. Y sí, Marietta necesita desesperadamente hablar con él. Quiere saber algo que nunca se atrevió a preguntar cuando vivía.

Ninguna de ellas conoce el experimento. Han oído hablar de él pero nunca han tenido ocasión de utilizarlo. Hoy es el día. Están, incluso, lo suficientemente bebidas como para tomárselo en serio.

Sobre el cristal, Marietta extiende las cartas de una pequeña baraja. Cada una de ellas, lleva escrita una letra del alfabeto. Sus amigas la observan en silencio de un modo solapado, especulativo; Marietta había visto esa misma expresión en el rostro de Asun, la tata, cuando su madre la reprendía por algo. Ahora esa mirada da a entender que las cuatro participan en una conspiración, que van a compartir un doloroso secreto. El secreto que Julio se ha llevado consigo. Él ha muerto pero, de alguna manera sigue allí, sentado a la mesa con ellas. Su presencia está más viva que nunca.

Antes de empezar la ceremonia, Marietta apaga las luces y enciende unas velas. Ahora las cartas forman un círculo sobre la mesa de cristal y en el centro del círculo hay un pequeño vaso de vino boca abajo.

—Silencio —susurra Ana. Silencio. Extienden todas la mano derecha sobre el vaso.

Un ramillete de dedos fuertemente entrelazados. Una estrella de cuatro puntas. Si tocaran el vaso, el encanto desaparecería. Marietta lo protege con la palma de su mano. Lista para recibir una respuesta.

—¿Estás aquí?

Ante sus ojos despavoridos, el vaso comienza a deslizarse, al principio muy lentamente y con un chirrido de cristal contra el cristal. Después, vertiginosamente señala primero la I, después la S.

—¿IS?¿IS? ¿que quiere decir?

—Lo está escribiendo al revés. Dice SI.

—Vamos, vamos, pregunta otra cosa .

Pero Marietta está confundida. ¿Cómo seguir preguntando? ¿Cómo leer sus respuestas en medio de una multitud? Y por otra parte ¿cómo detenerse ahora? .

—Necesito saber si me quieres, si...me has querido ... alguna vez...

Y el vaso rij, riiij, riiiij recorre la distancia kilométrica entre la O y la L, la R y la E y las demás letras a la velocidad de la luz. Contesta *sairebed olrebas*, *otnat omoc ut* y *on yos ed enrac.* Después, se detiene y a pesar de los esfuerzos de las cuatro bacantes, se niega a seguir contestando. Marietta intenta llenar aquel silencio con datos, fechas, pequeños detalles que solo exigirían un ON o un IS, derramándolos sobre su cabeza para acallar los ecos. Y es que por mucho que echara de menos sus palabras cuando estaba lejos, era mucho peor ahora que le tiene cerca pero no está, ¡no está!.

Y entonces se da cuenta que Julio se ha convertido también en su propia ausencia. Ya siempre estará fuera de su alcance . Espectro inasible, un sueño al que su deseo convierte en una especie de obsesión incorpórea. Si Julio la hubiese querido de verdad, no habría muerto. O Marietta no hubiera estado allí, sino con él, al otro lado, donde fuera.

Se levanta para encender la luz. Y entonces sucede. Antes de alcanzar el interruptor, cae redonda al suelo y pierde el conocimiento. Probablemente el alcohol (entre las cuatro se han bebido botella y media de ginebra). O a lo mejor, la tensión. Como quiera que sea, consiguen levantarla y la llevan en volandas a la cama. Nada más dejarla, Marietta se incorpora y dice a gritos

que siente unas arcadas horribles. Según ella, la habitación huele raro, como a barniz azucarado, y no puede soportarlo. Vomita allí mismo y mientras la sujetan para lavarla, ella suelta enormes carcajadas y blasfemias y se acuerda de su madre y la maldice y nombra a su marido con los nombres más horrorosos mientras llora y ríe y hace muecas al espejo del armario que tiene frente a la cama, como si no alcanzara a reconocerse o, más bien, como si de tanto conocerse hubiera llegado a odiarse sin remedio.

Cuando amanece, es Nuria la encargada de tranquilizarla. Es ella también quien repite, constantemente, que no ha pasado nada, que las otras se han marchado porque es ya muy tarde pero que ella se queda allí para hacerla compañía. Marietta no recuerda nada, le duele mucho la cabeza y no pregunta. Se dice que mañana será otro día. Pero mañana también es hoy. Y el dolor sigue ahí, intacto.

QUINCE

En su habitación del hotel Marietta seguía dando vueltas a la cantidad de cosas que le hacían falta para seguir viviendo. El mar, los recuerdos, el amor y algo que ella supiese hacer, a ser posible, mejor que los demás. Como por ejemplo ¿qué? No tenía ni idea. Sospechaba, tal vez, que ser otra, no madame Curie ni Rosalia de Castro. No aquel o aquella exactamente, sino alguien diferente y en esa clase de diferencia presentía, solo presentía, la posibilidad de encontrar algo de calma. Tumbada en la cama se negaba a cerrar los ojos y permanecía con ellos esforzadamente clavados en el techo. No quería dormir y, sobre todo, no quería soñar. Durante las últimas noches había tenido un sueño que se repetía: tenía también la sensación de que ese mismo sueño la había estado esperando largo tiempo, había esperado a que volviera a soñarle para poder, por fin, apoderarse de ella .

El sueño tenía que ver con el agua. Con el agua de un río. Cuando estaba despierta, Marietta prefería con mucho el mar, le daba más confianza. Además, no le gustaba bañarse en los ríos ni en los pantanos porque sospechaba, en el primer caso, de los remolinos y en el segundo, del cieno, esa suavidad sospechosa que tapiza el lecho de las aguas estancadas. Las olas, eran otra cosa. Marietta sabía a qué atenerse y conocía sus límites: los suyos y los de las mareas. El río, en cambio, era por definición, un traidor. Sin embargo, en el sueño, nadaba sin esfuerzo en las aguas transparentes y poco profundas de un río, sorteando enormes pedronas plateadas. Iba buceando pero no sentía el esfuerzo y tampoco respiraba ni movía los brazos. Era, más bien, un contoneo de caderas arriba y abajo, arriba y abajo como si tuviese las piernas atadas.

De repente, llegaba a una pared, un acantilado que se alzaba frente a ella como una muralla insalvable. Sin un instante de titubeo, se enfrentaba a él y a pesar de sentirse débil y muy cansada, intentaba superarle. Lo intentaba una y otra vez pero a cada salto volvía a caer en el mismo sitio, entre la espuma y las piedras, semi asfixiada por el esfuerzo. A su lado, peces más grandes, más brillantes, casi fosforescentes y, al parecer, dueños de una técnica más depurada, conseguían deshacerse de aquel obstáculo enseguida. Le escocían los ojos y sentía unos extraños picores en el cuello. A medida que va pasando el tiempo, Marietta comprende que no podrá conseguirlo. De pronto, una

sombra azul, brillante como el fogonazo de un mechero de gas, se le acercó por detrás y clavó en su espalda (¿o debería haber dicho en el lomo?) unos colmillos relucientes. El dolor fue terrible. Sintió un chisporroteo eléctrico dentro del cerebro y contempló horrorizada cómo las aguas se llevaban lo que ella, en la distancia, confundió con la piel de su cuerpo, ¡de todo el cuerpo! convertida en un celaje transparente y etéreo. La pierde de vista enseguida y, casi al mismo tiempo, se da cuenta de que se ha convertido en pez. Entonces, cuando lo intenta de nuevo, consigue superar la pedrona al primer salto. Pero las aguas siguen bravas y golpean con fuerza su pecho de escamas. Al poco, vuelve a encontrar un quiebro altísimo y luego otro y otro. Marietta, empieza a nadar más deprisa y salta con toda sus fuerzas pero los escollos no terminan. Desesperada, abre los labios para gritar, pero no hay aire y el agua se precipita dentro de su boca. Despierta jadeando, asfixiada, con la garganta contraída y la cara mojada por las lágrimas.

Solía ocurrir que, a pesar de despertarse, Marietta seguía llorando. No podía dejarlo. Al final, con las narices tapadas y un terrible dolor de cabeza, tenía que levantarse y no volvía a pegar un ojo durante toda la noche.

Marietta se levantó de la cama y miró el reloj. Había pedido en recepción que le avisaran, por favor, cuando llegara el correo. Eran más de las doce y no habían llamado. Enorme interés. Gran eficacia. Seguramente lo habrían olvidado.

Al bajar las escaleras camino del vestíbulo, Marietta comprendió qué era lo que aquel día tenía de diferente. Era algo que había rondado por su cabeza desde que llegó a Puerto Rico, pero no se había concretado hasta aquel momento. Faltaban pocos días para la Navidad y todavía no había escuchado ni un villancico. Ni siquiera en inglés. Una liberación. Sobre todo después de los últimos años en España, en donde se ponían a cantar el Tamborilero allá por Noviembre. Era como una fiebre. Noche de paz, noche de amor las veinticuatro horas del día. A Marietta le volvían loca tantos buenos deseos. Sobre todo, tantos buenos deseos indiscriminados, como si todo el mundo fuese digno de ellos ¿Pero acaso no es cierto? No, no lo es. Marietta creía que, desear felicidad a según qué tipo de gentes, era una pérdida de tiempo. Y una injusticia. Tal vez existiera alguna razón para hacerlo, pero Marietta no la compartía.

Después de comprobar que, en efecto, el correo no había llegado, Marietta se entretuvo un rato hojeando revistas en el salón de lectura. Entre ellas, un enorme catálogo de armas antiguas: Un *Smith & Wenson* sobre cuya culata había grabada una escena de caza con galgos, un revolver con cachas de nácar, una carabina *Winchester* de 1873 con un aspecto perfectamente moderno. Marietta se preguntó qué demonios haría por allí semejante lista de horrores. Recordó que alguien (probablemente Julio, ¿quién, si no?) le había contado que cuando los yanquis terminaron con los últimos pieles rojas del Far West, empezaron a exportar Winchesters a Brasil con la esperanza de que, una vez desaparecidos los sioux y los comanches, pudieran seguir siendo útiles en la exterminación de los capajos, los tchicoes y demás indios malos de la Amazonia.

Un momento. ¿Y qué hay de los buenos? Marietta hizo un esfuerzo por recordar la historia del Río das Mortes llamado así, según Julio, porque nunca río alguno había arrastrado tantos cadáveres. Cuerpos de fazendeiros, de garimpeiros, de sacerdotes, de soldados blancos. Y un número mucho mayor de cuerpos de indios xavantes, capaos, tapirapé... tribus todas antaño poderosas, altivas y crueles que resistieron hasta su exterminio casi total. La civilización. Ese Angel Destructor. Y su brazo armado: el S.P.I: Servicio de Prostitución (Protección) de los Indios. Había leído en alguna parte que ciento treinta y cuatro funcionarios de este mal llamado Servicio, habían sido acusados de homicidio y otros doscientos sustituidos por participación en asesinato. Oficiales, generales, coroneles, ex—ministros. Tambien tenían derecho a una feliz Navidad, ¿no es cierto? Pero, ¿y si una prefería, simplemente, abrirles las tripas en canal y dejar que los buitres se cebasen en sus intestinos? Dirían que estaba loca. Los síntomas de crueldad injustificada eran evidentes. ¡Oh, Dios! qué asco. Encima de cornudos, apaleados.

*Marietta (*invocando el espíritu de Julio): Estoy segura de que tú jamás pensarías eso. Tú me conocías. Pero, sinceramente, creo que si hubiera sido una tchicoe, lo hubiera hecho con verdadero placer. Y con todo el derecho del mundo ¿no crees?.

Julio Depende. Más que nada porque ese tipo de violencia no suele ser muy útil. Los de enfrente son siempre más numerosos y más fuertes. Además, te recuerdo que los tchicoes eran también unos hijos de puta. El terror de los demás indios. Si de lo que se trata es de ganar, hay otras formas: No hay que

perder eso de vista. Lo que te ocurre, si me permites decirlo, es que eres un poco visceral.

Marietta Tienes razón, ¿pero sabes por qué? Porque con la disculpa de que la venganza es un sentimiento inútil y monstruoso, los verdaderos monstruos siempre salen bien parados. Para ellos siempre hay un tribunal preparado: se les juzga con todas las garantías, se termina, incluso, encontrando algunas explicaciones y disculpas a su manera de actuar. Ellos, los crueles, se libran de la crueldad de sus víctimas. Ellos, los injustos, se libran de toda injusticia. Y ¿para qué? La historia nos enseña que estos malhechores nunca cambian, nunca aprenden. No me digas que no es triste. Todo lo que yo quisiera es que probaran un poco de su propia medicina. Mira, sé de sobras que no soy igual que ellos, pero tampoco me parezco a ti, no soy tan ¿democrática?. Me encuentro a mitad de camino en alguna parte. Me esfuerzo, pero sigue habiendo un montón de cosas que no puedo comprender ni aceptar ni olvidar. Sí, ya sé, esa incapacidad mía no me hará más feliz, pero no importa, también se puede vivir con ese inconveniente a cuestas.

Julio Seguirás siendo la misma ¿verdad? Créeme, en ese caso, es mejor que te prepares a fondo. Esa clase de vida, desgasta un poco.

Cuando por fin llegó el correo, Marietta seguía hojeando la revista.

Querida Marietta:

Estaba seguro de que llegaría este día y no me sorprende en absoluto que haya sido precisamente ahora, la primera vez que regresas a tu país, después de tantos años.

Bueno ¿qué voy a decirte? tu misma reconoces que necesitas algún tiempo para averiguar qué es lo que quieres hacer con tu vida. Creí que ya lo sabías ¡después de doce años!.

No quiero que olvides que nadie podrá llegar a ser para mí lo que tu eres. Sé que esta clase de palabras te molestan por eso no las diré más pero recuerda, a pesar de lo que puedas pensar, que me he esforzado en ser tu amigo. Desde el principio me di cuenta que sería difícil llegar a ser otra cosa. Me pregunto si no habrá sido ésta, quizá, una de las razones de tu decisión.

No tengo prisa (y por lo que dices, tú tampoco) de resolver definitivamente nada, por eso, creo, podemos darnos un margen y ya decidiremos qué hacer más adelante. Tómate el tiempo que necesites. Si, después de este curso, continuas pensando en quedarte allí, volvemos a hablar y lo arreglamos. Mientras tanto, decidas lo que decidas, cuenta con mi apoyo. Por supuesto, no digo esto para obligarte a nada en absoluto, y si tienes todo lo que necesitas, no hay más que hablar.

Te deseo todo lo mejor del mundo.

Bernal

Que bien lo hacía, pensó Marietta. De qué manera aplazaba lo inevitable y convertía una decisión definitiva en algo temporal. Apenas sin esfuerzo volvía a colocar las cosas, más o menos, dónde estaban. La joven que se casa con un hombre mayor y comprensivo al que quiere como un padre. Hasta que se da cuenta y, entonces, tiene que pasar al extremo opuesto y rechazar casi todo lo que procede de él, durante algún tiempo, al menos, para convertirse en ella misma. Tan fácil si no fuera porque faltaba algo. Lo indecible, suponía Marietta, los granos de locura que transformaban el sexo en raíces y las raíces en amor (¿o era al revés?).

Aunque parte de lo que Marietta sentía por él, era agradecimiento. A pesar de su insatisfacción, de su inquietud, de toda su angustia, una parte de Marietta siempre le había estado agradecida, muy agradecida incluso. Disponer de él. Convertirlo en su respaldo, en un punto de partida. Esta era la gran tentación.

Pero no siempre lo había sabido. Al principio, cuando se dio cuenta de que no le amaba, Marietta se sintió estafada. ("Estafar" verbo, pedir o sacar con engaño dineros o cosas valiosas con ánimo de no pagar"; un término relacionado con la actividad económica pero también con los sentimientos, como valor de intercambio). Se negó a denunciar el acuerdo (no sabía nada de procedimientos) pero casi inmediatamente dejó de respetarlo. Nunca se había sentido menos comprometida. ¿La fidelidad? ¿qué se suponía que quería decir esa palabra? Jugársela, entonces, era tan solo una travesura. Nada que tuviera mucho que ver con él. Cuando le oía cerrar la puerta al salir, acudía a toda prisa a despedirle, contenta de que a partir de ese momento tiempo y

espacio volviesen a pertenecerla. Cuando regresaba, se sentaba a su lado y le contaba casi todo lo que había hecho. El resto, se lo guardaba para invertir en recuerdos. Coto vedado. Territorio en barbecho. Sin embargo, cuando aquellas disparatadas historias terminaban (y eso ocurrió siempre, desde el padre Lorenzo en adelante) volvía a sentirse estafada. Al acordarse, Marietta sintió una punzada de indignación. Nunca se había enamorado. El amor que iba buscando en unos y otros, lo tenía ella dentro. No se dio cuenta hasta que conoció a Julio. Él no había intentado confundirla. Curiosamente, fue el único con el que aprendió a vivir sola. Y nunca mejor dicho.

Marietta dobló la carta y volvió a meterla en el sobre con cuidado. Sofocada por los recuerdos, salió a despejarse. El aire era decididamente cálido. Nada que ver con el otoño y, mucho menos, con el invierno que estaba a punto de llegar. Sentada en la arena de la playa, escuchó un sonido inconfundible sobre su cabeza. A baja altura, un avión de pasajeros que acababa de despegar, arrasaba con el ruido de sus motores el murmullo de las olas. *No hay nada como los adelantos de la técnica para devolverle a una a la realidad*.

Pero ¿qué podía Marietta hacer con la realidad?. De momento, su realidad carecía de forma; era un mosaico roto y sus fragmentos aguardaban esparcidos dentro de las cuatro esquinas de su mente esperando que alguien los recogiera. *Más vale que sea yo misma* —se dijo— *al menos así, podré acondicionarlos un poco.* También supondría algo de ventaja a la hora de salir corriendo ¿verdad? Pero ¿en qué dirección? porque de eso se trataba ¿no? en salir disparada hacia alguna parte, bien lejos a ser posible y de frente, sin volver la vista atrás, sin preocuparse de los rotos, desvencijados, frágiles fragmentos que iban quedando desperdigados por el camino.

Se acercó a la orilla para mirar de cerca el agua. El sol desde lo alto, quebraba el azul marino a cuchilladas y enviaba chispas de luz hacia la costa. Una puntilla de espuma se deslizaba por la arena cada vez un poco más adentro, cada vez un poco más lejos: daba la impresión de no querer alejarse de la playa. Como si no pudiera resignarse a la marea baja. En las zonas más húmedas, la respiración de las coquinas delataba su escondrijo a través de pequeñas burbujas, las conchas de nácar relucían como minúsculos arco iris y las huellas del agua tejían sutiles telarañas de ondas sobre la arena. Un poco

más allá, el color del agua se cerraba sobre sí misma, a obscuras, inmensa, llena de sorpresas.

Marietta tuvo que reconocer que, a pesar de lo mucho que lo amaba, su vida no se parecía tanto al mar. Según la veía ahora, recordaba más bien a un río que no dejara de preguntarse si sus aguas iban realmente por donde tenían que ir. Le hizo gracia el símil y, sin querer, dejó escapar una sonrisa. Después, regresó a su habitación y empezó a hacer las maletas.